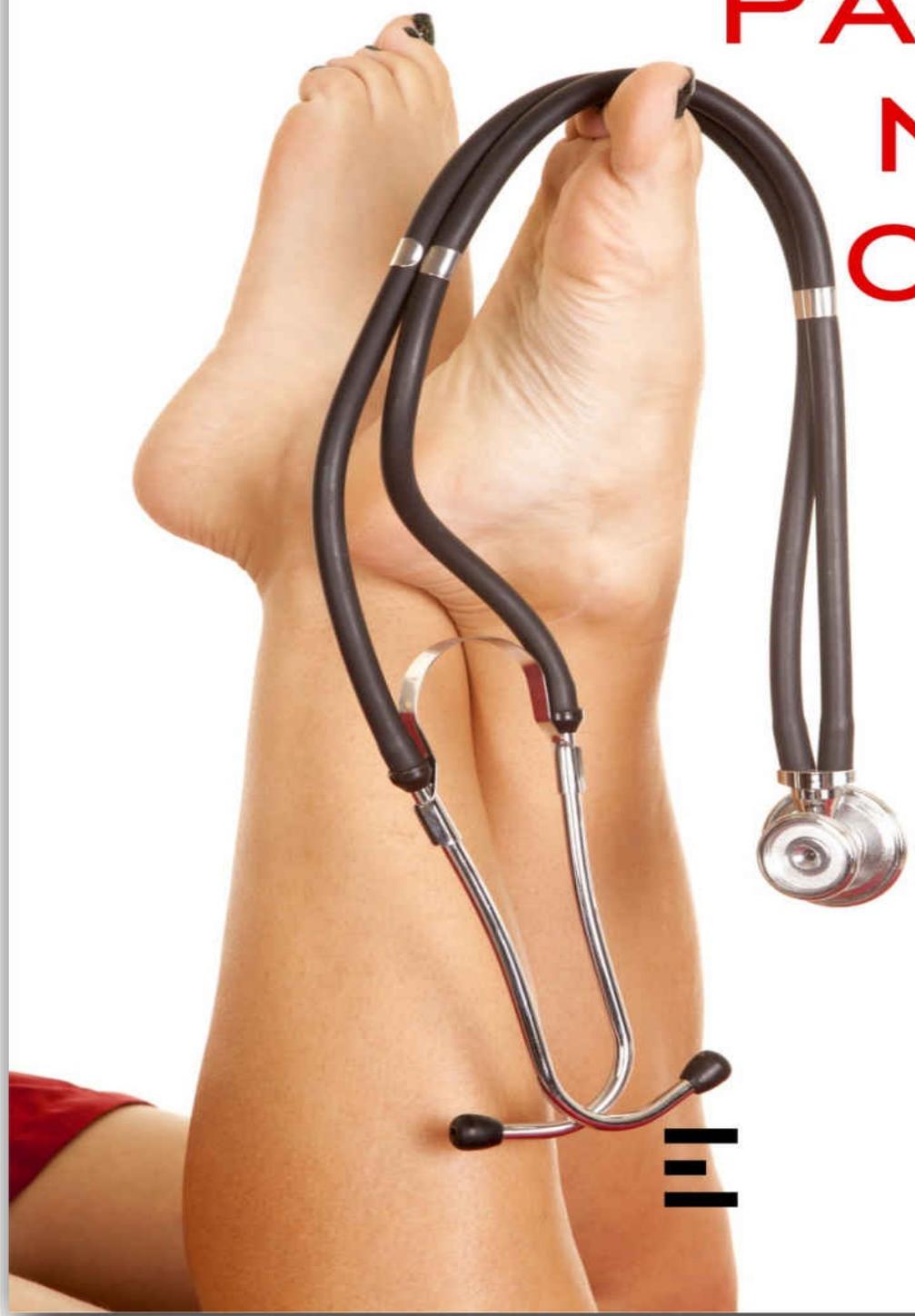


P A C O A L B A N O

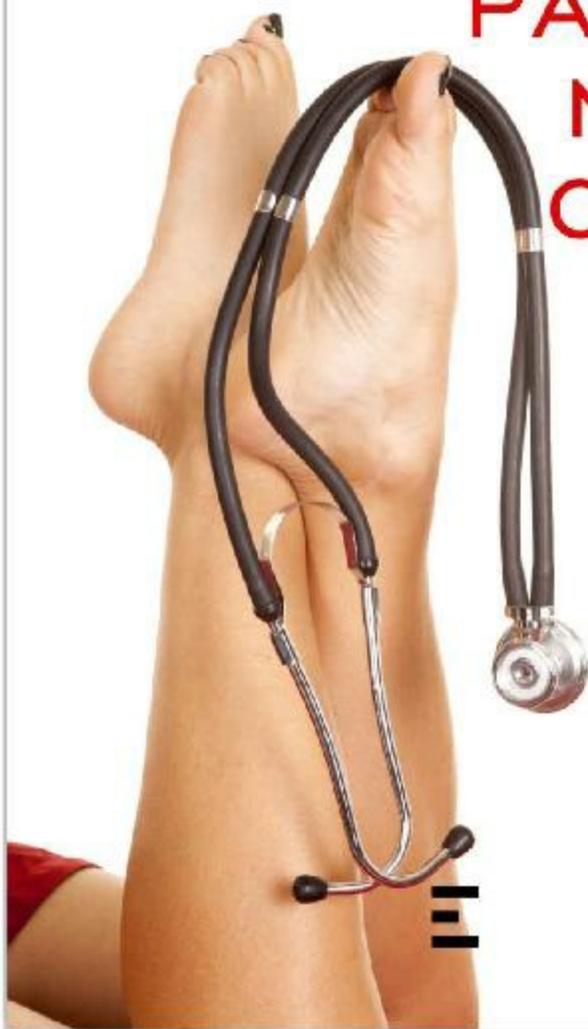
LOS MÉDICOS
NO
PAGAN
NI EL
CAFÉ



III

P A C O A L B A N O

LOS MÉDICOS
NO
PAGAN
NI EL
CAFÉ



LOS MÉDICOS NO PAGAN NI EL CAFÉ

EXITBooks

LOS MÉDICOS NO PAGAN NI EL CAFÉ

Paco Albano

© del texto, Paco Albano, 2017

© edición y diseño de portada: EXITBooks 2017

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, o parcial de este libro en ningún formato o cualquier medio, sin el consentimiento previo y por escrito a EXITBooks.

(info@agenciaexit.com) (www.agenciaexit.com)

Los médicos recetan drogas que conocen poco, para curar enfermedades que aún

conocen menos, en seres humanos de los cuales nada conocen.

Voltaire

Esta novela está basada en hechos y personajes reales, y que algunos detalles no

sucedieran exactamente como los he descrito, no quiere decir que todo lo que aparece no sea cierto... bueno, casi todo.

1

Hoy tengo cena familiar y aún no he preparado el artículo sobre la moda de

poner

fruterías en cada esquina. No sé si me jode más no entregarlo a tiempo y escuchar los gritos de mi jefe, o los comentarios irónicos de mis hermanos sobre mi alto nivel periodístico y la canción de mi padre sobre que he de cambiar de medio si quiero ser alguien en el mundo de la prensa. Si no voy a la cena mi madre se enfadará. Si no entrego el artículo, más que gritos quizás me envíen a la oficina de empleo y no precisamente para escribir un artículo sobre el paro. Si no voy a la cena no veré ni a Mónica ni a Patricia.

¡Fruterías!, ¿pero a quién hostias le importan las fruterías? Yo estudié periodismo porque en las películas siempre descubren conspiraciones y llevan una vida un tanto canalla. Bueno... un poco canalla si lo soy; o eso me dice Mónica cuando la trabajo entre las piernas y le comento si cree que Patricia se apuntaría a un juego a tres. Pero periodismo de investigación no, eso no lo toco.

Las ocho, aún he de ducharme y no sé por dónde empezar el artículo de las narices. Tenía previsto entrevistar tres o cuatro propietarios y sólo he podido hablar con una dependienta que hacía un par de semanas que había descubierto la fruta. ¡A la mierda!, intentaré no volver tarde y mañana me invento algunas entrevistas. Total, por un artículo que no leerán ni los amantes de los cítricos, mejor cenar con la familia donde seguro que cato un buen vino, que uno de mis hermanos, importantes como son,

habrán descubierto esta semana en una de las muchas cenas de trabajo que tienen a menudo.

De hermanos tengo dos: Javier, que es el mayor, es médico endocrinólogo, está casado y tiene dos hijos; y Alberto, que es el segundo, estudió biología, pero trabaja en la industria farmacéutica persiguiendo médicos como Javier, también está casado y tiene una hija. Yo soy el pequeño, me llamo Paco Albano y no tengo mujer ni hijos.

Llego a casa de mis padres en moto, justo cuando la lluvia empieza a bajar con fuerza y entro al portal sin sacarme el casco para evitar mojarme el cabello. Ayer fui a la peluquería y Ana me dejó la media melena como hacía años perseguía. "Esta media melena te queda muy bien, pero debes cuidarla mucho", me dijo.

—Hola guapetón —dice mi madre al abrir la puerta.

—Hola mamá, ¿soy el último?

—Pues claro que eres el último, como siempre —dice Javier alargando la mano para encajar mientras mi madre me besa.

Es cierto, están todos, en una perfecta imagen de familia perfecta y divina. Doy dos besos a mi padre, Alberto me da uno de sus abrazos que no soporto, los niños se me acercan para darme besos que me agobian, y yo me acerco a mis cuñadas para darles besos que sí me gustan. Primero Patricia, la mujer de Javier, elegante y preciosa como siempre; y dejo a Mónica, la mujer de Alberto para el final; la beso y le paso el brazo por detrás tocando ligeramente el culo que intuyo libre bajo el vestido, y la erección es instantánea.

Mi padre me sirve una Völl-Damm, la única que sabe que tomo, y me acerco al corro que forman mis hermanos y sus mujeres. Para variar, hablan de trabajo y ruego que no me pregunten en qué estoy trabajando.

—Y pues Paco, ¿en qué estás trabajando, ahora? —pregunta mi padre que ha aparecido por detrás apoyando una mano sobre mi hombro.

—Estoy preparando un reportaje sobre negocios emergentes en el sector de la alimentación.

—Parece muy interesante... —dice Patricia intuyendo qué dirá su marido.

—Caramba hermanito... tal vez sí que haremos de ti un periodista importante

—

dice Javier

—¿Aún trabajas en el periódico gratuito? —pregunta Alberto.

—Sí... ya lo sabes... —será hijo de puta, como si no lo supiera.

—Deberías de buscar algo en uno de los grandes periódicos, ¿ya mandas curriculums?; nunca harás nada en estas cuatro hojas que sólo leen los que van

en autobús o metro.

—¿Hemos venido a cenar o a juzgar al más guapo de los hermanos Albano? —
dice Mónica para salvarme.

—Uy, uy, ¿que no era yo el más guapo? —se ríe Alberto.

—No, tú eres mi marido, pero eso no te convierte en el más atractivo.

No es sólo su belleza deslumbrante y la sensualidad que desprende, es su seguridad y capacidad para poner a mi hermano en su lugar lo que provoca que esta mujer tenga acciones de mi cuerpo.

—¡Venga, niños y niñas!, todos a la mesa, que la cena está lista —grita mi madre

desde la cocina.

No sé cómo me lo hago, pero siempre termino sentado al lado de los niños.
Para

mi madre sigo siendo el pequeño y con los pequeños me coloca. La culpa de todo la

tiene que llegué a este mundo con un espacio exageradamente grande desde que nacieron mis hermanos. Este año cumpliré los veintiocho años, Javier celebró los cuarenta el año pasado, y Alberto tiene justo diez más que yo. Y si a esto le sumamos que los dos hermanos mayores tienen un físico parecido, con el pelo canoso, con

rasgos tanto del padre como de la madre, y que yo tengo un físico más suave

—

femenino dicen algunas amigas— y no me parezco a nadie de casa, me hace sospechar

que me intercambiaron en la maternidad.

—Tío Paco, ¿qué hacen los periodistas?

—Explicamos las noticias.

—¿Qué son las noticias?

—Las cosas que pasan en el mundo.

—¡Ah!, papá manda mucho y da libretas y bolígrafos a los médicos como el tío Javier para que usen las pastillas que fabrica.

—Sí, tiene un trabajo envidiable tu padre —y me levanto de la mesa con la excusa

de ir al baño agotado de la charla con mi sobrina que, desgraciadamente, ha salido a padre y poco a madre.

Mónica me sigue con la mirada, y la idea que me siga hasta el baño y poder descubrir si hay algo o no bajo el vestido, me pasa por la cabeza. Entro en el baño, saco el móvil del bolsillo delantero de mis vaqueros, y envío un mensaje a David y a Peter, mis colegas más íntimos: *Stoy cena fmili, kdamos?*

David me contesta que alrededor de las doce estarán en el Masterium y que tiene

una hierba de puta madre. Le contesto que allí estaré en cuanto pueda escaparme.

En la mesa, la conversación es llevada por mis hermanos que hablan, como siempre, de medicina, congresos y estas hostias que llevo media vida escuchando. Mis cuñadas, ahora sí, me dan conversación y hablamos un poco de todo, riéndonos y haciendo broma. Como siempre, mi madre se ha superado con una cena excelente, y el

vino, que hoy ha traído Javier, obsequio de no sé qué laboratorio farmacéutico, un capricho de los dioses.

La noche acaba como ha empezado, con besos y abrazos, y me voy con las ganas

de saber si bajo el vestido de Mónica hay nada o no. Se lo digo al oído al darle un beso de despedida y ella sonrío agobiada.

Justo al llegar al Masterium y bajar de la moto me llega un mensaje que imagino

es de mis amigos, pero no... es de Mónica: *absolutamente nada...*

Entro rápido al Masterium a tomarme una cerveza y con ganas de fumarme la hierba de David para superar el dolor de huevos que me ha provocado la perversa de

mi cuñada.

El local aún está bastante vacío y no tardo en divisar a David y Peter en la barra

de arriba acompañados de una rubia que no conozco.

Encajamos y me presentan la chica, se llama Jennifer, habla un castellano muy distinto del que hablan los de la zona alta, y tiene unos pechos que con la noche que llevo no me ayudan a calmar mi estado de ansiedad sexual.

Maika, la camarera, me pasa una Voll-Damm, y David el peta que acaba de encender a pesar que se supone que está prohibido fumar.

—Buenísima, me la ha pasado Manu, ¿te acuerdas?

—Sí, era aquel colgado que vino a medio curso de Bachillerato, ¿verdad?

David y yo hace mil años que nos conocemos, empezamos en P3 y hasta acabar el

bachillerato, siempre juntos. Él prefirió no seguir estudiando y trabaja en el negocio familiar, una parada en el mercado en la que se ha pasado media vida, y en donde cuando lo ves trabajar parece el hombre más formal del mundo.

—Escucha, David... tengo que escribir cuatro cosas sobre fruterías, tú que eres de

mercado, ¿sabes algo?

—Yo conozco a los del mercado, ven el lunes y te los presento.

—Mañana tengo que tenerlo a punto.

—Joder, Paco, ¿y ahora me lo dices?

—Ahora he recordado que trabajas en el mercado.

Peter, que aún no había abierto la boca, se descojona de risa y me dice que no cambiaré nunca.

—¿Eres periodista? —pregunta Jennifer.

—Sí, guapa, es periodista, pero si no espabila pronto dejará de serlo.

—¡Vete a la mierda! Qué queréis, cuando no me hacen escribir los horóscopos, me hacen escribir de sandeces.

—Y pues, ¿tú te crees que todos empiezan con una columna en el New York Times?

—¿Y tú escribes los horóscopos? ¿eso no lo hacen los astrónomos? —insiste Jennifer con sus preguntas.

—Quieres decir los astrólogos, y no, en los periódicos, por lo menos en los de bajo presupuesto, los horóscopos los escriben los pringados como yo.

—Pues vaya mierda, todo es mentira.

—Sí, chica sí, todo es una puta mentira. —se ríe David que aún no me ha dicho de

donde ha sacado esta tía.

La noche ha seguido con más cerveza, más porros, más preguntas de Jennifer y más gente con la que intentar decir alguna cosa entre la música que hoy iba de los ochenta. ¡Qué pesados con la moda de recordar los ochenta! Me pasé toda

mi infancia escuchándola en casa, pues cuando no era Javier era Alberto, y ahora tenemos que soportarla en locales donde la media de edad no llega ni a los treinta.

—¿Vámonos al Julio's?, estoy hasta los huevos de esta música. —propongo al grupo.

—Allí no podemos fumar petas. —dice Peter.

—¿No vas bastante colocado...?, ¡venga...!, larguémonos de aquí.

Un vaho de aliento con olor a tabaco y el sol estallando en mi cara me ha

despertado. Miro a mi derecha y el despertador me muestra que son casi las dos. Miro a la izquierda y reconozco a Jennifer a mi lado. Intento mantener los ojos abiertos y recordar cuándo y cómo llegué con esta tía a casa y, sobre todo, recordar si me la hice o no. Está buenísima y no recuerdo nada. Me incorporo y me levanto de la cama. Voy

desnudo como ella, pero no veo ni un condón por el suelo. Mira que si me la he follado a pelo... ¡hostias, Paco!, eres imbécil.

—Buenos días periodista. —escucho que dice Jennifer mientras vacío la vejiga.

Aún estoy intentando apuntar al váter, y mi compañera de noche me abraza por detrás frotando sus pechos sublimes sobre mi espalda.

Me la sacudo y dejo que sea ella quién se siente en la taza sin moverme ni un centímetro, maravillado con el cuerpo de esta chica que si me he trabajado me haría una ola a mí mismo.

—Mmm... que visión, ¿te hace una mamadita para empezar el día?

—Quita, quita... tenía que terminar un trabajo y encima la cabeza me va a explotar.

—Pues para la resaca, una cerveza, un buen polvo y, como nuevo.

—Ha estado de puta madre... pero mejor otro día, ¿vale? —aunque la visión de la

chica sentada en la taza meando me está poniendo muy caliente.

No me responde, por lo que quiero pensar que a pesar de todo lo que llevaba en

mi cuerpo estuve a la altura.

Jennifer se ha marchado después de pasarnos los números del móvil, y ahora estoy

sentado frente al ordenador, aún en pelotas, sin duchar y con un café largo en las manos, intentando escribir alguna cosa coherente sobre el gran número de fruterías que han florecido como setas.

"En los últimos tiempos, el negocio de las frutas y hortalizas está experimentando un curioso renacer para gloria de los amantes de la comida sana..."

¡Listo! Ahora comeré algo y al sofá para estar fresco para la noche. He recibido

un mensaje de Peter que esta noche nos vemos en el Masterium que aún queda hierba y le han pasado unas pastillas sin efectos secundarios.

Con Peter no hace tantos años que nos conocemos como con David, pero es una de

aquellas personas que sabes que nunca te fallará. El nombre de Peter le da un punto exótico que le ayuda a ligar, pero en el carnet de identidad pone Pedro, como su padre nacido en Jaén. A pesar de ser el más animal de los tres y vivir para y por la noche, es, sin duda, el más maduro del grupo. Puede ir hasta el culo de toda la mierda imaginable pero siempre sabe parar y decir basta. Diseña páginas Web como freelance y se ha labrado un nombre en el sector por innovador y serio.

Me despierto a las siete de la tarde con el cuello rígido por la postura en la

que he dormido en el sofá. Paso por la ducha y dejo que el agua impacte sobre la nuca un buen

rato para relajar el cuello. Reviso mentalmente lo que he escrito y, a pesar de saber que no es un artículo de premio y que debería haberlo escrito una vez descansado, duchado y revitalizado, decido olvidar el tema y dedicar lo que queda de la tarde de domingo haciendo alguna actividad más lúdica que la de volver a pensar en las fruterías de los huevos. Me cepillo los dientes y paseo la máquina de afeitar por mi cara de niño. Me pongo el masaje que me regaló Mónica y doy un vistazo al armario

para elegir la ropa. Uno de los muchos vaqueros que tengo junto con una camisa a rayas azules que sé que me favorece con mis rasgos de eterno adolescente y mis ojos verdes. Abro una lata de Coca-Cola, me la tomo casi sin respirar y esto provoca que de mi interior salga al exterior un eructo tan potente que me descojono de risa yo solo.

Ventajas de vivir solo; eructo y me tiro pedos, me llevo a casa quién quiero y cuando quiero, voy en pelotas y me la pelo cuando me apetece en cualquier espacio de mi pequeño piso. Apenas hace unos seis meses que pude alquilar este piso y largarme de casa de mis padres. La verdad es que en casa estaba bien e iba mejor alimentado que ahora, que ya no sé qué es el equilibrio en la dieta y esas cosas que siempre explica mi hermano Javier. Siempre lo tenía todo planchado y ahora se lo llevo todo a una señora del piso de abajo que me lo hace a un buen precio. Ni el piso ni el barrio son de mi agrado, pero el trabajo en el periódico está mal pagado y es lo que puedo permitirme por ahora. Confío, pero, en crecer como periodista y poder encontrar algo mejor donde poder desarrollar lo que los más cercanos ven en mí, pero que ni yo mismo sé encontrar. Pues ya está, las Geox bien atadas, la chaqueta de piel que por años que pasen jamás abandonaré, móvil, llaves de la moto, del piso, y a respirar el aire fresco y a la vez triste de la tarde de domingo.

Intuyo, por la situación vivida cuando he despertado al lado de la rubia con aspecto de Jenna Jameson, que la noche ha sido movida, pero no lo recuerdo, y desde ayer que al ir a casa de mis padres pasé por delante de mi Peep-show preferido que

llevo en la cabeza a la brasileña de la última vez. He estado tentado en

hacerme un trabajo en la ducha fusionando a Jennifer y la brasileña, pero finalmente me he decidido probar suerte y que sea la segunda la que me haga lo que no recuerdo haber hecho con la primera.

Aparco la moto delante del local, guardo el casco y, a dentro. Meto los dedos en

el pequeño bolsillo delantero de los vaqueros y saco las suficientes monedas para una primera visualización de las chicas que actúan hoy. Miro las fotos del panel y ya puedo ver que mi amiga brasileña no está. Hubiera sido demasiada suerte teniendo en cuenta que estas chicas van rodando por todos los locales de la ciudad y la movilidad es mensual. Hay seis chicas, alguna sabrá ponerme lo suficientemente caliente. Entro en una cabina, introduzco los dos euros y, un culo redondo es lo primero que veo. La chica mira hacia el cristal y me sonrío. Es guapa de cara, pero los pechos rellenos de silicona y mal operados no son de mi gusto. Dejo pasar los minutos a los que tengo derecho con los dos euros y salgo de la cabina a la espera que otra chica ocupe el lugar

de ésta. A pesar de no ser uno de los días con más asistencia porque los domingos por la tarde son días familiares, el ir y venir de hombres esperando el cambio de chicas, o contando dinero y dudando si entrar o no con alguna al privado es constante. Anuncian una nueva chica en la pista circular y entro rápido en la cabina. Aún no he puesto la moneda de dos euros que escucho unos gritos que superan el volumen de la música que de por sí ya es bastante alto. Abro la puerta y miro a derecha e izquierda. Los gritos vienen de una de las cabinas privadas. Una chica grita en alguna lengua desconocida para mí y la voz de un hombre, grita, y a éste sí lo entiendo: “*¡vuelve aquí zorra!, acaba de una puta vez o revienta el cristal, ¡puta!*” De una puerta lateral salen dos chicas corriendo y vestidas con una toalla como si salieran de la ducha. Una de ellas se me lanza encima y, yo, siempre atento y amable a todo el género femenino, la abrazo y le pido que se calme. La otra sube por las escaleras deduzco que en busca del chico de la entrada. El resto de hombres han ido saliendo de las cabinas y algunos han huido escaleras arriba imaginando vete a saber qué. El encargado baja con una barra de hierro y da unos golpes suaves a la puerta para hacer salir al loco que estaba amenazando a la chica que, ahora, esta entre mis brazos y no tengo intención de abandonar, caballero como soy.

—Se le acabado monedas y aún no correrse. Pero si no pone monedas se acaba.

—me cuenta esta preciosidad que no hace falta que me diga que en esta ciudad no nació.

—¿Te ha hecho daño?

—No, no, cuando empezó pegar cristal yo salí.

Finalmente, el hombre abre la puerta y se asusta al ver un tío con una barra de hierro en las manos de las dimensiones de un bate de béisbol y no menos de media docena de hombres detrás. Hago entrar la chica en la cabina que yo ocupaba para evitar que sea vista por el sujeto, mientras éste pide calma y explica que la chica no ha acabado su trabajo. El encargado se lo lleva a empujones y gritándole que no quiere volver a verlo nunca más. Me ha sorprendido que el aspecto del hombre, de unos cincuenta años, no era ni de lejos el de un quinqui que no quiere pagar.

La calma ha regresado, la música también, y la chica que seguía en la cabina me

hace entrar y cierra la puerta. Sólo puede estar con hombres en las cabinas privadas que las separan de estos con un cristal y sólo una pequeña ventana permite el contacto con las manos. Poder tenerla a mi merced sin cristales de por medio me pone a mil al instante.

—Gracias... —me dice mientras la toalla cae al suelo.

Salgo del Peep-show contento de tener una nueva amiga, se llama Alina y es de

Rumania. No hemos follado porque no teníamos condones, lo cual tiene su gracia teniendo en cuenta que estábamos en un sex-shop, pero no era cuestión de salir y dejar la chica en la cabina. Un caballero jamás dejaría una mujer sola y desnuda en un antro lleno de hombres perversos y salidos. No, no hemos follado, pero nos hemos tocado

por delante y por detrás, por arriba y por abajo, y me ha salido gratis, que quieras que no siempre tiene un sabor más auténtico que cuando hay que pagar.

Miro la hora antes de poner la moto en marcha... es temprano. Me acercaré al Litus, un bar cercano al Masterium, a comer algo y beberme una Voll-Damm. Mando un

mensaje a David y Peter por si se quieren venir, tengo ganas de explicarles lo que he vivido en el Peep-show. Aún no he terminado de ponerme el casco y recibo un mensaje de David, que nos vemos en el Litus.

Cuando apenas he dado dos sorbos a mi cerveza sentado en la mesa de siempre,

David entra por la puerta acompañado por Peter.

—¡Hostias!, que rápidos... —les digo sorprendido.

Piden sus cervezas, y Peter saca un porro ya preparado del paquete de tabaco al

tiempo que le hace un gesto al propietario del local para pedirle permiso; éste asiente con una sonrisa y Peter lo enciende.

—Y pues amigo, cuéntanos... —dice David.

Les explico toda la historia vivida con el tío agresivo y las muestras de agradecimiento que he recibido por parte de la rumana.

—Siempre has sido el más guapo, pero de aquí a que las putas te lo hagan gratis...

—comenta David riéndose con ganas.

—No son putas, son *estripers* que hacen trabajos manuales.

—Putas Paco, son putas... —reflexiona Peter inhalando la maría como si de un *rastafari* se tratara.

Se han reído gracias a mis aventuras y al hecho que según ellos veo demasiado porno, y entre una cosa y la otra he acabado regresando al piso pasadas las cuatro, me he tumbado en la cama después de sacarme los vaqueros y la camisa y sin pasar por el baño ni para mear ni para cepillarme los dientes.

2

He llegado a la redacción en autobús porque esta mañana la moto no estaba aparcada donde la dejo siempre. No sé si me la han robado o no recuerdo donde hostias la he dejado al volver esta madrugada pasada.

—¿Paco?, ¿puedes venir un momento? —me grita el jefe de redacción desde su despacho justo cuando estoy dejando la chaqueta detrás de mi silla.

—¿Qué cojones es esto? —me pregunta con mi artículo en la mano.

—Lo que me pediste.

—A ver si nos entendemos... ¿tú has estudiado periodismo?

—Sí... claro...

—Entonces, ¿me puedes explicar quién hostias ha escrito esto?, "*un curioso renacer para gloria de los amantes de la comida sana...*" .

—Lo he escrito yo.

—Si tú has escrito esto, o te regalaron el título o eres un jetas de cuidado.

—¡Tampoco hay que faltar!, no me parece que sea tan horroroso...

—¿No?, pues mira, coge esto —y me da el artículo impreso— te lo cuelgas en el

cabezal de tu cama y lo vas releendo hasta el día que quieras ser periodista de verdad. Y ahora, pasa por administración que te prepararán un talón con el finiquito por el tiempo trabajado. Que seamos un periódico menor no nos exime de ser profesionales.

He salido del periódico algo aturdido. Quizás el artículo no era muy bueno, tal vez no lo trabajé bien, puede que no sea la primera vez que no acierto en el tono, pero echarme a la calle es excesivo.

Camino por la calle sin saber dónde voy. Saco el móvil y llamo a Peter, si no está

con un cliente, seguro que está en casa trabajando.

Peter me mira mientras remuevo el café que me ha puesto delante y al que aún no

le he puesto el azúcar.

—Paco, escúchame bien; te he leído muchas cosas y creo que eres bueno. Y esto

—señala el artículo— y ya me perdonarás, a pesar de no tener ni puta idea de periodismo estoy de acuerdo con tu jefe, es una mierda impresentable con errores impropios en alguien que ha estudiado una carrera y además de periodista quiere ser escritor.

—El sábado debería haber vuelto a casa saliendo de casa de mis padres. Nos pasamos bebiendo y fumando, y con aquella tía vete a saber que más me metí. Escribí el artículo con una resaca de caballo y sin pasar por la ducha.

—Por lo menos mojaste, ¡cabronazo!

—Sí, supongo que mojé porque estaba en mi cama y en pelotas, pero no recuerdo

una mierda...

—De todas formas, Paco, y no te enfades que te habla tu amigo, el otro día nos pasamos, de acuerdo, pero ayer también acabamos muy tarde, y si tenías el artículo pendiente...

—No, no, no lo tenía pendiente, ya lo había mandado.

—Pues haber esperado que el cuerpo sintetizara toda la mierda que llevabas dentro. Además, reconoce que tampoco te lo habías currado, le preguntaste a David por el tema de las fruterías el día antes.

—¿Y ahora qué hago?, no tengo nada ahorrado, no sé qué me darán en el paro y no

quiero pedir nada a mis padres.

—Si te hace falta algo, para el alquiler si no te llega o lo que sea, no te preocupes, pero ponte las pilas de una puta vez. ¡Hostias!, ¡Paco!, que yo estoy más loco que tú, pero si quiero fiesta es el trabajo el que me la paga, que ya no somos niños.

—Sí, tengo que centrarme un poco. Supongo que algo encontraré, pero es que me

pagan una mierda por mi falta de experiencia.

—Eso te pasa porque te echan siempre antes de terminar el periodo de prueba.

Estabilidad Paco, estabilidad es la palabra de la madurez.

—¡Joder, Peter!, tampoco te pases, pareces uno de mis hermanos.

Me he quedado un rato en casa de Peter escuchando un disco de Miles Davis que

acababa de comprarse y del que me ha hablado con su habitual pasión por todo lo que hace referencia al jazz. Cuando me ha parecido que había escuchado bastante para no hacerle un feo, me he marchado agotado de la trompeta de Davis.

En la calle, el sol ha quedado tapado y empiezan a caer gotas. No parece que tenga que diluviar y sigo andando hacia el Masterium convencido que la moto tiene que estar aparcada delante de la discoteca.

—No... ¡no está aquí! —hablo solo y una señora me mira asustada.

Peter me ha dicho que ayer me llevó David a casa. Lo he llamado y me lo ha confirmado.

—Ibas muy cargado... no podías ni abrir el candado de la moto.

Así pues, la moto se quedó aquí y ya no está. Miro en el suelo y ni rastro que los

hijos de puta de la grúa se la hayan llevado.

¡Me cago en la puta!, ¡me han robado la moto! Me he quedado sin trabajo, me han

robado la moto y la otra noche me follé una tía con pinta de actriz porno y no me acuerdo.

¡Menuda mierda! Ahora he volver a casa, no tengo ni puta idea donde hay una comisaría de policía para poner la denuncia, ni donde hostias hay una parada de metro o autobús. Empieza a llover con ganas. Abro la cartera, llevo cuarenta euros... ¡a la mierda! me pillo un taxi y mañana me paso por la comisaría que hay cerca de casa.

Entro en el piso con una sensación muy rara después de un día aún más raro. Saco

el artículo doblado del bolsillo de la chaqueta y por un instante tengo la tentación y la duda de hacer caso al que hasta hoy ha sido mi jefe. Me lo miro de nuevo y lo destrozo en mil pedazos que tiro a la basura.

Me abro una Voll-Damm y descuelgo el teléfono, necesito mi cuñada.

—Hola, ¿puedes venir a casa?

—¿Ahora?... no, he de recoger a la niña.

—Te he de contar algo importante. Por favor...

—Pero, ¿te pasa algo?

—Me pasa todo... si quieres vente con la niña...

—No... ya llamo a mi madre y la dejo con ella, estará contenta. ¿De acuerdo, guapo?

—Gracias... aquí te espero.

Cuelgo el teléfono y me tumbo en el sofá a perder tiempo hasta que llegue mi cuñada.

Tumbados en el suelo, aún desnudos después de comer cada rincón del cuerpo de

Mónica y de ser materialmente succionado por su sexo y su boca, mi cuñada me propone una salida provisional a mi situación.

—Aparca una temporada el periodismo. Detén un poco el ansia festiva y habla con tu hermano. Está haciendo entrevistas porque amplían plantilla por la salida de un nuevo producto.

—¿Me estás diciendo que me ponga a trabajar en la industria farmacéutica?, ¿y de

qué?, ¡si yo soy de letras!

—De visitador médico.

—¿Pero estos no son los que persiguen a los médicos?, ¿los que vemos encorbatados en las puertas de los hospitales y los ambulatorios?

—Sí... son los comerciales de los laboratorios farmacéuticos. Se llaman visitadores médicos. Es un oficio muy bien pagado...

—Pero si el otro día leía que, con la crisis, la bajada de los precios de los medicamentos o los que ya no entran por receta, están despidiendo a muchos.

—Sí, es un sector que lo está pasando mal, más por las erráticas políticas del

gobierno para afrontar la crisis, que no por qué a éste le haya afectado como a otros sectores. Siempre es más popular y, por lo tanto, más sencillo, recortar en el gasto farmacéutico que en otros sectores. Es un grave error porque esto convierte nuestro país en el último donde la mayoría de multinacionales farmacéuticas deciden lanzar nuevos productos al tener los precios más baratos de la unión europea. De hecho, el producto que lanzan en Lantec, la empresa de tu hermano, sale a la calle porque se aprobó el precio antes de la última bajada de precios. Éste es el motivo por el que quieren aumentar la red de vendedores, porque hay que vender mucho y rápido antes de que el gobierno vuelva a dar la culpa de todos los males al gasto farmacéutico.

—Pero... no sé... yo no sabría hacerlo... ¡perseguir médicos para vender pastillas o lo que hostias vendan!

—Claro que sabrías hacerlo.

—Y trabajar con Alberto... ¡uf!

—¿Qué...?

—Hostias Mónica... primero porque soy periodista, y segundo... ¡joder!, tú y yo somos unos traidores por poner los cuernos al hermano y marido, pero trabajar con él me parece superar todos los límites de la perversión.

Mónica gira su cuerpo, pasea su lengua por mi cara y me acaricia el miembro flácido.

—Con las cosas que hemos hecho tú y yo, y las que sé que tienes ganas de hacer,

¿llamas perversión al hecho de trabajar con tu hermano?

—No lo sé... y, además, yo no sé nada de este oficio.

—Alberto siempre dice que sólo hace falta empuje y ganas. Y trabajando no lo sé,

pero follando eres el rey del empuje y las ganas —se ríe con ganas al tiempo que se pone encima frotando su sexo sobre el mío para despertarlo de nuevo

—. Con estos ojos verdes que deslumbran y esta cara de no haber roto nunca un plato te pondrás los médicos, y ya no digamos las doctoras, en el bolsillo, y no quiero pensar donde más. Y

tal vez... —insiste sin dejar de pasear su lengua por mi cuello—, quizás, de toda esta aventura podría salir un reportaje que podrías vender a algún periódico importante o incluso un libro.

—¿Tú crees?, ¿no es un tema aburrido?

—¿No escuchas cuando hablan tus hermanos...? —dice casi musitando mientras me obliga a poner las manos en su culo.

—La verdad, hace años que desconecté... —y le aprieto fuerte el culo como sé que le gusta.

—Eres periodista, Paco, ¿no te has preguntado nunca la verdadera relación entre

la industria farmacéutica y el colectivo médico? ¿Quién paga los congresos de los que siempre hablan tus hermanos? ¿Qué compromisos existen entre las dos partes? ¿Por qué Javier tiene televisión en cada habitación y ordenador nuevo cada año?

—¡Hostias!... y yo que sé. Javier se gana bien la vida, ¿no?

—No lo dudes, además los médicos tienen la suerte de poder trabajar en tantos sitios como quieran, y, aun así, siendo el colectivo con más nóminas nunca pagan nada.

La industria farmacéutica se lo paga todo y ellos se lo dejan pagar todo encantados de la vida. No encontrarás un médico que se pague un café si tiene visitantes médicos cerca. Ahora, con los recortes empiezan a ponerse nerviosos y se apuntan a la huelga porque les bajan el sueldo, pero lo que nunca explicarán y siempre negarán es que durante años han chupado de la teta de la industria farmacéutica para viajar a congresos, organizar simpósiums o asistir a cursos, amén de comidas y cenas a patadas. Ya tengo ganas de ver el día que la industria farmacéutica se vea obligada a cerrar el grifo ante la

presión del gobierno con el tema de los precios. Entonces, los médicos se quedarán sin formación continua y no tendrán huevos, no, de salir a la calle y cortar el tráfico para pedir al gobierno que no presione tanto a las farmacéuticas, que a ellos se les acaba el chollo de viajar a cualquier parte del mundo con todo pagado.

—¡Hostias! qué panorama me pintas.... los congresos lo sabía, pero las teles y los

ordenadores ¿también?

—¡Ay!, Paco... y los muebles del comedor, y las ruedas del coche, y los cursos de

cata de vinos, y las cajas de buen vino, y las vacaciones de verano... en este país la gente tiene a los médicos en demasiada consideración, y puedes creerme si te digo que hay verdaderos profesionales de la extorsión a la industria. La gente está convencida que son los visitantes los que van sobornando médicos. ¡Cuidado!, de estos hay; pero alucinarías de los señores doctores que chantajejan a los visitantes. O me pagas esto y aquello o no te hago ni una receta. De hecho, es más usual el chantaje del médico que el soborno del visitante, pero ya sabes... la sociedad está convencida que los médicos son los buenos y, además, todos muy buenos, a pesar de la cantidad de mediocres que visten bata blanca.

Me he incorporado con tal ímpetu interesado de veras por lo que me está diciendo

que Mónica casi se cae de espaldas

—¡Cuidado!... —dice Mónica divertida.

—¿Me lo estás diciendo en serio, esto?, ¿tan corrupto es este mundo?, estás hablando de médicos...

—¿Médicos...?, ja, ja... algunos políticos son aficionados al lado del control que

tienen muchos médicos para saber gozar de la vida a costa de otros.

—Joder... aquí hay un reportaje... pero ¿cómo es posible que no se haya escrito nunca?

—La sociedad tiene a los médicos en un altar, son un colectivo potente, con colegios profesionales con mucha influencia social. ¡Venga, Paco!... tú eres un tío valiente... habla con mi marido... —y me obliga de nuevo a poner mis manos en su culo

—, pero primero fóllame otra vez que llevamos demasiado rato charlando.

Como soy un hombre que sé cuidar de la familia y me gusta que el buen rollo reine, me pongo rápidamente en acción para hacer feliz y contenta a la cuñada.

3

Sentado en el AVE con tres compañeros más, dos chicos y una chica, vamos a Madrid a realizar el curso de formación (Initial Training nos han dicho) que durará unas tres semanas. Desde el día en que Mónica me lanzó la idea todo ha ido muy rápido. Mi hermano Alberto no sólo no me puso ni una sola pega a mi nula formación

científica, sino que se puso muy contento de que por fin decidiera centrar la cabeza y olvidar un oficio para el que era evidente que no servía; evidentemente no le comenté ni a él ni a nadie la verdadera razón de querer entrar a trabajar en la industria farmacéutica. A mi padre le pareció una buena oportunidad para madurar. Mi madre contenta si yo estoy contento. Javier, divertido y excesivamente entusiasmado con la idea que sea yo quién lo visite de Lantec Pharma. Mónica, satisfecha por hacerle caso y orgullosa al ver cómo iba superando las distintas entrevistas. Y Patricia, sorprendida, y con alguna mirada a Mónica el día que les comuniqué a todos que había entrado a trabajar en Lantec Pharma, que me hizo pensar que entre las dos hay más complicidad de la que aparentan.

Y ahora estoy aquí, acariciando el lomo de la *Moleskine* que me regaló Mónica para que lo anotara todo ("pero todo, Paco", me insistió), charlando

con estos tres licenciados, en farmacia la chica, en biología y química los chicos, que me explican qué los ha llevado a buscar trabajo en este sector. Me he sentido algo raro cuando me han explicado sus motivos para trabajar en la industria farmacéutica como visitadores médicos. El hecho de que yo acabara periodismo y encontrara trabajo, mal pagado, pero trabajo de lo que había estudiado y ellos están resignados que de lo que estudiaron será complicado encontrar nada, me he avergonzado un poco de mí mismo.

He sido un privilegiado que podía trabajar de lo que me gusta y no he sabido conservarlo por no saber ser paciente y tener la arrogancia de creermelo que podía ser un Kapuscinski al poco tiempo de salir de la facultad. Me han contado cómo en un país como el nuestro con unos niveles de investigación ínfimos, las posibilidades de poder trabajar en investigación son muy pequeñas, además de estar peor pagado que lo que nos han prometido en Lantec Pharma. Me ha sorprendido que en algunas facultades como biología o farmacia les hablen directamente de las posibilidades de trabajar como visitadores médicos como una de las espléndidas salidas que tienen estas

carreras universitarias. No me extraña que este país esté a la cola en investigación si las propias facultades alientan a sus alumnos a dedicarse al mundo de la venta. Tal vez mi caso no sea muy normal, y desconozco hasta donde ha llegado la influencia de mi

hermano para que yo entrara en la empresa, pero la verdad es que nadie se ha sorprendido por el hecho de no tener una licenciatura en ciencias, y por lo que he escuchado, en este oficio hay de todo, con estudios y sin ellos. Después de todo, se trata de vender pastillas, y para vender, como me dijo Mónica, sólo hace falta empuje y ganas; y para eso, dudo que sea necesario dedicar cuatro o cinco años en una facultad.

A pesar de todo, la impresión que me he llevado es que estaban convencidos que gracias a sus estudios habían sido seleccionados. Tal vez sea así, pero no deja de ser un poco triste que el probable talento que forman en las facultades del país se malbarate con los licenciados trabajando como visitadores médicos. Me he preguntado si se convertirán en unos frustrados por dedicar tantos años de estudio para acabar trabajando en un mundo tan alejado de lo que imaginaban cuando accedieron a la universidad con apenas dieciocho años, y Lidia, la compañera farmacéutica, lo ha resumido muy bien cuando ha

comentado que hasta no hace mucho pensaba que los visitantes eran gente que tenían unos estudios específicos relacionados con el mundo del comercio.

—De hecho —ha seguido— ¿vosotros habéis escuchado alguna vez un niño o una

niña que diga que de mayor quiera ser visitador médico?

Al escuchar esta reflexión de Lidia, he recordado una comida familiar con el abuelo Tomás cuando Alberto hacía poco que estaba en este negocio.

—¿Qué, Alberto, te han comprado muchas pastillas hoy, los médicos?

—Yo no soy vendedor abuelo... soy... da igual —Alberto pensó que el abuelo no

entendería que es el marketing—, los médicos no compran directamente los medicamentos, eso lo hacen las farmacias.

—Y entonces... ¿por qué no vas a vender a las farmacias?

—Porque los que hacen las recetas son los médicos.

—¿Y quién vende a las farmacias?

—Los mayoristas.

—¿Y estos quiénes son?

—Estos compran los medicamentos a los laboratorios farmacéuticos y los venden

a las farmacias, son el canal de distribución.

—Entonces, no entiendo qué haces tú... ¿lo que tú estudiaste era para esto?

Recuerdo que todos se rieron, incluyéndome a mí a pesar de que, como el abuelo,

tampoco entendía que hacía mi hermano. Ahora, al escuchar a Lidia, he visto muy claro que mi abuelo era más listo de lo que él mismo disimulaba a menudo.

Después de charlar sin parar la primera hora de viaje, aprovecho que la conversación hace una pausa para abrir la *Moleskine* y estrenarla:

“Un visitador médico es un licenciado en biología, farmacia o alguna otra especialidad relacionada con las denominadas ciencias de la salud, que descubre la realidad cuando acaba la carrera: de biólogo o farmacéutico no hay trabajo. La investigación nunca ha sido una prioridad en nuestro país y la propia industria farmacéutica se aprovecha y llena sus redes comerciales de licenciados universitarios más para prestigiarse que por una necesidad real de que sea necesaria tanta titulación para vender. Probablemente, con la crisis y la constante presión del gobierno sobre las farmacéuticas con los precios de los medicamentos, a estos licenciados no les quedará ni la salida de la visita médica y deberán emigrar todos. Y es que, de un país donde parece que todo el mundo sabía de tochos y de conducir Cayennes, y los licenciados que deberían estar dedicando la inversión económica y académica a la investigación, tienen que dedicarse a la venta de pastillas, es difícil que salga de ésta y de futuras crisis.”

Cierro la *Moleskine* satisfecho, aún tengo alma de periodista. Obviamente mis compañeros aún no saben que mi hermano es el jefe de ventas de medio país. El apellido Albano no es muy común y será inevitable que aten cabos, pero tampoco creo que sea necesario explicarlo ahora que acabamos de conocernos, y todo es cojonudo y maravilloso por haber entrado en una gran compañía farmacéutica. Incluso el compañero biólogo, de nombre Miguel, dice que conoce uno que trabaja en la empresa

que le ha comentado que una vez superado el inicial training (él lo ha dicho así) nos llevarán a Suecia a conocer la fábrica.

Me miro a Lidia, y si no fuera por la cara, tiene un buen polvo. Tiene un culo para hacerle muchas cosas, pero de cara no me gusta, y en esto siempre he sido muy selectivo como siempre me dice David, que es del gremio de cerrar los ojos y follarse todo lo que se deje. Nos han comentado que en el curso

seremos unos treinta de todo el país; seguro que habrá buen material para hacer prácticas si el curso es aburrido y las noches largas y solitarias en la habitación del hotel.

Llegamos al hotel después de bajar del taxi medio asustados de la velocidad que

llevaba el taxista y vemos un montón de carteles con el logotipo de Lantec Pharma y tres chicas que nos esperan. Nos dan la llave de la habitación junto con un pequeño programa bien doblado y con mi nombre delante, que a su vez va dentro de una funda

de plástico atada a una cinta de color rojo donde también hay el nombre de la empresa y, que hay que llevar siempre colgado para ir bien identificado. Todo el mundo se ríe, todo es buen rollo, nervios, presentaciones y besos. Una cosa muy de Madrid me dijo mi hermano, y a fe que tenía razón. Estas mujeres besan mucho. ¡Me gusta Madrid!

El Hotel es de cinco estrellas, el primero de mi vida. No se andan con tonterías

estos de la industria farmacéutica... ¡aquí hay dinero y lo saben gastar! Es una torre muy alta que no debe hacer mucho que han inaugurado, todo es muy nuevo y la habitación es de película. ¡Esto tiene que costar una pasta que te cagas! La pared del

baño es de cristal y desde la cama se ve la bañera y la ducha. Me pongo caliente imaginando las posibilidades. Albornoz en el baño y mini bar bien lleno. Y la cama...

¡esta cama es para cuatro! ¡Hostias, esto es de puta madre y es gratis! ¿Crisis?, what crisis?... ¡estos la disimulan de cojones!

Hemos quedado en media hora para cenar juntos y aún no he abierto ni la maleta.

Me cepillo los dientes, me pongo una camisa que me da una imagen más formal que la

camiseta que llevaba, me guardo la tarjeta-llave de la habitación, me cuelgo la cinta con mi nombre y, bajo a conocer más gente. En el ascensor saco el programa de la funda y veo que el curso es muy intenso, de nueve a dos, y de tres a seis cada día hasta el viernes que nos dejen pasar el fin de semana en casa, evidentemente con billete de ida y vuelta pagado por Lantec Pharma.

He contado treinta y cuatro nuevos delegados (así es como nos llaman) y las mujeres ganan por goleada. Hay media docena que se hacen mirar, y un par con las que confío llegar a tener una muy buena amistad a lo largo de estas tres semanas que compartiremos formación. La cena es un buffet abierto que no tiene nada que ver con los que yo conocía de algún hotel de la costa. Cenamos juntos los cuatro, junto con dos chicas muy simpáticas, también biólogas y también en su primer trabajo.

—Hola... hola... si me atendéis un momento —es un tipo de poco más de cuarenta años con un micro en la mano—. Mi nombre es Luis García y soy el director general de Lantec Pharma en España.

Todo el mundo reacciona a la presentación del director general con aplausos y los

hay que silban como si fuera una estrella de la música. Los observo y tomo nota mental, los pelotas no han tardado nada en hacerse ver. Detalle que tendré que escribir en la *Moleskine*.

—Quiero daros la bienvenida y felicitaros por ser los elegidos. Debéis tener muy

claro que si estáis aquí es porque sois los mejores. En Lantec nos tomamos muy en serio la selección de nuestra gente. Estas semanas que os esperan van a ser muy intensas y de un nivel formativo muy alto. Nos enorgullece tener fama en el sector de tener los delegados de ventas mejor preparados de la industria farmacéutica.

De nuevo vuelven los aplausos y un par de los que silban se han levantado de

la

silla.

—Vais a aprenderlo todo sobre el nuevo fármaco que lanzaremos en un par de meses y sobre el resto de nuestro vademécum. Ya sabéis que se trata de un fármaco para la diabetes, así pues, cuando salgáis de aquí no podréis ejercer si no sois médicos

—risas y aplausos— pero sabréis tanto de la enfermedad que podríais hacerlo igual que cualquier especialista. En Lantec Pharma tenemos los mejores productos y los mejores profesionales.

De nuevo los aplausos. ¡Hostias Paco, esto es la leche! ¡Parece una puta secta!

Ahora entiendo comportamientos de mi hermano Alberto y, sobretodo, por qué su mujer prefiere mi nabo.

—Pero en Lantec Pharma —que pesado repitiendo el nombre la empresa—, además de una gran compañía farmacéutica con los mejores productos, somos una familia y queremos que os sintáis pronto parte de ella. Así pues, las chicas que veis al fondo —todos nos damos la vuelta para ver las tres chicas que hay frente a la puerta y que son las que nos han atendido al llegar—, os van a dar unos tickets para dos consumiciones en la discoteca que hay justo al lado del hotel.

¡Hostias!, esto ya me gusta más ¡Ole y ole!

—Disfrutad, haced amistad, y empezad a sentiros parte de esta gran familia, porque para mí, ya lo sois.

De la familia no lo sé, pero a hacer amigas y gozar de todo este dispendio ya puede contar conmigo nuestro líder.

Ahora, los aplausos, no sólo van acompañados de silbatos, hay gritos de Laaantec,

Laaantec, Laaaantec... Luuuuis, Luuuuis, Luuuuis... y todo el mundo se ha puesto en pie incluidos mis compañeros de mesa. Juan parece extasiado. Miguel se

ríe contento, y Lidia parece asustada y me lo hace notar con una mirada simpática.

La discoteca la han abierto en exclusiva para nosotros y hay que reconocer que es

una excelente forma de conseguir integrar rápidamente a todo el grupo. Luis García también está, y Maite Berlanga, la jefa de recursos humanos que conocemos por haber firmado el contrato con ella. La verdad es que aquí la veo muy suelta y, a pesar de habernos cruzado un par de miradas, me he propuesto abstenerme de líos con los jefes y ser muy formal. Maite le comenta algo al oído al director general mirándome y este se acerca dónde estoy yo.

—Eres Paco, ¿verdad? —pregunta dándome la mano para encajar.

—Paco Albano sí, encantado.

—Bienvenido a bordo, Paco.

—Gracias, espero estar a la altura —y he de evitar reírme de mi propio comentario.

—Si tienes el mismo ADN que Alberto, lo estarás, estoy seguro —golpea su vaso

con el mío y se va.

Pido la segunda consumición; una cerveza de importación porque aquí no tienen Voll-Damm y la Mahou es demasiado suave para mi paladar. Me quedo charlando con

un grupo de tíos del sur que están puntuando las mujeres, y descubro que, por lo menos en este tema, soy muy cercano a los hombres del sur de la península ibérica.

Después de empezar con fiesta, alcohol y dormir poco, hoy la cosa se ha puesto

más seria y lo primero ha sido trabajar la parte científica. Hasta la hora de

comer nos han pegado una paliza sobre las diferentes patologías. Yo siempre había dicho enfermedades, pero nos han explicado que debemos ir adaptándonos al lenguaje médico, que como es sabido nunca usan las mismas palabras que el pueblo ignorante y

tienen su propio vocabulario para referirse a las enfermedades. Como el producto estrella para el cual nos han fichado es la diabetes, más de la mitad del tiempo lo hemos dedicado a esta enfermedad, digo, patología. Ahora ya sé que hay dos tipos de diabetes, la uno y la dos, y también qué es un antidiabético oral y la insulina.

Hemos comido en el mismo restaurante de ayer por la noche que por lo que me han comentado es exclusivo para nosotros. De nuevo es buffet y por lo que dicen será así cada día pues sólo nos dan una hora para la comida.

De nuevo encerrados para seguir el curso, el responsable de formación nos sorprende con un cambio de guion. Pondremos en práctica lo que hemos aprendido durante la mañana con un juego de preguntas y respuestas. Nos dividen en seis equipos en las mesas ya preparadas mientras comíamos, y nos explica en qué consiste el juego.

En la pantalla irán apareciendo preguntas que él mismo leerá, y el equipo que sepa la respuesta debe de presionar una bocina de goma, como la que llevaba el mudo de los

hermanos Marx, para poder responder. Nos avisa que cada día se realizarán juegos distintos y que el equipo que más puntos sume a lo largo del curso, tendrá premio.

Cuando comenta este detalle del premio, los aplausos apasionados me provocan cierta vergüenza ajena. Sabía por mi hermano que este mundo es muy competitivo, pero nosotros aún estamos en la cuna y aquí intuyo unas ganas de destacar que asustan.

Y empieza la primera pregunta:

—¿Qué es la diabetes?

Rápidamente suena una bocina.

—La diabete e una enfermedá del páncrea. —dice muy confiado un tío muy cachondo con un acento que lo delata.

El silencio se adueña de la sala para romperse a los pocos segundos con una carcajada general.

—Habría que especificar un poco más. —dice el de formación muy serio, con lo

cual se apagan las risas— ¡Venga!, alguien del equipo...

Nadie del equipo responde y pide la respuesta a cualquier otro equipo. Pero nadie

responde, y yo, que soy el más solidario del mundo no dejaré en mal lugar el resto de compañeros y sigo callado.

—Me parece increíble... ¿dónde estabais esta mañana? —dice un tío que ha aparecido de pronto por la parte de atrás. Lleva una barba canosa, poco pelo en la cabeza, algo de sobrepeso, y viste como si fuera de boda con gemelos incluidos.

—Me llamo Santiago Velasco y soy el jefe territorial de la zona centro —éste es

como Alberto, pero de la meseta, pienso yo—. Si os pensáis que esto es un juego estáis muy equivocados. —¡joder!... este tío da miedo.

Santiago Velasco anda en silencio y despacio hasta donde está el de formación.

Nos hemos quedado todos algo acojonados con el tono y, sobretodo, el aspecto de la

cara del personaje. ¡Hostias!, sólo llevamos un día aquí y es normal que

estemos

nerviosos y no respondamos, ¡no hay que exagerar!

—En Lantex... —¿ha dicho Lantex? —, no nos tomamos a broma la formación de

nuestros delegados, Lantex —sí, sí... este hombre no sabe decir ni el nombre de la empresa— tiene una imagen ante los clientes y vosotros sois la cara de Lantex ante el médico. —no soy el único que se percata de cómo pronuncia el nombre de la empresa

y trabajo tenemos a contener la risa.

Hace un silencio que nos deja a todos helados y acojonados por cómo nos mira, y

comenta y sentencia que estará toda la semana con nosotros.

—Estaré aquí... me veréis y no me veréis, pero yo a vosotros os veré siempre...

Y se va por donde ha venido andando como si fuese Chuck Norris después de matar una docena de malos sin sacar la pistola.

—¡Joder!, ¿esto era una parábola...?, este tío es Cristo bajado de los cielos.
—

dice un compañero de mesa.

—Cristo no, ¡Cristox! —dice otro, y ahora sí que no podemos aguantar más y las

risas explotan sin disimulo.

Esto tengo que anotarlo en la *Moleskine*. No puedo creerme lo que veo y escucho.

¡Qué tío más mediocre! Es el perfecto espécimen para ser catalogado por

David como

un tonto del culo. Lo de los personajes con limitada capacidad intelectual que llenan las direcciones de este sector me lo había insinuado Mónica y ahora lo entiendo. La industria farmacéutica aprovecha los licenciados para vender y los mediocres que encuentra por la calle para dirigirlos. Es un sistema perfectamente engranado y que por motivos que se me escapan pero que no creo que tarde mucho tiempo en entender, lleva años funcionando así. De este tal Santiago ya hay quien tiene informes y comenta que es perito. No sé si es cierto, pero si lo es, tiene tela. ¡Yo soy periodista, y de ciencia no sé nada, pero este tío que no sabe ni hablar y antes quizás se dedicaba a tasar pisos, es quien dirige los licenciados en ciencias! Lo que yo digo, este país ha perdido el norte.

El de formación ha tardado en reaccionar, y diría que le ha hecho poca gracia la

intervención del que ya ha sido bautizado como Cristox, y ha seguido con diferentes preguntas que sí han sido bien respondidas. ¡Incluso yo he contestado una! Aunque la he cagado porque he dicho que la diabetes se cura con la insulina.

Ha sido un día largo y agotador. A pesar de todo, durante la cena en nuestro restaurante privado del hotel, esta vez sin necesidad de levantarnos para coger la comida, Maite Berlanga nos ha repartido tickets para la consumición de la discoteca que hoy también abren para nosotros.

—Uf, estoy muy cansado... —le digo con una sonrisa rechazando los tickets.

—Ni lo sueñes guapo, es obligatorio socializar... —se me acerca al oído—
... y

en tu caso aún más.

¡Y venga a gastar euros! ¿Es necesario convertir a los comerciales en
alcohólicos

para motivarlos para perseguir médicos?

Pues nada, otra noche más hemos acabado todos en la discoteca, y esta vez he seguido las instrucciones de la directora de recursos humanos y he socializado tanto, que Lidia ha dejado de ser fea y ha acabado en mi cama haciéndome cosas y haciéndome hacer cosas que ni yo mismo sabía que se podían hacer. Usa las manos y la boca con maestría, pero lo que me ha enseñado a hacer con su culo ha abierto un nuevo mundo en mí.

Hemos ido pasando los días con la misma rutina, y además de ciencia nos han instruido en todo el tema logístico de Lantec Pharma, tales como los informes mensuales, donde han insistido mucho en que detallemos al máximo las actividades de la competencia y, por supuesto, las nuestras. ¡Qué huevos, además de nuestro trabajo tenemos que saber qué hacen los otros! Yo pensaba que sólo se trataba de visitar médicos e intentar venderles el producto. Pero parece que para vender hay que hacer más cosas, como organizar distintas actividades y un par de comidas o cenas con médicos cada mes de forma obligatoria.

—Para nada me veo organizando cenas con médicos... y lo que me parece más difícil, ¿cómo se le convence para que venga a cenar contigo? —les comentaba a mis

compañeros para hacerme el inocente.

—¡Uy!, por lo que me han dicho, si eliges un buen restaurante, no habrá médico

que te diga que no. De hecho, probablemente más de uno te lo dirá él que lo invites, donde tienes que llevarlo e incluso el vino que tomaréis. En vino son todos unos expertos porque los laboratorios llevan años invitándolos a catas.

También hemos trabajado los informes de ventas. ¡Hostias qué follón!, aquí sí que

me he preguntado dónde cojones me había metido. Es un programa complejo y se deben

analizar un montón de datos diferenciados por zonas territoriales y mandangas de esas para las que yo no he nacido. Y por si ya se me ha hecho difícil, esta

parte nos la ha contado un tipo con pinta de salir de un mitin de la derecha que tenía un hablar empalagoso y tan pausado que más que mejorar la comprensión, daba sueño. El informe de visita es diario y no hay perdón si un día no lo haces. Es un programa donde salen todos los centros y clientes, y hay que seleccionar los visitados cada día. Esto no me ha parecido complicado, pero sí pesado, anacrónico y producto de una

desconfianza hacia el vendedor que me ha sorprendido. Cuanto menos, nos convierte en Cenicientas, pues nos obliga a pasar por casa antes de las doce de la noche para poder conectar el ordenador y hacer lo que ellos llaman el raport. Y, por último, las notas de gastos, otro lío con lo que también sufriré, seguro.

Hoy por fin acaba el curso y por la noche nos llevarán a un restaurante de estos de nivel y de moda de la capital y después todos de fiesta para no variar. El desayuno de hoy tiene una alegría especial, la gente espera que el día pase lo más rápido posible, llegue la noche, pasarlo bien, quemarlo todo, y mañana a casa para empezar a trabajar

de una vez a partir del lunes.

El vínculo con Lidia ha crecido, hemos compartido nervios, tensión, risas y copas, y por la noche, cuando volvíamos de la discoteca a la que Maite nos obligaba a ir para socializarnos, ella y yo nos socializábamos y relajábamos bajo la ducha de diseño donde a Lidia le gustaba agarrarse de la barra por donde caía el agua, formando una perfecta curva con la espalda y el culo, para que mis manos agarraran con fuerza sus nalgas y pudiera bombear como si deseara vaciar el agua que nos caía encima.

Salimos del comedor caminando pausados hacia la sala, y cuando llegamos nos encontramos una sorpresa que nos espera en la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

¡El Cristox...!, el rejodido Cristox Santiago Velasco que no habíamos vuelto a ver, pero no ha dejado de estar presente en todas las conversaciones por sus palabras el primer día, hoy nos está esperando y vestido de nuevo como si fuera de boda.

—Buenos días a todos... esto llega a su fin, y me consta, porque os he observado

como os dije el primer día... —nos hemos mirado todos—, que habéis hecho un buen

trabajo. Ahora sí, ya sois delegados de Lantex y hoy vais a poder demostrarlo.

Y el amigo Cristox ha usado la palabra de la que, a lo largo de estos días, algunos de los compañeros que ya son veteranos del oficio nos habían hablado: el Role-Play.

Dedicaremos todo el día a hacer role-play, que viene a ser como un teatro de ventas donde uno hace de médico y el otro de visitador médico. Ya nos ha avisado de que lo haremos todos y más de una vez, desde ahora que son las nueve de la mañana

hasta las seis de la tarde que vendrá Luis García a cerrar el curso y dar los premios a los mejores equipos en los juegos que hemos ido haciendo a lo largo de estos días.

La gente ha empezado a ponerse muy nerviosa; Lidia, que hasta hoy había disimulado del todo que tenía un rollo conmigo, me ha cogido de la mano entrelazando los dedos como hacen las parejas de enamorados.

—Lo paso muy mal con estas cosas Paco, te quiero todo el día a mi lado —me dice al oído bien asustada.

—Sí mujer... pero no será nada, nos conocemos todos.

—Tú no me dejes...

A lo largo del día me ha tocado salir a hacer de médico una vez y otra de visitador, y como he prometido a Lidia no la he dejado ni un momento. Ella lo ha pasado muy mal, aunque lo ha hecho muy bien. Ha habido un compañero del sur que ha

sufrido una crisis de ansiedad; nuestro compañero, Joan, ha vomitado todo el desayuno por culpa de los nervios; y una chica de Madrid ha salido llorando

de la sala cuando Cristox le ha dicho que no duraría dos días en la empresa.

Todo ello una puta mierda que dudo que sirva para nada más que para hacer pasar

un mal rato al personal. Y es que, digan lo que digan, la vida no es un teatro.

"Si hay muchos personajes como el perito, los gobiernos de turno no deberán

sufrir más por el gasto farmacéutico. En poco tiempo, por lo menos en nuestro país, la industria farmacéutica se hundirá solita. Es el recorte perfecto: sin industria no habrá gasto farmacéutico, los médicos no sabrán cómo hostias curar a los enfermos y el aumento de la mortalidad nos liberará los gastos en pensiones".

El día ha sido tan agotador y pesado, que la cena ha adquirido un tono especialmente agradable por sentirnos liberados. La fiesta ha acabado en el Joy Eslava, una discoteca muy famosa de Madrid, según me han dicho.

Con Lidia nos hemos retirado pasadas las tres y al llegar al hotel me ha hecho una

propuesta que me ha desconcertado un poco.

—¿Te importaría si durmiéramos juntos?

—Lidia, ¡hemos dormido juntos una docena de veces! —le contesto riéndome con

ganas.

—Me refiero a dormir, sin... estoy cansada, ha sido un día muy estresante, lo he

pasado muy mal con el role-play y quiero compañía, pero no quiero sexo...

—Para pasar la tensión no hay nada mejor que follar, Lidia... te lo haré por detrás como a ti te gusta... —el exceso de cerveza ha sacado al puro canalla

que llevo dentro.

—Da igual... Déjalo, me voy a mi habitación...

Me he quedado con un palmo de narices. ¡Y es que yo quería despedirme de Madrid follando con Lidia... uf, que es un encanto y muy dulce, pero yo quería follar, comerle los pechos, el culo y el resto, y no dormir abrazaditos! Así que, he terminado celebrando mi despedida de Madrid viendo los anuncios de sexo telefónico que pasaban por la tele y haciéndome un homenaje que ha sido lo suficientemente gratificante como para coger bien el sueño.

Durante el desayuno, a pesar de que Lidia aparentemente no estaba enfadada conmigo, le he lanzado un “lo siento” y ella me ha devuelto un “no pasa nada”. Hemos desayunado los de siempre con la tranquilidad de saber que hoy no teníamos ni prisa ni hacer otra cosa que dejarnos llevar a la que nos han dicho será nuestra última sorpresa.

Hemos bajado el equipaje que han introducido en el maletero de los autocares, y

cuando estábamos convencidos que nos llevaban a la estación de Atocha y que de sorpresa nada de nada, de la misma forma que de viajar a Suecia tampoco nada de nada pues dicen que con la crisis da mala imagen, el autocar se ha detenido en un polígono industrial, se han abierto las puertas y hemos visto la sorpresa al instante.

Treinta y cuatro Opel Insignia, treinta y cuatro coches plata metalizado el uno al

lado del otro aparcados en perfecta simetría y con nuestro nombre en un cartel sobre el techo del coche. Gritos, y algo parecido a una posesión colectiva nos hace correr como locos hacia el que será nuestro coche. Encuentro el mío, abro la puerta y, a dentro. Las llaves están puestas, y en el asiento del lado hay una caja con un móvil y una cartera de piel que, al abrirla, como sospecho, es un ordenador portátil como el usado durante el curso de formación. Por último, en un sobre hay una tarjeta de crédito, otra para la

gasolina y peajes, y una tarjeta de una mutua de salud privada.

Bajo del coche para recoger la maleta del autocar. Encajadas, abrazos y besos, muchos besos con las compañeras para despedirnos. Quedamos los cuatro que llegamos en tren hace ya muchos días para hacer el inesperado viaje de regreso juntos en nuestros flamantes coches y, vuelvo a entrar en el mío. Le hago un gesto con la mano a Lidia que tiene el coche justo al lado, giro la llave hacia la derecha, pongo la primera y abandono Madrid asustado por si acabo abducido como el resto y pensando que todo

esto he de escribirlo en la *Moleskine* cuando llegue a casa.

4

Algunos meses y unas cuantas *Moleskines* han pasado desde que acabé el curso de formación y entré en la dimensión desconocida de este curioso oficio, del que ahora ya sé que además de bien pagado y deslumbrante, esconde una parte no visible. El primero y que me ocultó mi hermano, es que por jefe tendríamos un policía de nombre Eduardo que controla la cantidad de visitas que hacemos, qué decimos y cómo a los médicos, y, por si fuera poco, el personaje tiene un físico repulsivo con una halitosis de caballo que asusta a más de un médico y repugna a más de una doctora. Lo que también he descubierto con apenas un par de reuniones donde Alberto ha estado presente, es que él mismo es un cabronazo que nos quiere a todos controlados y domesticados. Mónica siempre me decía “no conoces a tu hermano” y joder si tenía razón. Ahora entiendo que no sólo le pone los cuernos porque es una viciosa a la que le gusta follar con su cuñado pequeño porque el marido no le hace ni puto caso, le pone los cuernos como un acto de rebeldía ante un hombre tan frío y controlador.

Han sido meses frenéticos de trabajo, de conocer gente y el territorio de trabajo,

de poner en práctica todo lo aprendido y de vivir el lanzamiento de un producto, el Diaomin, que con sólo un par de meses en la calle ya se sospecha que la cosa no va

como esperaban y los nervios son visibles en los correos electrónicos que vamos recibiendo desde el departamento de marketing o la dirección de ventas.

A mí me tocó una de las zonas más complicadas de trabajar según los más veteranos, y la verdad es que empiezo a estrellarme por el poco caso que me hacen los médicos. Supongo que la suma de producto no excelente, como ya me comentan algunos

médicos, los recortes en la sanidad por culpa de la crisis, más periodista desubicado no ayuda mucho. Mi hermano Javier es visitado por Lidia, que ya sabe como todos, que Alberto Albano es mi hermano. Aparentemente no se enfadó al saberlo, pero no ha querido volver a follar más conmigo; y no puedo evitar añorar su culo e imaginar si se lo trabaja alguien de la empresa o tal vez algún cliente. Alberto me ha hablado bien de ella, pero dudo que él le haya tirado los tejos. De hecho, el sosainas de mi hermano mayor no creo que le toque el culo ni a su mujer Patricia, y estoy convencido que supera con creces el de Lidia por madurez y consistencia.

Apenas son las ocho de la mañana y estoy en un centro donde hasta hoy no he podido acceder. Es un centro de atención primaria de los denominados de gestión privada y, donde, los visitantes tenemos vetada la entrada. Parece una broma, pero es real; aquí no hay recortes y estos siguen en su burbuja particular. Los médicos no saben hacer nada sin medicamentos, pero tienen los huevos de prohibir la entrada a los representantes de los laboratorios. Como yo no lo entendía y soy periodista, pedí hora para hablar con el responsable y que me lo explicara de primera mano.

He necesitado mi tiempo para hacerme un poco con el oficio y conocer otros visitantes para entender que en realidad no es que no quieran saber nada de la industria farmacéutica, sino que en estos centros tienen pactos de exclusividad. Si quieres vender debes de pagar un peaje. Si bien ya voy observado que es la tónica general en este sector, invertir dinero para conseguir que los médicos receten, en el caso de los centros de gestión privada son más claros y no se cortan un pelo, hay que pagar para poder vender. Me explicaba un compañero de otro laboratorio que ellos mantienen en perfecto estado toda la red informática del centro y a cambio sólo recetan su producto para el colesterol. Mi jefe ya me ha dicho que no pierda el tiempo, porque no tenemos presupuesto ni es la política de Lantec hacer este juego poco limpio y menos claro. La realidad, pero, es que si pudiera tener acceso a vender Diaomin, mis ventas darían un salto importante porque estamos

hablando de un consorcio formado por un total de cuatro centros de atención primaria con gestión privada. Y a pesar de que se supone que me metí en esto para documentarme, el dinero de las comisiones me iría de puta madre... ¡y que hostias!, ¡que aquí hay mucha pasta y me lo estoy pasando de puta madre! Así pues, pedí hora con el coordinador médico de los centros hace casi un mes y, hoy por fin es el día. No tengo nada para ofrecer, pero quiero ver que me pide y quizás así, con argumentos, pueda convencer a Eduardo. La chica de recepción me pregunta el nombre y yo le entrego una tarjeta de visita. Descuelga el teléfono y habla directamente con el doctor Pablo Zarazaga.

—Siéntate, el doctor te atenderá en nada.

Casi veinte minutos después de la hora a la que me habían citado, la chica de recepción me dice que puedo subir al primer piso donde el Dr. Zarazaga tiene el despacho.

Es un hombre de unos cuarenta y tantos vestido como un alto directivo, con una camisa blanca cerrada con una corbata oscura. No lleva bata ni nada que haga sospechar que estoy delante de un médico. Tal vez porque tiene una cara sin rasgos a destacar, con una buena mata de pelo y bien afeitado, pero juraría que lo he visto antes, le pregunto para romper el hielo.

—¿Pasa visita en otro centro, Dr. Zarazaga?, me suena...

—No, no, sólo me faltaría más trabajo; paso visita aquí tres días por semana y además llevo la coordinación de éste y los otros centros que agrupan el consorcio de atención primaria CPAP.

—Bien... me parecía que quizás lo había visto en otro lugar... en fin, el motivo

de mi visita es hablarle de la posibilidad de poder establecer la forma de poder visitar a los médicos del centro para hablarles de mi producto, el Diaomin, el antidiabético oral que con una sola pastilla al día mejora la vida de los pacientes diabéticos tipo dos.

—Te explicaré como funciona esto. De entrada, no tengo por costumbre recibir la

industria farmacéutica, pero con Lantec no recuerdo haber hablado nunca y por lo tanto me ha parecido adecuado tener un contacto. Nosotros somos un centro privado que vende sus servicios a la sanidad pública. El hecho de tener gestión privada nos obliga a gestionarnos como tal y, en consecuencia, la relación con la industria debe tener contrapartidas. Aquí no recibimos a los visitantes médicos, pero evidentemente hacemos uso de lo que lleváis. Lo que hacemos es encontrar vías de colaboración aceptables por las dos partes.

—Pero si llegamos a un acuerdo y mi empresa colabora en alguna de vuestras necesidades, ¿qué garantía tengo que recetarán mi producto sin hacer la visita a los médicos?

—Garantías todas, si tu producto entra en nuestro listado, tienes exclusividad.

Primero pasará por la comisión de control de nuevos fármacos, pero con laboratorios serios esto es un puro formulismo, soy consciente que tu empresa es garantía de buen producto.

—Lo entiendo, y... ¿cuáles son las necesidades de los centros que dirige para que

la comisión avale el uso de Diaomin?

—Eso lo decidiremos en función del porcentaje de la venta. Si veinte pacientes van con tu producto tu colaboración no será la misma que si son dos mil. Pero ya te aviso que, con un producto como el tuyo, en ningún caso estaríamos hablando de menos de doce mil euros al año en inversión que pueden ir a congresos, cursos, estudios u otras necesidades que surjan, como pueden ser equipamientos para alguno de los centros.

—Doce mil euros es mucha inversión, no tengo mucho más presupuesto para todo

mi territorio. Con la crisis y la bajada de los precios de los medicamentos se han reducido mucho los gastos para promoción, por lo menos hay que disimular austeridad, ya me entiende. ¿Y si no hay inversión es imposible que nunca me hagan una receta?

—Sólo en el supuesto que llevaras una cosa única y de un valor terapéutico extraordinario.

De pronto se abre la puerta del despacho-consulta y un celador entra con un carrito cargado de historias clínicas.

—Perdón...

—¿Qué haces, Mario?, ¿no te han enseñado a llamar a la puerta?, y, además, hoy

no tengo visitas, no hay historias por recoger, lárgate y cierra la puerta. —el tono imperativo, agresivo y desagradable del Dr. Zarazaga además de provocarme

vergüenza ajena me ha servido para recordar donde había visto antes al Dr. Zarazaga.

—¿Y usted no tiene mano con el resto de médicos? —pregunto al instante que la

puerta se cierra de nuevo.

—¿Qué quieres decir...?

—Yo no tengo el presupuesto que me pide, incluso con la mitad me dirán que no... pero...

—Entonces no tenemos nada más que hablar...

Lo que estoy a punto de hacer lo he visto en las películas y no sé qué pasará, pero estoy aquí porque soy periodista, me lo repito mentalmente tres veces y me lanzo a la piscina.

—Sí... sí que tenemos algo más que hablar, yo puedo ayudarle a usted y usted me

ayuda a mí.

—Escúchame... Paco, ¿verdad? —asiento—, ya te he contado como funciona esto,

somos una empresa y las ayudas son globales no individuales.

—¿Va muy a menudo por los Peep-show de la ciudad? —ya está, bravo Paco, ¡con dos cojones!

—¿Perdona...?

—Yo estaba en el Peep-show donde usted organizó un festival y tuvieron que echarle. Ya sabía yo que lo había visto... tengo buena memoria para las caras.

Se ha quedado en silencio, enrojecido, y su seguridad de hombre de negocios se

ha esfumado.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya se lo he dicho, poder vender Diaomin. Usted me ha dicho que para vender

he de pagar, y yo no tengo posibilidad de hacerlo si sigo los criterios de la empresa.

Pero hay una solución... a usted le gustan las putas y yo conozco muchas y se me da bien tratarlas. Yo le pago las putas que quiera y usted consigue que Diaomin sea el antidiabético de exclusividad en los centros que dirige. Le pago sexo por vender Diaomin, ¿qué más quiere?

—Jamás me había pasado nada igual, debería darte vergüenza... podría denunciarte a tu empresa... y si no acepto tu trato, ¿qué harás?, tengo un prestigio...

estoy casado y con tres hijos...

—Ey, Dr. Zarazaga, que ni yo soy un gangster ni esto es una novela negra, no las

he soportado nunca. Sólo le estoy proponiendo una fórmula original y distinta. ¿Por qué lo que usted me proponía era más lícito que lo que yo le propongo? ¿Es más ético pagar un ordenador que una puta?

—Moral y éticamente... es...

—¿Qué es? —pregunto rápido cuando detecto que la duda ha sustituido la primera

indignación.

—Cuanto menos, hay que reconocer que es una propuesta que... ¿y cómo lo harías?, no me digas que las... te harán facturas... —algo parecido a una sonrisa aparece en su rostro.

—Ja, ja... eso es cosa mía... ¿qué me dice?

He salido del despacho con el móvil personal de Pablo Zarazaga y convencido que puedo llegar a ser un buen periodista de investigación; le acabo de meter un gol a todo un doctor.

Abro la *Moleskine* y tomo nota antes de marchar hacia el Hospital de la Marina.

“Competir en un mercado con una crisis que nadie sabe, cuándo y cómo acabará, donde hay un exceso de productos que sirven para lo mismo es muy complicado. La simpatía personal o la relación histórica de la empresa con cada médico es un hecho diferencial, pero si quieres posicionar tu producto y ganar comisiones, sólo hay una solución, pagar por vender”.

Cierro la *Moleskine* y busco el nombre de Peter en el móvil. Le cuento por encima mi conversación con el Dr. Zarazaga, me dice que estoy loco y que he visto muchas películas, pero me promete las facturas que sean necesarias del Bar-Restaurante de su padre y me pasa el teléfono de Rebeca e Irene, dos de sus putas preferidas con las que yo mismo he compartido fluidos alguna vez.

Para los médicos del hospital de la Marina, somos poco más que una fauna molesta que les toca los huevos cada día, pero que se ven obligados a escuchar si quieren ir de congreso y disfrutar de otras ventajas que su empresa jamás les dará.

Hoy, además, estoy agotado. Ayer salimos con David y Peter y fumamos y bebimos demasiado. Menos mal que este oficio tampoco tiene horarios fijos, apenas son las diez de la mañana y aún he de hacer mi parada para desayunar acompañado de la prensa del día para no olvidar que soy periodista.

En el hospital de la Marina los médicos no nos dejan acceder a su consulta para

hablar de las excelencias de nuestros productos. Las visitas se hacen en un pasillo sin una sola silla donde nos obligan a esperarnos y hay que esperar que se decidan a acercarse para hablar con la “chusma” de la industria farmacéutica. El más surrealista es el jefe de servicio, un personaje con aspecto de vagabundo que sólo responde buenos días el día que la secretaria te ha dado cita para poder visitarlo. ¡Dios! qué miedo ponerse en manos de un médico como este. En poco tiempo estoy descubriendo

que esta máxima que se escucha a menudo, sobre todo entre tertulianos de radio o televisión —que como todo el mundo sabe es un colectivo más bien pelota— de que

todos los médicos de nuestro país son fantásticos y de los mejores del mundo, es una verdadera falacia. Aquí hay buena gente y buenos profesionales como en todos los oficios, pero de impresentables e incompetentes con bata blanca los hospitales están llenos.

Coincido con un par de compañeros y compañeras que, como yo, esperan los médicos para intentar vender un poco; y entre ellos, Judith, un bombón a la que me encantaría invitar a casa para practicar el role-play bajo la ducha. Tiene algunos años más que yo y está casada, mi especialidad.

El primero en atendernos es Jaime Pons y de la Plana-Matalonga. Un personaje altivo y sobrado que no escucha y sólo sabe decir “muy bien”

durante los dos minutos de la no conversación. Muchos médicos son maestros en arrogancia y este es de los grandes.

—¿Cómo estás Dr. Pons?

—Muy bien.

—Me alegro... bien, recordarte que Diaomin es el antidiabético de quinta generación que mejora las glucemias de tus pacientes...

—Muy bien. —y asiente con la cabeza mirando a cualquier espacio excepto a los

ojos o al folleto publicitario que uso de guía.

—... Tiene efectos positivos sobre la presión arterial, sobre todo la sistólica...

—Muy bien.

—Hay menos ganancia de peso, y...

—Muy bien.

—... y una evidente comodidad para el paciente, siendo...

—Muy bien.

—... siendo como es, una sola toma al día, que...

—Muy bien.

"Por cierto, tu mujer me ha dado recuerdos para ti cuando me he levantado de la cama esta mañana..."

"Muy bien"

Estoy convencido que, si le digo eso, su respuesta será un idéntico muy bien...

este hijo de puta no me escucha.

—¡Pues nada!, que tengas un buen día, y recuerda: Diaomin una vez al día.

—Una cosa...

Ei!... tal vez sí que me escucha...

—El Dinobet aún está en vuestro vademécum, ¿verdad?

—... Sí... bueno, yo no sé demasiado, es un producto de primera generación y por

lo que me dijeron sigue en el vademécum porque está recomendado en terapia combinada, pero es un producto del siglo pasado, ¡tres pastillas al día!; Diaomin es una mejora evidente, un producto del siglo XXI...

—Prefiero Dinobet.

—¿Pero tienes algún paciente con Diaomin?

—No, ya me va bien Dinobet.

Tardo en reaccionar porque aún no estoy acostumbrado a esta forma de hacer de

muchos médicos.

—Pero si no lo pruebas...

—Muy bien, ya está, ¿no?... adiós —me da la mano sin mirarme a los ojos y se va

por el pasillo mientras yo permanezco inmóvil intentando entender qué ha ocurrido y con la literatura de Diaomin en la mano porque evidentemente la ha rechazado.

—¿Paco? —me dice Judith— ¿te ha dicho algo para ofenderte? Este es

especialista en humillar visitantes, no te preocupes...

—No... no, es que no entiendo nada... le hablo de la novedad que llevamos y el tío

me dice que prefiere productos de antes de nacer yo...

—¡Uy!, esto es de lo más normal con esta tropa; si alguna vez tienes un enemigo

diabético recomiéndale este hospital; ¡los médicos van a su puta bola, pero tiene vistas al mar! —Judith nos hace reír a todos con su ocurrencia y trabajo tenemos en contener la risa.

Superada la terapia de humor, saco la *Moleskine* del bolsillo interior de la americana.

“Son muchos los médicos que desprecian la industria farmacéutica y sus representantes, aunque sin ésta y los productos que investiga y comercializa serían incapaces de practicar la medicina. Si situamos un abogado actual en el siglo XIX

sólo debería adaptarse a las leyes de la época, pero podría hacer de abogado sin problemas. Si situamos un médico de ahora, sería incapaz de practicar la medicina”.

Mientras seguimos esperando el resto de médicos del servicio, no tan estúpidos y

jetas como el Dr. Pons, pero no mucho más dispuestos a hacerme mucho caso con el Diaomin, hace su entrada el jefe de servicio, el Dr. Francisco Canales. Miro el reloj, las once de la mañana y ahora llega a trabajar. Algunos veteranos ya me han contado que esto es habitual en muchos de estos personajes con cargos públicos. Hacen lo que les pasa por los huevos y después tienen las narices de salir a cortar calles para protestar por los recortes en la sanidad pública. ¡A estos deberían recortarles los huevos y lo que cuelga! Para sorpresa de todos dice “buenos días” como respuesta a

nuestro “buenos días Dr. Canales” sin mirarnos a la cara, y accede a su despacho con cara de llevar años sin follar y por ende sin ducharse.

—Yo me largo. —digo a los compañeros después de pasar media mañana en el pasillo esperando médicos. No me acabo de adaptar a esta parte del oficio. Las esperas son eternas y yo soy demasiado inquieto para pasarme tantas horas sin hacer nada. Más que visitantes, somos esperadores.

—Aún nos falta la Dra. Curto y el Dr. Gibernau.

—La Curto me ha dicho que sale de guardia, no la veremos —y me gusta verla porque es seca que te cagas, pero tiene un buen polvo, quizás es seca porque va mal follada, pero paso de intentar nada, no estoy para hacer favores si pasan de mí—, y Gibernau, ya lo veis, lleva una hora paseándose por aquí y pasa de nosotros. Hará lo

de siempre, saldrá corriendo y diciendo lo siento que tengo mucha prisa o simulando que habla por el móvil como hacen los famosos para escaparse. Llevamos más de dos

horas esperando en este pasillo sin una sola puta silla, ¡a la mierda!

Salgo del hospital despidiéndome de los compañeros, sobretodo de Judith, a quien no niego dos besos porque está para besos y mucho más y, al subir al coche y antes de abandonar el parking, abro la *Moleskine*, necesito recordarme constantemente qué soy y qué quiero o acabaré como todos los biólogos y farmacéuticos que pueblan

este sector, resignados con este extraño oficio por culpa del dinero y todo lo que la acompaña.

“Si esta crisis se lleva por delante este sector y de visitantes médicos acaban unos pocos, será divertido ver a los médicos a la caza de los pocos que queden para conseguir seguir viajando a congresos nacionales o internacionales y poder seguir haciendo turismo y largarse del hospital y de casa unos días al año con todo pagado”.

Miro el reloj, he de acercarme al Hospital de San Pedro a llevar la parte de la

documentación para los médicos que hemos invitado a San Diego, al congreso americano. Además, he de intentar hablar con el Dr. Fernández, un tío que, o bien tiene algún problema con Lantec Pharma y, nadie, ni mi hermano, me quieren reconocer, o está en nómina de la competencia. No sólo pone problemas al Diaomin, es que hace todo lo posible para evitar que el resto de médicos del servicio sí que usen mis pastillas. Y no es que se haya investido en garante de la economía porque el Diaomin tenga un precio más alto, no. Este tío presume de no seguir las directrices de los gestores y hace bandera de su independencia como clínico. No tengo duda que su independencia tiene algo que ver con la cantidad de congresos y conferencias que le organiza y, evidentemente paga, la competencia.

En el Hospital de San Pedro tienen un jefe de servicio que supera con creces al de

la Marina. El Dr. Leyca es Dios bajado a la tierra y practicando la medicina. Me lo hizo ver Paula, una compañera de otro laboratorio con la que hemos trabado amistad y que casualmente tiene un hermano que vive en el mismo edificio que el mío, un día que estábamos en el hospital esperando médicos, para variar.

—Mira, Paco, mira el Dr. Leyca... anda sin tocar el suelo. —y ella misma se rio

con ganas de su broma.

—¡Hostias, es un puto Dios! —grité yo en exceso.

Nos reímos tanto que finalmente el Dr. Leyca nos oyó, salió cabreado de su consulta, y nos hizo saber que o nos comportábamos o nos prohibía la entrada en el hospital.

—Lo ves, es Dios. Está convencido de ser el dueño del hospital, habrá que enseñarle esto. —sacó la tarjeta sanitaria— para que se entere que también somos socios de este club. ¡Menudo mamarracho!, ¿sabes?, todo es fachada, el eminente doctor vive en su mundo de divinidad y sólo le queda el nombre. No me ponía en sus

manos ni loca, aunque algunos sólo quieren ser visitados por él y en este servicio hay gente que clínicamente le supera con creces.

Tras la larga charla con Paula, anoté en la *Moleskine* un comentario que me hizo reír muchísimo y a la vez reflexionar.

“¿Te has fijado la manía que tiene la gente en nombrar a los médicos eminencias? En el tiempo que llevo en este sector aún tengo que conocer una eminencia. Las eminencias están en el Vaticano, Paco, ya te digo yo que entre el colectivo médico no verás ni una, por lo menos entre estos que visitamos. Como en todas partes, hay profesionales de alto nivel y otros de más mediocres, pero esta manía de exaltar a la clase médica como si todos fuesen los mejores del mundo me pone de los nervios. No dudo que el nivel científico es alto, pero tampoco hay que olvidar que ni una de nuestras universidades no están entre las cien más importantes del mundo, es más, aquí se exalta a los médicos, pero los famosos cuando enferman no tardan en volar a los Estados Unidos”.

Pido a la secretaria de las consultas externas si están el Dr. Perramón y el Dr. Riera.

—Están pasando visita, pero no les queda mucha gente.

Perramón y Riera acostumbran a ser educados y tienen buena relación con Lantec

y con Alberto y, por lo tanto, conmigo siempre han sido correctos, y más, cuando les pago un congreso a los Estados Unidos que supera de largo los tres mil euros por cabeza.

Espero, pues, que terminen las visitas o que me hagan un hueco, para hacerles entrega de toda la documentación que me ha llegado de Madrid, con la calma que me

ha recomendado Eduardo para que les quede claro quién se lo paga todo, y puedan darme las gracias sin ningún tipo de vergüenza porque hay pacientes cerca. Una inversión de este nivel hay que entregarla en la consulta y deben

estar por ti, me ha insistido.

Mientras espero, voy vigilando que no se me escape el Dr. Fernández. El compañero que lo visitaba antes de mi entrada en Lantec me ha dicho que con Fernández hay que hablar claro e insinuar que tienes mucho presupuesto para cualquier necesidad.

—No te ayudará nunca si no le enseñas la pasta. ¡Pero cuidado!, ni se te pase por

la cabeza insinuarle que habrá dinero a cambio de tratamientos.

—¡Joder!... no entiendo nada.

—Ja, ja... con ególatras siempre es complicado negociar... y este es el mayor de

todos, es el ego hecho hombre. Piensa que a ti te mirará por encima del hombro, pero con los pacientes también lo hace. Es un clínico excelente pero un pésimo médico.

—¿Qué diferencia hay?

—¿Has visto alguna vez, House?, sabe muchísimo y eso le convierte en un buen

clínico, pero no sabe tratar con los enfermos y eso lo convierte en un médico pésimo.

El Dr. Perramón me ve sentado cuando sale un momento de la consulta para entregar un papel a la secretaria del servicio y le hago un gesto para indicarle que tengo que hablar con él.

—Tengo mucho trabajo —los médicos siempre tienen mucho trabajo y te lo recuerdan constantemente.

—Te traigo la documentación del congreso americano. —digo en voz baja para que no me escuche ningún paciente de la sala de espera.

—Uf, bien... venga... pasa, pero rápido, eh...

Pasamos a la consulta y antes de sacar la documentación de la cartera le suena el

móvil. Durante unos tres minutos habla con uno de los residentes sobre un tratamiento.

Deduzco que es un residente por el tipo de respuesta del adjunto Perramón. Lo más sorprendente es que no se corta nada en indicarle un tratamiento de mi competencia que sirve para lo mismo que el mío, pero con menos ventajas globales.

—Caramba, ya podías haberle dicho que pusiera Diaomin. —digo con una sonrisa.

—¿Que pretendes decirme cómo he de tratar los pacientes? —me responde incomprensiblemente picado.

—No... no, el médico eres tú, faltaría más, pero hombre... —toco y señalo con el

dedo índice la carta del hotel, la hoja de inscripción, y la carta con todas las explicaciones de horarios de presentación en el aeropuerto, cenas en San Diego y el resto de actos sociales fuera de congreso donde Lantec Pharma tiene el honor de invitarlo.

—¿Que me estás diciendo que porque me pagas este congreso he de poner Diaomin?... chico, por aquí no vas bien.

—No... vaya... yo... he de conseguir vender Diaomin, para eso me pagan. —digo

con mi sonrisa más encantadora y sincera a pesar de que estoy absolutamente alucinado con este tío al que le estoy pagando un viaje de cine y se enfada porque le pido que recete mi producto.

—Y yo he de dar el mejor tratamiento a mis pacientes, para eso me pagan. —
dice

con una sonrisa de lo más cínica.

Coloca toda la documentación en el sobre y alarga su mano para encajar
mientras

se levanta de la silla.

—¿Sabes quién va al congreso además del Dr. Riera?

—No lo sé, de toda España un centenar como mínimo.

—¿Y de vosotros? ¿Alberto Albano?

—Sí... es mi...

—Pues nada... —me corta— si no te importa —me abre la puerta de la
consulta

—, ya me has robado demasiado tiempo.

Sentado de nuevo en la sala de espera y con la mirada perdida, intento
entender lo

que ha ocurrido hace un momento detrás de la puerta de ese médico.

Busco mi *Moleskine* y escribo:

*“Con pocos meses empiezo a tener el convencimiento que este sector está
más*

*podrido de lo que jamás hubiera podido imaginar, sobre todo, como me dijo
Mónica, por parte de los médicos. Invitas a un médico a un congreso
internacional y al entregarle la documentación te da un minuto y te hace un
favor. Y cuidado con intentar vender, sólo intentar vender, tu producto justo
cuando estás en el proceso de entrega de la documentación a un congreso
que tu empresa le paga. Es un ataque gravísimo a su integridad como*

médico y a su ética hacer ligar congreso con receta”.

Veo que la puerta del Dr. Fernández se abre y sale muy decidido para hablar con

la secretaria. Me levanto de la silla y guardo la *Moleskine* en el bolsillo.

—¿Dr. Fernández, se acuerda de mí? Soy Paco de Lantec... —le digo andando a

su lado dado que no se detiene tal como si fuera un famoso perseguido por los paparazzi.

—Hoy no puedo atenderte, tengo mucho trabajo. —me dice sin ni siquiera mirarme a la cara a pesar de que pacientes no queda ni uno en la sala.

—Sólo serán un par de minutos...

—¡Hoy no!, ven otro día. —y desaparece tras la puerta.

Observo la sala vacía de pacientes y me acerco a la secretaria para preguntarle por el Dr. Riera. Son más de las tres de la tarde y me sorprende que no haya sacado la cabeza sabiendo que le espero desde hace horas para entregar la misma documentación que al Dr. Perramón.

—Perdona... Riera sigue dentro, ¿no?

—Me parece que se ha ido... espera. —descuelga el teléfono— No... no está —

mira la lista de pacientes—, tenía la última visita a las dos, debe hacer casi una hora que se ha ido.

—¡Hostias!, pero le habías dicho que le esperaba para entregarle unos papeles,

¿verdad?

—Sí, sí... lo siento, se habrá despistado y como salen por detrás...

Me pregunto si en este hospital la falta de respeto se contagia o hay una fuga de

estupidez en algún lugar y se está acumulando toda en el mismo punto. ¡No sé si podré aguantar mucho tiempo esta fauna de los médicos! La falta de seriedad es una característica de este país y la observaba a diario cuando intentaba hacer de periodista, pero no podía imaginarme que entre el colectivo médico también fuera una constante.

No tengo claro que jamás salgamos de esta crisis si todo el mundo va a su puta bola y no hay respeto ni seriedad por nada y por nadie.

Salgo del Hospital de San Pedro no sin gritar con la mente un “¡iros a la mierda,

¡panda de endiosados de los cojones!”). Bajo al parking, pago, subo al coche y, me voy a casa sin ni pensar que aún no he comido por culpa de estos mamones de bata blanca.

Esperando el verde del semáforo delante del hospital, pienso en la forma de cerrar el día con un poco de alegría y una imagen que hace días ronda por mi cabeza se me hace presente. Cojo el móvil, busco el nombre y llamo.

—¿Hola? ¿Te acuerdas de mí?

—Claro que me acuerdo periodista, has tardado en llamar.

—He estado muy liado, ¿Estás ocupada? ¿Has comido? ¿O tomamos un café?

—¿Ahora?... bueno, he tomado una ensalada y no tomo café...

—¡Ah!, pues...

—Pero me encantaría prepararte uno si te vienes a mi casa.

No he almorzado, ni he tomado café, pero Jennifer me ha hecho comer cosas que

hoy sí recordaré de por vida. He olvidado del todo el mundo de los dioses en bata blanca porque he pasado la tarde con una diosa de verdad. He empezado a descubrir

una chica lejos de la imagen que tenía gravada en la mente cuando me la encontré a mi lado en la cama, y me ha hecho sentir lo suficientemente cómodo para salir de su casa convencido que nos volveremos a ver.

5

Esta noche tenemos cena para celebrar los veintiocho de David con toda la pandilla y yo me he encontrado un e-mail de Eduardo que necesita para mañana un informe dando explicaciones a las desviaciones en la cobertura y la frecuencia. Esto es: si hemos visitado los médicos y cuantas veces. Nos ha mandado una hoja Excel y

no entiendo absolutamente nada.

—Lidia, ¡hola!, ¿cómo estás?

—¡Hola, Paco! ¿Has visto el e-mail del jefe?

—Por eso te llamo, tú que eres de ciencias... yo no entiendo nada. Son unos pesados, no nos dejan respirar; ¿no nos dijeron que era un informe mensual? ¡este mes llevamos tres!

—Sí, son unos pesados. Además, esto que nos pide puede verlo él con el programa informático.

—¡Pues que huevos!

—Hablé con Izaskun, mi amiga de Donosti, y me comentó que su jefe no es tan pesado, nos ha tocado el gordo con Eduardo.

—¡Nos ha tocado el más feo y más tonto!

—¿Quieres que quedemos?, vente a cenar a casa... —me lo dice en un tono muy

alegre y agradable.

—Hoy tengo cena con los amigos, no puedo...

—Vale, pues nada, te lo explico en un momento, ¡atento! Esto es una tabla dinámica. ¿Ves que salimos todos los delegados?, pues marca tu nombre y quedará tu

call plan individual.

—¿Mi qué?, ¡hostias Lidia!, hablas como ellos.

—Ja, ja... qué quieres si lo dicen así, el *call plan* son las visitas que debes hacer y tus actividades, pero si eso ya lo preparaste...

—Vale, ya está, ya veo que ahora sólo aparecen mis visitas... ¡hostias, tengo un

montón de médicos sin visitar!

—Ay, Paco, Paco... no te preocupes, estamos todos igual. Lo más importante es

que los *Kols* estén todos visitados, es en lo que más se fija el jefe.

—¿Los qué? ¿has dicho cols?

—Ja, ja... Paco, ¡eres la pera! los *Kol*, *Key Opinion Leader*. Son los que tienen capacidad para influir a otros médicos.

—¡Ah! los Fernández y compañía, sí, sí, estos los tengo controlados.

—Ponte en ello y en un par de horas tendrás el informe como lo quiere el jefe.

—¿Un par de horas?, joder... ¡tengo la cena!

—Chico... ¿por qué abres el ordenador tan tarde?, siempre te lo digo.

No puedo decirle que lo he abierto tarde porque una vez más, Jennifer me ha

dejado seco y en estado de catatonia durante tres horas.

—Tienes razón, soy un informal... oye, eso de venir a cenar a tu casa... otro día,

¿vale?... se nos da bien trabajar juntos...

—¡Pervertido!... sí, sí se nos da bien, nos llamamos, un beso.

Si Jennifer no me hubiese vaciado por días, ahora mismo, antes de empezar el trabajo de los huevos preferiría tocármelos recordando el culo de Lidia.

Me levanto para mear y bajar la erección inesperada y a la vuelta del baño busco

la *Moleskine* en la cartera.

“Tablas dinámicas, rapport, time reporting, call plan compliance, market acces, sales analysis, target, planificaciones, coberturas, informe de frecuencias, informe de ventas, informe de competencia. Es imposible desconectar nunca en este oficio.

No te dejan ni respirar. Pagan bien y te lo pagan todo, pero eres propiedad de la empresa”.

Si bien es cierto que lo que me hizo picar el anzuelo que me puso Mónica fue lo

que me contó de los médicos, día a día me sorprende descubrir que esta empresa, y supongo que no debe ser la única, es un verdadero estado policial. Hace unos días, en un viernes que pasé por la oficina a buscar material, me gusta hacerlo los viernes por la tarde para evitar encontrarme con Eduardo (me repugna bastante y, la verdad, me da un poco de miedo) porque él siempre desaparece hacia su casa de Vallfogona de los Pallarols; entré en la delegación, y cuando estaba a punto de volver a salir al escuchar un ruido, vi aparecer a Carlos, uno de los compañeros más veteranos y, probablemente, más buena gente.

—¡Ey! ¡Hola Carlos!

—¡Hola Paco! ¿Qué haces por aquí un viernes a estas horas? —me preguntó sin

dejar de mirar unos papeles sentado sobre una de las mesas donde tenemos reuniones

cada semana.

—Vengo a buscar material...

—Yo he venido a buscar esto —me enseñó lo que estaba leyendo—, me ha dicho

Eduardo que lo pasara a recoger y firmar.

—¿Está por aquí Eduardo? —pregunté medio acojonado.

—No, no, no sufras...

—¿Es importante? tu cara muestra preocupación...

—¿Sabes qué es?

—No... ¿qué?

—Es la evaluación que me ha hecho Remedios, la del departamento de formación,

de los días que me acompañó a visitar médicos.

—¿Con los veteranos también salen...? Yo creía que sólo era para los nuevos...

digo yo que si es un departamento de formación con los años que hace que trabajas en esto... ¡caramba! me sorprende.

—Sí Paco, sí... ¿departamento de formación? esa es la excusa porque no lo pueden llamar departamento de inspección y control; aquí todos somos un

grupo de inútiles y debe venir una de la central a inspeccionarme y explicarme cómo debo hacer un oficio en el que sólo llevo veinticinco años. Vino un par de días hace seis meses, me puso una especie de objetivos a cumplir, y la semana pasada volvió para ver si había puesto en marcha sus recomendaciones de experta.

—¡Qué fuerte!... no lo sabía. ¿Y lo dices de verdad que te evalúa?

—Míralo tú mismo —me enseñó las hojas con una confianza que me sorprendió siendo como soy hermano de un jefe.

Había un par de hojas: en la primera aparecían los centros y clientes que visitaron juntos y una valoración del 1 al 5 sobre si Carlos había establecido los objetivos de visita; si hace preguntas a los médicos; si transmite correctamente el mensaje, y unas cuantas gilipolleces más de esas que tanto gustan a los de arriba. En la segunda hoja había una opinión personal de Remedios dirigida a Eduardo:

"Hola Eduardo,

Adjunto informe de la visita conjunta con Carlos. Comentar y resaltar que todo

lo hablado y acordado en la visita anterior he visto que se ha cumplido; Carlos es más concreto y estructura mejor la visita; además ha realizado un buen seguimiento a todo lo que trabajamos en la visita anterior, incluyendo el tema del Hospital de la Sociedad donde ha conseguido introducir Diaomin. Le he visto más agresivo como le pedí en la anterior visita. Mi evaluación, como comprobarás, es muy positiva.

Eduardo, ya me dirás si continuamos con el coaching con Carlos.

Como siempre un placer trabajar con vosotros.

Besos

Remedios".

—Bueno... al menos te deja bien... —le dije por decir algo, alucinado como

estaba viendo cómo a un veterano como Carlos se le controlaba como si fuera un novato.

—¡Sí! ¡Aún deberé darle las gracias! Esta tupa lleva cuatro días trabajando en este negocio; pidió dejar las ventas y pasar al departamento de formación porque no la soportaban ni los compañeros ni los médicos, y ahora ha de venir a decirme lo que tengo que hacer. ¿Sabes que tuve que hacer, Paco? Como puedes imaginar, no podía presentarme ante clientes que llevo más de veinte años visitando y lanzarme sobre ellos con la agresividad que me pedía Remedios.

—Pues aquí dice que eres más agresivo... ¿lo ves? ¡ya te ha enseñado algo! — digo con una sonrisa para ponerle algo de humor.

—Sí, seguro, lo que he aprendido es a ser más puta que ella. Llamé a todos los médicos para avisarles que iría acompañado con una poli de asuntos internos y que no se asustaran si mi estilo no era el de siempre.

—¡Muy bueno!

—Sí, ¿pero no te parece triste tener que organizar estos numeritos?

—Sinceramente, yo este oficio... a pesar de llevar pocos meses, cada día lo entiendo menos; es muy difícil trabajar con este control constante, casi no te dejan ni pensar por ti mismo.

—¡Ni se te ocurra pensar por ti mismo! ¿Quieres un consejo?... cuando puedas lárgate, no eres como tu hermano, eso se ve de lejos... de hecho, ¿qué haces aquí? ¿es verdad que eres periodista?

Salí de la delegación con un desasosiego impresionante. Ver como un tío cojonudo

que de esto sabe un huevo, y que es un verdadero maestro en este oficio y en cómo tratar con los dioses de bata blanca, es examinado y debe recibir lecciones por una tupa como Remedios, que es más basta y tiene menos clase que Belén Esteban, da miedo.

Vamos a ver Paco... si Lidia dice dos horas, a ti que esto no se te da bien, serán

tres horas como mínimo. Miro el reloj. Las ocho. Hemos quedado a las nueve y, a pesar de que me he duchado en casa de Jennifer, me ha dado un gel perfumado que aún huelo. O quizás es ella a la que huelo. ¡Venga! me pongo en ello y hasta donde pueda, y si no, como que, seguro que vuelvo tarde, ya no dormiré y lo hago de madrugada. Eso sí, tendré que controlar lo que me tomo que me conozco.

Muchos de la pandilla aún no me habían visto desde que he aparcado el periodismo —oficialmente, claro— y llevo un coche de señor. Como era de esperar, soy motivo de cachondeo espoleado por Peter. Entramos al restaurante, en un reservado para la ocasión y veo que hay mucha gente, seremos una veintena. David estará contento.

—¡Hola guapo! —me dicen por detrás al tiempo que siento un beso en el cuello.

—¡Jennifer!, pero ¿qué haces aquí?, no me has dicho que vendrías.

—Tu tampoco me lo has dicho.

—Es distinto, David es mi amigo de toda la vida...

—Era una sorpresa... ¿nos sentamos juntos? —me agarra de la cintura— esta tarde me has dicho que te ponen las tías sin nada debajo... y este vestido me lo he puesto pensando en ti.

—¡Pues vamos a sentarnos, que aún nos quedaremos sin silla! —y le pongo la mano en el culo para sorpresa de un par que me han visto.

No ha sido fácil cenar con una mano mientras la otra estaba entre las piernas de

Jennifer, y menos fácil ha sido aguantar toda una cena cachondo como un roble

mientras te la van tocando por encima de los pantalones. Por suerte, antes de los postres y del aniversario feliz, la mitad han salido de la sala a fumar, y Jenni y yo hemos aprovechado para encerrarnos en el baño y comernos, literalmente, de lo calientes que íbamos los dos. Esta chica me hará entrar en el olimpo sin necesidad de llevar bata blanca.

—Bien, pues... —me pongo en pie con la copa de cava en la mano— ahora toca

brindar por David y sus veintiocho. Como nos ha pasado toda la vida, durante unos meses, él es un año mayor que yo y, por lo tanto, más maduro. De hecho, todos sabéis que David siempre ha sido el más maduro... ahora que te miro... ¿tú eres consciente

de cómo te están abandonando tus cabellos? —todos se miran a David y asienten riéndose— fijaros si siempre ha sido el más responsable, que hace mil años, cuando teníamos unos dieciséis, volviendo un día de la disco a la que íbamos entonces...

¿cómo se llamaba?

—¡El Luxor!... ¡hostias Paco, batallitas no!, que no pega contigo... —grita Peter.

—El Luxor, es verdad... bien, a lo que iba. Salimos del Luxor a no sé qué hora e

íbamos todos llenos hasta arriba de todo y más. David también, no os penséis... total, que decidimos coger un contenedor de basura y llevarlo de paseo con nosotros por la ciudad... ¡hostias como nos descojonamos!; todos menos David, que a pesar que no iba

precisamente sobrio sacó su talante maduro, nos abroncó a todos y nos trató de delincuentes gritando: “¡esto es gamberrismo!, ¡esto es gamberrismo!” y se marchó a su casa indignado.

Todos se ríen a carcajadas y David se defiende repitiendo que fuimos unos gamberros.

—Así que David, amigo mío, cuídame cómo has hecho siempre, que yo no tengo

intención, como bien sabes, de madurar nunca. ¡Te queremos!

Todo son besos, abrazos y regalos para David, y después del café decidimos probar un local nuevo que nos proponen Maribel y Juanra. Por un día hacemos pellas

del Masterium que la ocasión se lo merece, no sin antes tener que convencer a Peter que es un incondicional de nuestro local y siempre protesta ante cualquier novedad.

El local se llama Stockholm y no puedo evitar pensar en la puta casualidad de ir a

un local con el nombre donde está la sede central de Lantec Pharma, y el hecho que

debería estar en casa haciendo lo que me ha pedido el imbécil de mi jefe y que tal vez se lo ha pedido el cornudo de mi hermano. El local está bien y la música es de mi gusto, pero no tienen Voll-Damm y encima estoy inquieto, lo cual me toca los huevos.

Antes escribía artículos de mierda, pero ahora trabajo en una cosa muy rara, que no acabo de entender y no puedo desconectar ni en la discoteca.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Jennifer que empieza a parecer mi pareja y para

mi propia sorpresa no me molesta.

—Que tenía que enviar un informe al jefe, no me ha dado tiempo, y me jode no quitármelo de la cabeza.

—¿Quieres ir a casa?, te acompaño, haces tu informe y luego nos tomamos una copa tú y yo bien relajados.

Soy consciente que sigo siendo un canalla, pero ahora mismo a esta chica la

abrazaría y nada más. Evidentemente no lo haré, no vaya a creerse que nos une algo más que buen sexo; pero a pesar de la ingenuidad que parece aparentar en cada cosa

que dice y hace, tiene un punto de sentido común y ternura que me desarma.

Nos despedimos de David, que no se cree para nada que lo hago por el puñetero

informe viendo que me voy con Jenni.

—David, esta chica... —y le marco con la cabeza a Jenni que se está despidiendo

del resto.

—Te gusta mucho, ¿verdad?... ya me lo ha comentado Peter.

—Deja, deja, soy yo, Paco Albano, autor de palabras como: variedad y diversidad. Lo que te quería comentar es, ¿de dónde ha salido?

—Es amiga de Maribel, ella me la presentó. Le tiré los tejos la primera vez, pero

cuando apareciste tú ni preguntaste, ¡cabrón! Está muy buena Paco, disfrútala.

—Lo hago amigo, yo pensaba que lo sabía todo... —y le doy un abrazo.

—¡Que cabrón!, anda, lárgate y buen provecho.

Salimos del Stockholm hacia casa y lo hago con una sensación muy rara. Debe ser

la primera vez que abandono una fiesta con la mujer más guapa para ir a casa a hacer un informe. No viene al caso, pero esta reflexión también la apuntaré en la *Moleskine*.

Después de todo, que esto me pase tiene relación con este maldito oficio.

Aunque Jennifer no quiso quedarse a dormir pues me dijo que tenía que levantarse

muy temprano y yo no me acosté tarde, me ha despertado el móvil antes de que sonara el despertador.

—Paco, soy Pablo Zarazaga, hoy tengo la tarde libre, ¿qué tienes para mí?

Desde hace un mes esta conversación se ha repetido cuatro veces, y lo que empezó como un juego divertido me tiene algo agobiado. Zarazaga me llama como si

fuese su camello y en las ventas aún no se observa, si como él dice, Diaomin ya es el producto de uso habitual entre los médicos de los centros que dirige. Peter me ha

pasado un montón de facturas para poder incluir en las notas de gastos como si fuesen comidas o cenas con médicos, y de esta forma ingreso lo necesario para poder pagarle las putas al doctor. De entrada pero, el dinero lo avanzo yo cada vez que contacto con una chica como si fuera el representante del putero Zarazaga. Lo que no se me pasó por la cabeza es que el tío quisiera una tía por semana y por más que Rebeca e Irene con las que ya ha follado, me conocen, en el mundo del sexo de pago se paga al contado y el crédito no existe.

—Hoy tengo ganas de cosas nuevas, querría una puta distinta, menos profesional.

—me dice Zarazaga como si yo fuera un comercial de prostitutas.

—Pablo... todas son profesionales.

—Las hay que no lo son y lo hacen por el dinero rápido... mejor una estudiante

que una casada.

—¿Alguna carrera en especial...? —que huevos tiene este tío.

—Ahora has estado fino, Albano... ja, ja.

—Dame media hora y te llamo. —es lo primero que se me ocurre para ganar tiempo.

¡Hostia puta consagrada! Esto me pasa por ir de enterado por la vida. Conozco cuatro putas y este tío se cree que soy un proxeneta. Llamo a Peter y le comento la petición de mi cliente.

—Llama a Juanra, controla este tema.

—¿Qué Juanra... el de Maribel?

—Juan Ramón Pérez de Dou, sí.

—Pero si está que no caga con Maribel...

—Sabe más de putas que tú y yo juntos. —se ríe con ganas Peter.

—¡Hostias, menuda panda!

Juanra me ha pasado un par de teléfonos y me ha dejado claro que, si algún día se

me escapa delante de Maribel o su amiga Jennifer, me corta los huevos.

—Pablo, apunta este teléfono, es una chica de veintitrés años de la que tengo garantía que está para mojar todo lo que quieras.

—¿Y quién paga?

—Paga tú y ya te lo daré... ahora no tengo tiempo.

—¡No, no!, ¡ni en broma!, ese no es el trato. Si quieres vender paga, ¿recuerdas?

—Pero ahora no puedo... hasta ahora te lo has pasado bien y no te he fallado, y yo

aún no he visto las ventas de Diaomin.

—Tanto yo como mis compañeros te estamos recetando Diaomin a saco.

He hablado con la chica, de nombre Verónica, y he quedado con ella en una cafetería cerca de su piso. Es una chica preciosa con unos ojos claros que destacan en una cara morena y una cabellera muy negra. Los tejanos que lleva insinúan unas formas

perfectas de cintura hacia abajo, y la camiseta ceñida no esconde unos pechos de dimensiones de mi gusto. Le he detallado un poco lo que quería de ella y me ha hecho saber que sólo acepta clientes recomendados.

—Tu eres amigo de Juanra y eso de entrada te avala a ti, pero no a este cliente tuyo. —me ha dicho muy segura.

—Es médico y de los que se lo creen, es un maduro con buena planta.

Ha aceptado, pero me ha cobrado por encima de lo que me había comentado Juanra: doscientos euros una hora con derecho a compartir la ducha. Nos hemos despedido con dos besos como si fuéramos dos amigos, y el olor que me ha llegado ha disparado mis hormonas sexuales siempre desbocadas. Tal vez algún día me decida a

catarla.

He llamado de nuevo al Dr. Zarazaga y le he confirmado la cita pagada a las cinco

de la tarde. Le he explicado por qué zona tiene el piso donde recibe, que se llama Verónica, que está muy buena, que es muy cara, y que la llame antes de llegar y ella le dará la dirección exacta, como es costumbre en este sector comercial.

6

El Diaomin no aumenta sus ventas conforme a las previsiones durante el

lanzamiento y la presión es cada día más feroz. Los directivos de Madrid, y los que cuelgan de éstos como mi jefe y mi hermano, lo tienen muy claro, no trabajamos bien, la culpa es de la red comercial sin lugar a dudas. Así pues,

esta semana volvemos a estar todos de nuevo en Madrid en una reunión de urgencia. Es necesario un relanzamiento y más coaching. ¡Y yo que me quejaba de la presión por tener listo un artículo! Aquello, comparado con esto, era un remanso de paz y buen rollo.

No valoran que estamos inmersos en la peor crisis económica desde la segunda guerra mundial. Ni se dan cuenta, o no quieren, que los recortes afectan y mucho al gasto sanitario; que el sector sanitario está en pie de guerra y que en algunos centros de atención primaria y hospitales han recibido órdenes de no recetar ningún producto nuevo.

En mi caso, las ventas han empezado a moverse en todo el territorio de influencia

del Dr. Pablo Zarazaga, que vive en otra galaxia y los recortes se los pasa por el forro si hay putas pagadas por un servidor. A pesar de todo, yo diría que no crecen al ritmo que deberían con la inversión que estoy realizando. El resto de la zona que trabajo no hay forma que la cosa tome empuje y Eduardo ya me preguntó cómo me lo había hecho

para vender más en esa zona que en zonas históricamente más amigas de Lantec Pharma. Le dije que había organizado varias comidas y cenas con los médicos y que se habían creído el producto. Es un hijo de puta repugnante, pero es perro viejo y conoce el oficio. No me pareció que quedara convencido de mis capacidades como visitador

médico.

A lo largo del día nos han hecho trabajar en grupos para preparar estrategias de

relanzamiento del Diaomin. No deja de tener huevos que seamos los comerciales los que tenemos que hacer lo que se supone que debe hacer la dirección de ventas y de marketing.

El ambiente está muy enrarecido. Hay nervios y tensión. Tanto Luis García, como

Alberto y Santiago Velasco mantienen una actitud muy fría con todos; incluidos los gerentes regionales como Eduardo, a los cuales se les percibe bastante descolocados.

Uno de los principales problemas a la hora de analizar las causas de las pocas

ventas es que no van mal en todo el país. Hay zonas donde el Diaomin va disparado y esto provoca que los jefes nos obliguen a reflejarnos en ellas. ¡Qué cojones! Si todo es tema de presupuesto. Hasta donde yo he podido comprobar, los visitadores médicos no van con pistolas bajo la chaqueta, con lo cual ¿Por qué para un médico el producto no es eficaz para sus pacientes y para otro que está en la consulta adyacente sí lo es y lo receta sin problemas? ¿Son distintos los pacientes en función de la zona donde viven?

¿Las enfermedades atacan de forma distinta si se vive a la derecha o a la izquierda de la calle? ¿O tal vez, lo que es distinto es la atención personalizada que recibe el médico de la consulta dos y el de la tres?

En el grupo que me ha tocado trabajar a mí, hemos llegado a la conclusión de que

el problema es que, como dicen la mayoría de médicos, este producto no es eficaz con una sola toma al día, la solución pasa por redefinir la estrategia de la compañía y aumentar la dosis a dos pastillas al día, tal como nos dicen la mayoría de galenos. De lo contrario, sólo conseguiremos recetas de los que nos tienen fidelidad por servicios prestados a lo largo de los años y por los que se dejan querer si hay pasta o putas

¡detrás! Sí, de estos hay muchos, muchísimos, pero no los suficientes para que situemos el Diaomin como el antidiabético oral de referencia como pretende la dirección.

Presupuesto promocional, esto se mueve por presupuesto promocional, no hay más; ha sido mi aportación al grupo y, Amadeo, un compañero de mi área que también

estaba, me ha comentado que no siempre es así.

—Sin presupuesto promocional no vas a ningún lugar, eso es un hecho

incontestable y estoy de acuerdo contigo, Paco, pero que te pasees con los médicos por el mundo o los lleves a cenar al Celler de Can Roca no te garantiza ni la receta ni la fidelidad. Un día te hablaré del Dr. Cuerpo o el Dr. Matarín entre otros doctores y doctoras que forman el CLAP, el colectivo local de atención primaria. Excepto calzoncillos y bragas, al menos que yo sepa, Lantec les ha pagado de todo y te puedo contar algunas anécdotas que cualquier profano en este mundo llegaría a la conclusión que, o se ríen directamente de nosotros o son unos sinvergüenzas, en especial el Dr.

Cuerpo. Lamentablemente, a ojos de la sociedad estos personajes con un curioso concepto de la ética profesional están mejor vistos que nosotros, que siempre somos los malos de la película.

Lástima que no podíamos hablar claro y me ha dejado intrigado, pero me lo he anotado en la *Moleskine* para no olvidar esta conversación pendiente con Amadeo.

Necesito saberlo todo de estos grupos presuntamente expertos de los que en estos meses he oído hablar mucho.

Cuando ha tocado presentar nuestras conclusiones de trabajo, la reacción del director general, el director de marketing y resto de jefes varios, me ha hecho pensar por unos momentos que todo el grupo seríamos despedidos en directo delante de toda

la empresa. ¡Dios! menuda tensión y menudo cabreo por proponer un cambio en la dosificación. ¡Es para flipar, nos piden nuestra opinión y cuando la damos casi nos

muerden!

Mientras espero la hora para bajar a cenar después de un día de reuniones agotador, anoto en mi *Moleskine*:

“Si el departamento de marketing hace bien o no su trabajo; si la dirección de

ventas sólo está preocupada por controlar los comerciales; si resulta que el producto no funciona como dicen los médicos; o si los recortes son particularmente sangrantes en gasto farmacéutico, da igual, la culpa es de la red de ventas. Sólo he asistido a dos reuniones desde que empecé a trabajar en este curioso trabajo, pero ya veo que esto es como la peli del día de la marmota; siempre explican lo mismo y hacemos lo mismo. Dedicamos tanto tiempo y reuniones a preparar estas reuniones repetitivas que no toleran ni una sola salida del guion en lo que llevan escrito. La palabra crisis o recortes no aparece, con lo que somos una panda de inútiles que no sabemos vender y punto”.

Me suena el móvil, es Mónica.

—Me tienes abandonada... —dice gimiendo como sabe que me gusta.

—Tienes razón, pero la culpa es de tu marido que también está aquí.

—Es una putada que trabajes con él...

—¡Fue idea tuya!

—Sí, sí, pero si nos liamos es porque siempre está de viaje, ahora lo hacéis juntos.

—¡Exagerada!, Alberto está en Madrid cada semana, yo he venido tres veces.

—Sí, pero cuando estás aquí tampoco me llamas. —pone voz de niña enfadada.

—En eso tienes razón, voy muy agobiado. La próxima semana Alberto estará de

congreso, podemos quedar y te muestro como se llenan las *Moleskines* que me has regalado.

—¿Ya sólo me quieres para enseñarme las *Moleskines*?

—¡Venga!, no seas niña... sabes que nadie superará lo que tenemos tu y yo.

—¿Por qué dices eso? ¿Hay alguna chica?

—Siempre hay chicas... ahora no te pongas celosa.

—No, no... pero detecto que hay alguna especial. —lo dice con un tono divertido

pero irónico.

—Mónica, la única mujer especial de mi vida eres tú. Eres amante y cuñada, ¿hay

nada más especial que un vínculo así?

—Sí, sí, bien... —silencio— ¿la reunión va bien?

—No sé qué te ha dicho tu marido, pero estoy hasta los huevos, son unos pesados

que se repiten más que el ajo. ¿Quién me lio para meterme en esta dimensión desconocida?

—Sí, sí... pero cuando te hagas famoso desenmascarando toda esta dimensión que

dices, tendrás que pagarme royaltys.

—Lo que me da miedo es terminar siendo víctima y no verdugo... esto es una selva, Mónica.

—Lo sé, Paco, lo sé muy bien. Te dejo que he de preparar la cena, nos llamamos

la próxima semana, ¿vale?

—Hecho, un beso, preciosa...

—Un beso, adiós.

Es cierto que desde que empecé a trabajar en Lantec Pharma los encuentros con

Mónica se han espaciado. Estoy convencido que es este trabajo que me ha hecho descubrir esto que llaman estrés. Si he de ser sincero conmigo mismo, prefiero pensar que el motivo es este, y no porqué follando con Jennifer ya voy bien servido y no echo de menos a mi cuñada. A Mónica nunca le he ocultado con que chicas me acostaba e

incluso nos servía como juego para pasarlo bien los dos fantaseando en la cama. Le conté incluso las sesiones de sexo anal con Lidia, y aunque no sirvió para que se dejara trabajar esa parte de su cuerpo, sí que la excitó muchísimo. Por algún motivo que hasta hoy no había pensado, Mónica desconoce la existencia de Jennifer.

Me pongo la chaqueta, el móvil en el bolsillo y, bajo a encontrarme con el grupo.

Dicen que vamos a cenar a un restaurante donde van las *celebritis* españolas. Justo al salir del ascensor y ver al grupo que me saluda, me vuelve a sonar el móvil.

—Buenas noches Pablo, si tienes una emergencia debes de saber que estoy en Madrid. —le digo de entrada a Pablo Zarazaga.

—¿Cuándo vuelves?

—Mañana... tarde.

—Me vale, quiero repetir con Verónica, es una máquina.

—Es muy cara y no tengo pasta. No puedo simular que organizo cenas contigo o

tus compañeros más de una vez al mes. ¡No cuela!

—Ese es tu problema, en el CPAP ponemos Diaomin...

—Sí, lo sé, pero ¿qué te parece si lo hacemos al revés?, ve con la tía que

quieras

y te iré pasando la pasta conforme vaya pasando las facturas en distintas notas de gastos.

Los compañeros, Lidia, sobre todo, observan que no tengo una conversación pausada y miran con curiosidad.

—¿En qué vuelves, en avión o tren?

—Tren...

—¿Hora?

—A las ocho... creo... ¿por qué?

—Hasta mañana.

Es un verdadero hijo de puta y me tiene pillado por los huevos. Si lo mando a la

mierda las únicas ventas que funcionan se van a hacer puñetas. He sido un imbécil al descubrirle mis cartas. Ahora sabe que hago facturas falsas para pagarle las putas y esto me deja con el culo al aire. Tal vez tenga razón Peter y deberé leer más novela negra, a ver si aprendo un poco como tratar con aprendices de gangster o hacérmelo yo.

En el autocar que nos lleva a cenar, Alberto se sienta a mi lado. Se lo dije el primer día, pero no me hace caso. No quiero que la gente me vea mucho con él, si quiero ganarme la confianza de todos los delegados. Pepe y Augusto, dos de los veteranos me han mirado con una sonrisa y ahora comentan algo entre ellos. ¡Mierda!

precisamente este par son de lo mejor de la empresa, me llevo bien con ellos y no quiero perder su confianza. Augusto es el mejor vendedor de largo, sería capaz de vender un libro a un ciego, y a pesar de ello, me comentaron que también pasó por las redes de Remedios y su famoso coaching, en una prueba más de la estupidez y de lo alejados que viven los jefes de la realidad. Pepe siempre dice que algún día escribirá un libro contando toda la verdad de esta

mierda y no parece que lo diga en broma, lo he visto más de una vez tomando notas en una *Moleskine* como la mía. Necesito su opinión e ideas si quiero escribir sobre esto. Lidia va sentada al lado de Eliseo, un tío peligroso, hipócrita y amigo íntimo de Eduardo. De hecho, es tanto o más repulsivo que el jefe. Van sentados en los asientos de mi derecha y sólo el pasillo me separa de Lidia que me mira como pidiendo auxilio y haciendo muecas divertidas de asco. Aprovecho

que a mi hermano le suena el móvil para girar la cara a la derecha y salvar a Lidia.

—¿Pasaba algo, antes?, te he visto algo agobiado hablando por teléfono.

—No... hablaba con mi padre, líos de familia. —le hago un gesto con el dedo simulando silencio y señalando a Alberto con la cabeza.

Es curioso como algunas mujeres que a primera vista vemos poco atractivas, o directamente feas, cuando las conocemos dejamos de ser conscientes que el físico no es de nuestro gusto. Lidia —y no porque durante el periodo de formación follamos por delante y por detrás— es una chica encantadora que siempre está atenta si todo me va bien y con un corazón inmenso que jamás tiene un no para nadie. Más allá de la química que descubrimos en la cama o en la ducha, hemos sabido llevarla al terreno de la amistad y eso es nuevo para mí, acostumbrado como estaba a perder de vista para

siempre las chicas con las que me acostaba cuando dejábamos de hacerlo. Tal vez este hecho, sea el que los dos deseemos repetir una sesión de sexo en la ducha como las que teníamos cuando entramos en la empresa, pero a la vez nos da miedo lo que hemos generado después. Somos amigos y mi código personal me dice que la amistad debe ir

por delante del sexo.

—¿Querrás que hagamos una última copa en la habitación al regresar de la cena?

—me pregunta Lidia al oído.

—Me encantaría... —respondo sin dudar. Si a ella no le preocupa estropear la amistad, mi código tiene excepciones, después de todo eso es amistad.

Las cenas que organizan los laboratorios farmacéuticos, ya sea con sus propios

empleados o con los médicos, son como bodas; mucha comida, vino blanco, vino tinto, y un cava, habitualmente poco frío, que sirven cuando ya te has tomado el postre. Y

después de cenar, barra libre y a bailar. En la industria farmacéutica, por mucha crisis, despidos o Eres, alcohol y fiesta nunca faltan. Con Lidia nos miramos y decidimos tomar una copa hasta que salga el primer autocar de regreso al hotel.

El primer autocar acostumbra a llenarse con los más veteranos en edad y me sorprende no ver a mi hermano. Lo he visto charlando muy animado con Maite Berlanga, pero no... ni lo pienses, Paco.

El tono de un mensaje de móvil provoca que la mitad de la veintena que ocupan el

autocar miren sus teléfonos. El mensaje es mío: “¿todo bien?, si te apetece... estaré despierta”. Guardo el móvil de nuevo y le digo a Lidia, sin que me lo pida, que era un mensaje de mi amigo David.

—¿Estás bien Paco? —me pregunta Lidia cuando ya estamos en el ascensor.

—Estoy cansado... pero... —esto es nuevo para mí, quiero, pero no quiero.

—Pues vamos a dormir, no pasa nada... —sonríe con una mano en mi codo.

—¿Si? ¿No te importa?... ostras, igual me estoy haciendo mayor.

—Venga, vamos a dormir que yo tampoco estoy para muchas alegrías. —me besa

en la mejilla al bajar en su planta.

—Buenas noches, Lidia.

—Buenas noches, Paco, hasta mañana.

Salgo del ascensor en mi planta, camino hacia mi habitación, entro, voy al baño,

me desnudo, tomo una Heineken de la nevera y me tumbo en la cama con el móvil en la mano.

—¡Hola Jenni!

—¡Hola Paco!, que bien... ¿cómo estás?

Regresamos de Madrid con la sensación que esta empresa tiene algún problema que no explican, más allá de cómo le pueda afectar las ventas de Diaomin. Los veteranos están cabreados, y los nuevos no acabamos de entender qué ha pasado con todas las promesas de cuando entramos. Nos han dado mucha caña, y aunque Luis García es lo suficientemente inteligente para no usar la palabra despido, sí que ha dejado claro que los culpables de que el producto estrella de la compañía no termine de arrancar somos nosotros y que mirarán con lupa el crecimiento de todos los territorios y las acciones que realizamos con los médicos.

Carlos, se acerca a Eduardo y Alberto que van sentados juntos y les pregunta si

deberíamos estar preocupados después de las palabras de Luis García. Lo hace en un

tono de voz normal, pero lo suficientemente alto para que el resto del equipo lo escuche desde nuestro asiento en un vagón sólo ocupado por nosotros.

—Sabemos tanto como vosotros. —le ha respondido Alberto.

—Venga ya, ¿no sabéis nada más...? —el tono de Carlos es educado pero firme.

—Carlos, por favor, si el jefe te dice que no sabe nada, es que no sabe nada.

—
interviene Eduardo como un escudero de mi hermano.

—Habéis cogido un montón de gente nueva, apenas llevan seis meses en la empresa y ya suenan campanas de despido.

Miguel, que va sentado a mi lado, me comenta como se está pasando, y le hago callar para poder escuchar lo que dice Carlos.

—Aquí nadie habla de despidos. —responde Alberto con autoridad de jefe.

—Toda la empresa habla de ellos; pero como siempre, del silencio hacéis un arma para generar miedo, y así vamos...

Carlos regresa a su asiento y un extraño silencio se hace dueño del vagón de tren.

Nadie se ha movido, nadie ha abierto la boca durante un buen rato.

La conversación ha sido corta, pero muy significativa del sentimiento de un colectivo que van quemando día a día con decisiones que muestran que los que dirigen no tienen ni puta idea de lo que pasa a pie de calle. Lo decía Pepe ayer cenando y refiriéndose a Luis García y, sin decirlo, —por respeto o precaución hacia mí— a otros jefes como mi hermano.

—Esta fauna han salido todos de las mismas facultades que nosotros, sólo que ellos han sabido lamer lo que hiciera falta para subir y, sobre todo, han estudiado masters y hostias de estas que sólo sirven para tocarnos los huevos con informes y más informes, pero no para ayudarnos a hacer bien nuestro trabajo. Hace cuatro días éramos maravillosos, éramos una familia y los mejores vendedores del mundo, y ahora poco le falta que nos digan delincuentes que no dais golpe, ni sabéis hacer nada. Y ni una, ni una sola palabra de cómo sufrimos nosotros el mal ambiente que hay en el sector sanitario por culpa de los recortes. ¡Cabrones!, no tienen ni puta idea de gestionar personas, ¡ni puta idea!

Nos reímos con su vehemencia, pero la verdad es que nos hizo pensar y nadie

fue

capaz de rebatirle un argumento cargado de razón. Yo no abrí boca, pero sí que me hizo recordar que cuando Alberto acabó la carrera de biología y entró en la industria farmacéutica, lo hizo como marketing assistant —él lo decía así para hacerse el importante— y no tardó mucho en ponerse a estudiar diversos masters, que junto a su capacidad para lamer que ya he observado —menos a su mujer— lo ha encumbrado sin

conocer de primera mano la realidad de la calle ni del trabajo de la gente que dirige.

Bajamos del tren y subimos todos por las escaleras mecánicas. Alguien me comenta algo, pero no estoy al caso pendiente de si al llegar arriba me encontraré a Pablo Zarazaga. No lo veo y respiro aliviado. Nos despedimos todos como es costumbre con abrazos y besos como si fuéramos a estar tiempo sin vernos. Alberto me recuerda que llame a nuestros padres como hace siempre y Eduardo me dice que uno

de estos días quiere salir conmigo a ver clientes. Abro el coche, dejo la maleta detrás

y, subo, ahora sí, relajado del todo al no haberme encontrado con Zarazaga. Debería haber imaginado que era una fanfarronada, sólo es un médico, no un gangster. Pongo la primera y salgo del parking con ganas de llegar a casa. Justo al salir y detenerme al final de la pendiente para controlar los coches que vienen por la izquierda, unos golpes en el cristal me dan tal susto que provoca que suelte el pedal del embrague y el motor se para.

—¿Ha ido bien el viaje? —me dice Zarazaga riéndose cuando he bajado la ventanilla completamente desconcertado.

—¿Qué haces aquí? —y antes de responderme y de volver a poner el coche en marcha, pasa por delante, me abre la puerta del lado porque como siempre me olvidé

de cerrarme por dentro, y se sienta a mi lado.

—¡Venga! Paco Albano, toma la calle de la derecha que ya he hablado con Verónica y dice que por un poco más se lo hace con los dos, ¿te apuntas?

7

Mientras los espaguetis se toman su tiempo para quedar al dente y corto tomates y

queso para la ensalada, Mónica está en el sofá leyendo una tras otra todas las libretas que he ido llenando a lo largo de estos más de seis meses trabajando en este oficio tan curioso.

—¡Paco! —me grita Mónica.

—¿Qué? —respondo sin dejar de cortar un poco de queso de cabra.

—Nada... cuando vengas te lo digo.

Ya hace más de un año desde nuestro primer polvo, y si en la cama somos capaces

de generar energía para iluminar el edificio entero, cuando no practicamos sexo tenemos una relación que no se aleja para nada a la de una pareja normal. La confianza nunca la hemos disimulado ante la familia, lo cual provoca que mi madre sea feliz al ver como adoro la mujer de mi hermano y que ella me quiera como un hermano pequeño, y a la vez, Alberto presume de tener una mujer tan integrada en la familia Albano que sabe mimar a su hermano pequeño como si lo fuera de ella. ¡Además de cornudo mi hermano es tonto del culo! La observo desde la cocina, una falda que en la posición que está deja ver unas piernas preciosas y una camiseta ajustada que resalta unos pechos que, con treinta y nueve años, muchas querrían. Su larga cabellera, y sus ojos azules que destacan en una cara muy guapa y que con las gafas que lleva y que aún no le había visto, aún la hacen más interesante. Lo más curioso de Mónica es la dulzura que desprende su cara, y difícilmente se puede imaginar a primera vista, que detrás se esconde el vicio en mayúsculas.

Me acerco a ella, le levanto las piernas para poder sentarme, y las pongo sobre

las mías con mis manos en sus pies que acaricio como sé que le gusta.

—Sólo son notas... pero nunca habría imaginado que este oficio diera para tanto.

—Paco, lo que te quería decir es si eres consciente de lo que tienes aquí. El cambio de oficio te ha convertido en un periodista como siempre habías querido y como muchos sabíamos que podías llegar a ser. Aquí hay reflexiones y algunas frases de verdadero escritor. —y me mira con una ternura que me estremece.

—¿En serio?... gracias. —me estiro para besarla.

—Qué harás con esto... ¿tienes alguna idea?

—Aún no, te recuerdo que de mi último trabajo de periodista me largaron a la calle, que no encontré otro, y aquí estoy, haciendo de vendedor o lo que sea que hago por idea tuya.

—De todas las notas que he leído, hay una parte que nunca podrás escribir porque

hace muy poco que trabajas en la industria farmacéutica, y es que las cosas han cambiado mucho en este sector; yo te puedo ayudar.

—¿Ah, si...?, explícate.

—Aunque cada día menos, hubo una época que escuchaba a tu hermano y vivía su

trabajo como si fuese el mío. Lantec, como la mayoría de la industria...

—Espera... espera, déjame hacer de periodista. Pásame la *Moleskine* y un bolígrafo que hay en la mesita que tienes detrás.

—Te decía, que la mayoría de laboratorios farmacéuticos han vivido unos años de

una alegría que ríete tú del sector inmobiliario. Muchas compañías contrataron personal generando una verdadera burbuja farmacéutica de la que nadie habla porque

los despidos a centenares son indemnizados sin discusiones.

—Sí, eso ya lo he visto, no hay semana que no hablen que este u el otro laboratorio se cargue un montón de trabajadores, sobre todo visitantes médicos.

—Y no te creas que es porque no hay beneficios, simplemente hay menos

ganancias por el entorno económico... lo que decía, era una burbuja irreal porque algún iluminado descubrió que cuantas más visitas a los médicos, más ventas... Tal vez exista una parte de certeza en el concepto...

—¡Mónica!, me dejas alucinado.

—¡No te olvides que tengo estudios, guapo! —se ríe divertida— ...pues lo que te

decía, esta obsesión para conseguir lo que ellos llaman impactos, ha comportado una sobresaturación de visitantes médicos que han asfixiado a muchos médicos y, últimamente, lo que tú mismo has visto, un alud impresionante de despidos motivados más por la incompetencia de directivos que por la propia crisis. En cualquier caso, esta crisis les va muy bien para no reconocer que se han estado haciendo las cosas con los pies durante muchos años.

—Hablas como un compañero de trabajo, Pepe...

—Pues seguro que es inteligente, ja, ja... si está bueno invítalo un día...

—Marrana...

—¿... qué quería decir...?... ah, sí... durante los happy years de las

farmacéuticas, "aquellos maravillosos años" como los defino yo, las empresas como Lantec motivaban al personal con buenas comisiones y con reuniones para hablar de lo de siempre, como tú ya has descubierto en tres reuniones, en ciudades como Nueva York, Río de Janeiro, Dakar, Londres, París, Cancún o Estambul. ¿Eres consciente del dinero que supone mover un centenar o más de personas a estos destinos y a todo lujo?

la cantidad de dinero que ha ganado y gana la industria farmacéutica es difícil de medir y, sinceramente, en algunos momentos siempre fui de la opinión que rallaba lo indecente. Es un negocio y como tal su meta es ganar dinero, eso es perfectamente lícito, el problema es cuando se presume de rico. A todo lo que te pagan ahora, un buen salario, coche, plan de pensiones y ya no sé qué más, súmale las reuniones en hoteles de lujo y lugares paradisíacos. ¿Te hubiera gustado verdad? Todo ello una desmesura que se ha acabado de repente, y los delegados comerciales, de ser mimados y protegidos con algodón como si fueran el grupo de élite de la empresa, han pasado a estar bajo sospecha constante. La motivación ya no se lleva, ahora es gestión y control,

¡pero cuidado! la industria farmacéutica sigue ganando dinero, mucho dinero.

—Mónica, pero si lo sabes todo, ¡pareces uno de ellos!

—Duermo con uno de ellos... no follamos, no sufras. —se ríe con ganas de su propio comentario— pero vivimos juntos y habla y explica, y como te he dicho, ya no escucho tanto, pero cuando se iba de reuniones por el mundo, porque los jefes tenían sus propias reuniones en otros tantos países me tocaba vivirlo indirectamente; la de cenas de jefes que he tenido que soportar para mirar fotos y aguantar los comentarios prepotentes sobre los subordinados.

—¡Caramba! ¿Tú también has viajado? Me lo podías haber propuesto antes lo de

entrar en este sector.

—Eran otros tiempos y tú eras pequeño... ja, ja... —pasea su lengua por mi cara

de forma obscena— aún recuerdo una semana que pasamos en un hotel de cinco estrellas en Saint-Tropez, que recuerdos... lo que te decía: ¡aquellos maravillosos años!

—¿Y estabais todas las mujeres de los jefes?

—Sí, y el marido de alguna jefa. Yo siempre me he llevado muy bien con Carlota,

la mujer de Luis García.

—¿En serio?

—Sí, es un encanto... te gustaría. ¿Puedo ver que has escrito?

“Durante muchos años, la industria farmacéutica ha vivido, como el resto de la

sociedad, una época dorada. El marketing innovó nuevas formas de llegar al cliente basadas en la presión al médico, y la empresa motivaba a los

comerciales con reuniones en algunos de los mejores hoteles del mundo y los llenaban de atenciones constantes. ¡Todo esto se acabó, y ahora, este oficio, más que curioso empiezo a pensar que es una puta mierda!”

—¿A ver...? —se me pone encima para leer bien— esto de puta mierda, pero, no

está en línea con lo que has escrito.

—Solo son notas, y esto es una percepción más personal que periodística por culpa de la llamada de la hija de puta de la enfermera. —la beso con suavidad en la mejilla.

—¿Follamos? —y empieza a pasear su mano por debajo de mi camiseta.

—¡Hostias!, los espaguetis... —me levanto tan rápido que casi la tiro al suelo.

Los espaguetis han quedado demasiado blandos, pero nos los hemos comido.

Ahora estamos tomando un café relajados y Mónica lleva rato mirándome de una forma

distinta.

—Paco... ¿te has aburrido de mí?

—... Mónica... ¿pero por qué me dices eso? Eres la mujer que me ha hecho descubrir un mundo del que jamás querría salir.

—No lo sé... estás extraño. No hace mucho no te habrían preocupado los espaguetis si te hubiera propuesto follar.

—Voy cansado, es este trabajo, mi cabeza siempre está en el trabajo...

—Eso lo sé... pero estás en él por lo que estás, y, de todas formas, estoy segura

que hay algo más.

Es preciosa, viciosa y perversa, pero además es intuitiva y rematadamente lista.

—Tú y yo lo pasamos bien, pero sabes que nunca pasaremos de aquí; ni dejaré tu

hermano para venirme contigo, ni te pediré amor eterno, pero...

—El trabajo Mónica, de verdad. —me levanto de la mesa para recoger los platos

y huir de una situación que me supera y no sé como afrontar. Ahora mismo la desnudaría, la pondría sobre la mesa y le comería todo aquello que la enloquece, pero me llevo los platos a la cocina y los pongo en el fregadero mientras escucho como ella se pone la chaqueta y coge las llaves del coche.

—Adiós, guapo... —y me besa en la mejilla por detrás.

—¿Te vas? ... —me doy la vuelta y la abrazo— llámame, ¿vale?

Un año, un año largo follando y haciendo cosas que muchas parejas no saben ni que se pueden hacer, y por primera vez en este año, Mónica y yo sólo hemos comido y charlado.

Cinco minutos después de la salida de Mónica llaman al timbre.

—¿Juanra?, ¡qué sorpresa!

—¿Estás solo?... —y entra en casa antes de mi respuesta.

—Sí... ¿pasa algo?

—Tu amigo, el otro día le dio una hostia a Verónica.

—¡No jodas!, ¡hijo de puta!, ¡es un hijo de puta!, y... ¿cómo está la chica?

—Bien, pero se asustó.

—La madre que lo parió, ¿lo ha denunciado?

—No, ¿cómo quieres que lo denuncie?, Verónica estudia económicas, imagina si

en su casa se enteran que trabaja de puta.

—Joder, lo siento... Juanra, este tío no es un amigo, es un cliente...

—Es médico, ¿verdad?... anda que no con el doctor.

Le he prometido a Juanra que hablaría con Pablo Zarazaga y a mí me he prometido cortar toda relación con este tío y que le den por culo al Diaomin. Por lo que me ha comentado Juanra, le pegó una hostia el día que vino a buscarme a la estación. Ahora entiendo por qué llevaba días sin pedirme género, como dice él. Aquel día me obligó a subir al piso de Verónica y pagar como si trabajara para él. “Esto me pone caliente”, dijo el muy cerdo. Juanra no ha sabido explicarme los motivos del porqué pegó a la chica y me he decidido a hacerle una visita previa llamada telefónica.

Verónica me ha explicado que todo iba normal, que ya se percató el primer día que Zarazaga era un punto agresivo, pero nada que no viera en tíos encantadores que cuando follan se emocionan un poco. El otro día, pero, se le puso en la cabeza que quería follar sin condón y ella se lo quitó de encima con un rodillazo en el estómago para evitarlo. He recordado como se puso cuando Alina lo dejó colgado en el Peep-show y me he podido hacer una idea de la reacción.

Le he pedido mil veces perdón, le he mentado diciendo que si lo llevo a saber acepto la propuesta de hacerlo los tres y tal vez hubiera evitado lo que le hizo, y le he prometido que nunca más volvería a ver a Zarazaga y se ha reído por mi tono peliculero.

—Ni se te pase por la cabeza hacerle nada... sólo fue una bofetada, fuerte, pero

una bofetada.

—No me pegaba con nadie ni cuando era un crío, no lo haré ahora; pero los
tratos

comerciales con este tío sí que los cortaré.

Al salir me ha dado un beso cálido y muy suave en los labios y me ha pedido
que

la llame cuando pasen unos días para tomarnos una copa. No le he dicho que
no a ella, pero sí me lo he dicho a mí, no la llamaré. Y no porque no tenga
ganans de follármela, pero la idea de que el hijo de puta del Dr. Pablo Zarazaga
haya aparcado antes que yo me provoca nauseas.

8

Me he levantado temprano con un nudo en el estómago después de una noche
de

insomnio. Hoy tengo que ir a hablar con el Dr. Pablo Zarazaga y decirle que su
actuación con Verónica anula nuestro contrato. Dejará de recetar Diaomin, lo
que provocará que las pequeñas posibilidades que tenía de cumplir mi
objetivo de ventas se vaya a hacer puñetas. Lo malo, es que, de cara al trabajo
de campo como periodista, el tío me iba muy bien para tener una visión de un
tipo de médico concreto, seguramente no mayoritario pero que no es un caso
único. Por lo que he ido escuchando en veteranos, el binomio médicos y putas
es un pack que hace muchos años que inventaron los departamentos de ventas.
Pero ahora mismo, lo último que me interesa es que se sepan los verdaderos
motivos por los que entré a trabajar en este negocio, y para ello, Pablo
Zarazaga es un verdadero peligro. Si tenía a mi jefe desconcertado por vender
en una zona complicada, cuando las ventas empiecen a descender en picado
me

pedirá explicaciones y mil análisis y planificaciones absurdas para recuperar
lo que, evidentemente, sin pasta ni putas será irrecuperable. En el tiempo que
llevo en Lantec Pharma ya he visto de forma clara que ni él ni mi hermano no
son precisamente de dar golpecitos en la espalda cuando aciertas, y, por el
contrario, sí son de cargar con muy mala leche cuando la cagas. Tal vez, será
mejor así, que una zona funcione y el resto vaya como una puta mierda

tampoco es muy normal. Si sabes vender aquí, ¿por qué no

sabes allí?, seguro que no tardarían en decirme. Y los compañeros... más tarde o más

temprano en alguna reunión saldrían mis ventas y la gente no es tonta. Todos están sufriendo las carencias de Diaomin, y por más que insistan que somos unos inútiles, todos sabemos que la culpa es del producto. La semana pasada un cliente me dejó descolocado al decirme muy serio que nuestro producto era el primer antidiabético oral para no diabéticos. Supongo que alguien con más oficio hubiese sabido qué argumentar ante un comentario de ese estilo, pero yo me quedé callado sin articular palabra y supongo que con una sonrisa estúpida. Dada mi ignorancia científica me marché pensando que si es una opinión generalizada esto va a ir a peor. Ya es mala suerte meterme en este lío para intentar descubrir qué hay de verdad y mentira en este negocio, en el cual ya me es difícil lo de hacer de vendedor y encima como hay que hacerlo en este sector, que nunca sabes si vendes o no, y va, y me toca un producto que sólo me lo compra un cliente y porque le pago las putas.

Me preparo un café después de pasar por la ducha, y decido vestirme con chaqueta y corbata para presentarme ante el Dr. Zarazaga. Dudo si mandarle un SMS

para avisarlo que voy para allá o presentarme por sorpresa. La sorpresa siempre es la mejor de las estrategias, lo vi en alguna película.

Que complicado es aparcar en esta zona de la ciudad. Llevo media hora dando vueltas y ni una sola plaza de zona azul libre.

Entro por fin en el ambulatorio medio mareado de tantas vueltas con el coche y pido por el Dr. Zarazaga. La chica de recepción, que ya me conoce, me pregunta si tengo hora para hablar con él. Le explico que no es necesario, que es personal e insisto que le comunique que estoy aquí. Descuelga el teléfono con cara de cabreada. ¡Qué huevos!, esto es algo que ya observaba cuando practicaba el periodismo. Las ponen en la recepción para atender a la gente y parece que les dé pereza cualquier petición. Si el otro no quiere verme ya te lo dirá, pero ¿quién cojones es ella?

—El Dr. Zarazaga no puede atenderte, ya te lo he dicho. —dice con una sonrisa

cínica.

Me la miro sin decirle nada porque no sé qué decirle. Con esto no contaba.

—¿Le has dicho que soy Paco Albano?

—Se lo he dicho... Albano, como el cantante, ¿no? —y la hija de puta se ríe de

nuevo—, disculpa, pero estás ocupando la cola, ¿te apartas?

Esta tía, o es estúpida o va mal follada; la cabrona está buena y la ponía a cuatro patas aquí mismo para ver si se le pasaba la mala leche, pero quizás tenga tan mala leche por recibir la de Zarazaga de vez en cuando.

Me aparto antes que se me coman los abuelos que esperan detrás y que ya empiezan a murmurar, y me alejo del campo de visión de la mal follada. Poco a poco

me acerco a las escaleras, pendiente que no vuelva la mirada hacia ellas y me pille.

Aprovecho que un matrimonio mayor ha descubierto la parte agria de la mal follada y le dicen de todo menos guapa, y subo los escalones de dos en dos hasta donde tiene la consulta Pablo Zarazaga.

Doy un golpecito muy suave a la puerta y espero respuesta. Tengo el corazón acelerado. Vuelvo a picar suave con los nudillos y escucho con la oreja pegada a la puerta por si está con algún paciente, o tal vez al teléfono. Intento abrir con suavidad, pero la puerta está cerrada.

—¿No te han dicho que no podía atenderte? —me da un susto de la hostia al aparecer por detrás—, no puedo atenderte —me dice mientras pone la llave en la cerradura y abre la consulta.

—Pues tenemos que hablar de lo que le hiciste... —me agarra del brazo y me

hace entrar a la consulta.

—¿Eres imbécil o qué?, ¿no te das cuenta que nos puede oír alguien? —le aparto

el brazo con un gesto enérgico y me pongo entre él y la camilla por si acaso—
¡Fue ella que me dio una patada, la muy zorra! —dice Zarazaga sentándose en la silla.

—Y tú se la devolviste en la cara, suerte has tenido que no te ha denunciado.

—Sólo fue una bofetada... no es para tanto, a muchas mujeres les gusta un poco

de caña... denunciar... ¿qué dices?, si sólo es una puta y yo un médico respetado.

—Serás muy respetado, pero eres un cerdo. Además, si tanto presumes de médico,

¿no te has enterado que hay que protegerse para follar?, ¡eres un inconsciente!

—Cuando pago por follar lo hago como me pasa por los huevos, mejor dicho,
¡por la polla!

—Pero es que aquí el que paga soy yo...

—¿Tú no querías vender pastillas? —y pone la misma sonrisa cínica de la mal follada de recepción.

—¡Paso!, me la sudan las pastillas, queda anulado nuestro trato comercial.

—Ja, ja... ¡que te lo crees tú!, me he mojado para que todos los médicos recetaran

tu producto. —se levanta de la silla, se acerca hasta mí, pone su cara a escasos centímetros de la mía y me agarra el nudo de la corbata. ¿Por qué me he puesto corbata?, hostias, Paco, esto empieza a parecer una novela negra.

Lo empujo hacia atrás con la mano izquierda y con la derecha le doy un manotazo

para liberar la corbata; salto por encima de la camilla con tan poca destreza que me deslizo con el papel que la cubre y voy al suelo. Zarazaga se abalanza sobre mí, pero soy rápido y me levanto del suelo antes de tenerlo encima. Intento abrir la puerta, pero como si me hubiera leído el pensamiento llega antes y se pone delante de ésta.

—¿Qué hacemos...? —sonríe y por primera vez desde pequeño vuelvo a tener miedo de un médico.

Pienso, pienso...

—No sabes con quien estás hablando... déjame en paz o acabaremos apareciendo

en la prensa.

—Ja, ja... con un desgraciado que se ha pasado de listo estoy hablando, en la prensa... ja, ja...

¡Hostia puta consagrada!, ¿este tío es médico de verdad? Al fin se aparta y él mismo abre la puerta de la consulta. La sonrisa cínica se le ha borrado y me mira serio y con la misma cara que le vi el que día que gritaba como un loco en el Peep-show. Me voy de la consulta intentando encontrar una expresión de tío duro muy cabreado y levantando el dedo índice como para decirle: esto no quedará así, como si fuese Bruce Willis, pero la realidad es que estoy acojonado. He de parar este tío, pero no sé cómo hacerlo. Amenazarlo con el hecho de que soy periodista y que tengo intención de escribir un reportaje no puedo hacerlo, entre otras cosas porque no tengo ni un sólo contacto y no sé si este reportaje o libro como insiste Mónica me lo comprará nadie. Y, además, necesito más tiempo para poder tener más material y... más pasta, sobre todo pasta.

Subo al coche, aún con el corazón acelerado por la situación vivida. Mientras

sigo dándole vueltas a como parar este cerdo, me miro los policías que se han detenido justo a mi lado en el semáforo y algo se activa en mi cerebro. Paula... es una tontería, o una estupidez, pero, ¿por qué no?

—¡Hola Paula!, soy Paco de Lantec...

—¡Hola Paco!, ya sé que eres tú, ¿te crees que no te tengo fichado?

—Te quería pedir un favor... bien... de hecho, el favor quiero pedírselo a tu pareja...

—¿A Toni?

—Sí... tengo un problema con un médico y tal vez...

—Espera, frena, frena... ¿tienes un problema con un médico y necesitas un policía? —imagino la sonrisa desconcertada de Paula.

—Suena muy raro, pero me he metido en un lío del que no sé cómo salir y he pensado...

—¿Pero te has metido en algo ilegal?... que Toni es policía, Paco.

—No, no... nada ilegal... oye... ¿dónde estás?, desayunamos juntos y te lo explico...

-Sí, sí... que me has dejado muy intrigada, estoy en el Hospital de San Pedro, quedamos en la cafetería que hay en la parte de atrás, en esa apenas van los médicos.

—En diez minutos llego.

—Vale, tengo que ver la farmacéutica y voy para allá, un beso.

Le he contado todo el lío con Zarazaga, obviando el hecho que detrás se esconde

un presunto trabajo periodístico; no podía saber cuál sería su reacción, si

pensaría que la utilizo... y he preferido venderle la versión que soy un tonto que se ha pasado de listo. Paula se ha reído, se ha indignado y me ha dicho de todo, pero con el afecto que sé que me tiene. Tal es éste que me ha prometido que hoy mismo hablará con Toni y le explicará mi idea para que Zarazaga me deje en paz.

—No te prometo nada, yo se lo explico y a ver qué me dice... ¿de acuerdo?

¿Alcapone de pacotilla?

La verdad es que hoy he visto una Paula distinta. Que era guapa me di cuenta el

primer día que la vi; que tenía un polvo por delante y por detrás me di cuenta a los dos minutos de hablar con ella por primera vez. Pero hoy le he descubierto un punto de complicidad que me ha desarmado y he tenido que sacudir de mi cabeza pensamientos

extraños cuando nos hemos despedido con un abrazo y dos besos como es pertinente en este oficio.

Regreso al coche con la idea de trabajar un poco para olvidar al Dr. Zarazaga de

los huevos. Una cosa que he aprendido de este oficio tan curioso, es que el viernes es

vital intentar evitar situaciones de estrés que estropeen el fin de semana. En el Hospital de la Torre Alta descubrí al poco de empezar a trabajarlo, que había médicos con un buen nivel profesional y humano, parece mentira, pero los hay. Es curioso constatar que la vanidad se contagia, y en los centros donde el índice de ésta es muy bajo en los médicos adjuntos, los residentes se forman con más humildad que en hospitales donde hay saturación de ególatras.

Antes pero, pasaré por un ambulatorio donde tengo que hablar con una doctora que no conseguí ver el día que trabajé el centro y la tengo en la lista de visitada por debajo del objetivo, pues evidentemente, en este negocio te dicen cuántas veces a la semana y al mes tienes que visitar a los médicos, tengas o

no nada nuevo que decirles.

Si lo llego a saber me abstengo de visitar esta doctora. ¡La madre que me parió!,

con el día que llevo sólo me faltaba esta tía para hacer el completo. Sólo presentarme y me deja caer que nuestro producto es demasiado caro y que no tiene intención de probarlo. Ante mi insistencia que es un gran avance y una mejora evidente para el paciente se le ha escapado que el precio del producto está en la lista que la penaliza.

Me habían contado que los médicos tienen objetivos a la inversa de cualquier vendedor. Es decir, si recetan poco, y sobre todo no recetan los productos que acostumbran a ser los más novedosos y por lo tanto más caros, se llevan un dinero extra. Hoy he visto claro que no era una leyenda urbana, los médicos recetan en función de sus intereses personales, ya sea por la comisión de la administración como por la comisión de la industria, sea como sea siempre salen ganando.

—Es decir, no es que creas que Diaomin no es un buen producto, lo que te preocupa es no ganar tus comisiones por recetar por encima de tus objetivos.

—¡Tampoco es así!, lo dices de una forma... Paco te llamas, ¿verdad?, de la misma forma que tú tienes que velar por tu empresa, yo lo hago por la mía, y si hay que ahorrar, hay que ahorrar.

—Pero con esto me dejas claro que tus criterios no son científicos sino económicos, perdona... pero yo entiendo que esto es una estafa a los enfermos.

—¿Pero tú quien te has creído que eres...? —la cara de enfado ha dado paso a una

sonrisa estúpida.

—Bueno... tampoco... es que...

Ha dado media vuelta, ha entrado en su consulta con aparente indignación y yo

me

he quedado azorado sin entender nada. Tal vez he sido demasiado claro...
¡pero es que tiene huevos la cosa!

He salido hacia el hospital con la esperanza de cerrar el día hablando con
gente

normal y para quien los enfermos son la primera prioridad por encima de los
talibanes de la sanidad que priorizan su beneficio por encima del enfermo.

Justo cuando apenas había aparcado el coche y subía por las escaleras hacia la
entrada del hospital, me ha llamado el Dr. Perramón del Hospital de San
Pedro. Por

surrealista e inverosímil que pueda parecer, me ha llamado para preguntarme
si el viaje a San Diego era en primera clase.

—No... vaya, a mí me parece que no, la verdad es que ni me fijé, pero el
sentido

común me dice que no, es muy caro volar a Estados Unidos en primera.

—Pues el Dr. Fernández y el Dr. Leyca van con tu competencia y van en
primera.

—¡Ah!... no sé qué hacen los otros... en cualquier caso, lo preguntaré a mi
jefe.

—Dime algo, porque si no vamos en primera... no sé, un viaje tan largo igual
me

lo pienso... espero tu llamada.

¡La madre que lo parió! ¡Hay que ser hijo de puta! No hay forma de que recete
Diaomin, a pesar de todo, lo invitamos a San Diego con todo pagado para
hacerlo reaccionar y porque parece ser que históricamente se le ha invitado, y
tiene los cojones de insinuar que si no viaja en primera quizás no va; cuando
el congreso es dentro de siete días y no sería posible anular nada. ¡Hostias qué

viernes!

Tres horas llamando y dejando mensajes al imbécil de mi jefe y no hay manera de

que responda. No puedo entender esta costumbre que tiene de no contestar nunca las llamadas. Si está con algún compañero no puedo creerme que no tenga ni un par de minutos para responder una llamada. Después de todo, nos pasamos la mitad del tiempo esperando que los médicos acaben el mucho trabajo que siempre tienen.

Conociendo a Eduardo, cuando por fin se digne a contestarme alegraré que ha tenido un día muy estresante y no ha tenido tiempo de llamarme. La capacidad que tiene, este y muchos otros jefes, para hacerse los estresados ralla el ridículo.

Termino la jornada de trabajo en el Hospital de la Torre Alta pendiente de poder

hablar con Eduardo, con el mal rollo de Pablo Zarazaga, la doctora del ambulatorio y exasperado por la petición del Dr. Perramón. Menos mal que los médicos de la Torre

Alta han sido amables y por un rato me he reconciliado con estos extraños seres. A veces me pregunto cómo será mi hermano Javier cuando se viste de blanco. ¿Es un Perramón? ¿Tal vez un Zarazaga? ¿Un Vidal como el que acabo de ver en la Torre Alta? Tengo que hablar con Lidia.

¡Por hoy se acabaron los médicos! Me voy a casa que no quiero más sorpresas.

Me tumbó en el sofá con el mando de la tele en la mano y le doy al botón para ponerla en marcha pensando que aún es temprano para conectar el ordenador, mirar el correo y enviar los informes de visita. En la tele aparece “sálvame” y cambio rápido el canal pues esta tribu de frikis son peores que media docena de médicos juntos. Dudo si hacer o no los informes. Mi hermano me insinuó que hay un control desde la central de la hora a la que nos conectamos con el ordenador.

Me suena el móvil, debe ser mi jefe.

—Ey, Paco, ¿cómo vas? —me pregunta David.

—Pues mira, hoy hasta los huevos.

—Hostias... si lo sé no te llamo. —se ríe con ganas— Bueno, que te llamaba para decirte que tengo que acompañar a mi padre al médico...

—¡No lo hagas! ¡Evita los médicos! ¡Aléjate de ellos!

—Ja, ja... ya sabía yo que este oficio no estaba hecho para ti... bueno, lo dicho,

que tengo que llevarlo al médico y además estoy muy cansado, hemos quedado con Peter y el resto que mañana cenamos en el “Medianoche” y después haremos un

“Masterium”.

—¿Tu padre está bien?

—Sí, sí, es una visita de revisión al cardiólogo por el marcapasos, pero mi madre

quiere que lo acompañe que ya lo conocemos y luego nos cuenta lo que quiere.

Me incorporo en el sofá y abro la aplicación de mensajes del móvil.

“*¿Hace una pizza y una birra esta noche en mi casa?*” Envío el mensaje y me quedo con el teléfono en la mano esperando la respuesta. Visto que no llega me decido por conectar el ordenador sin preocuparme de la hora. ¡Qué hostias! ¿Con el día que he tenido encima tengo que tener miedo por si alguien considera que he trabajado pocas horas en la calle? ¿Acaso no es trabajo la de horas que pasamos haciendo los putos informes ante el ordenador? ¡A la mierda!, qué asco trabajar siempre acojonado. Sabía dónde me metía, pero vivir en este estado de miedo permanente por culpa de los jefes ni se me había pasado por la cabeza. En el periódico no conseguí ganarme el respeto del redactor jefe, entre otras cosas porque yo tampoco ayudaba mucho, pero en

este trabajo muchos días tengo la sensación de estar en el patio de una cárcel o de un campo de concentración, y Eduardo y el resto de jefes, incluido mi hermano, son los guardias que nos apuntan con el fusil desde las torres de vigilancia. Menos mal que sólo estoy de paso y podré huir de tanta estupidez, pero pensar que muchos se pasaran la vida entera en esto... ¡Qué horror!

Listo. Informe de visitas realizado. Y el imbécil de Eduardo que no llama; no me

extrañaría que ya esté cortando leña o lo que hostias haga en el pueblo este del que siempre habla. Quiero quitarme de la cabeza el tema de Perramón y este impresentable con galones no me dejará. Vuelve a sonar el móvil, tal vez ahora...

—¡Hola...!, perdona que no te haya contestado el mensaje, estaba ocupada y no podía... pero me ha encantado la idea y me apetece mucho comerme esa pizza y beber

una de tus Voll-Damm esta noche.

—¡Bien!, vente cuando quieras...

—¿Todo bien?

—Sí, sí... un día raro y cansado por el trabajo.

—Pues haremos que deje de ser raro, vendré a partir de las ocho... un beso.

Me voy a la ducha a intentar ahuyentar todo el mal rollo que me han inoculado hoy

los seres de blanco. Justo cuando estoy a punto de meterme bajo el agua vuelve a sonar

el móvil. ¡Joder! ¡Parezco un puto ministro! voy al comedor sin cerrar el grifo y veo que es Paula quien me llama.

—¡Hola Paco!

—¡Hola guapa!

—¿Estás ocupado? ¿Puedes hablar?

—No... quiero decir sí, sí que puedo hablar, iba a meterme en la ducha... —y no

sé si es porque estoy en pelotas o porque estoy visualizando las curvas de Paula, pero mi miembro decide ponerse firmes.

—Paco... he hablado con Toni y... bueno... no te conoce y es muy serio... me

dice que estás en tu derecho de presentar una denuncia por el intento de agresión a ti y agresión a la chica, y entonces sí que podría echarte una mano, pero sin denuncia no puede hacer nada... lo siento Paco.

—No te preocupes, si no sé cómo se me ocurrió ni pedírtelo, gracias por tu interés, eres un cielo.

—Espera, espera... ¿tú crees en el azar?

—¿Por qué?

—Estoy en casa de mi hermano, es decir un par de pisos encima de ti —e inconscientemente levanto la vista hacia el techo—, y me he encontrado con una amiga de mi hermano que antes trabajaba en la industria farmacéutica y charlando, charlando... oye, ¿podemos bajar a verte y te lo contamos?

-Sí... claro, pero dame diez minutos para ducharme.

La idea de que Paula esté en casa en diez minutos... ¡uf! si me llega a decir que

viene sola hubiese dudado si meterme en la ducha o esperarla e invitarla a entrar conmigo.

Quince minutos después y ya vestido con unos tejanos y una camiseta, Paula y la

amiga de su hermano llaman a la puerta.

—¡Hola! —me da dos besos muy efusivos— esta es Lola —le doy dos besos a esta mujer que rondará los cuarenta y que tiene una apariencia digamos que agradable, aunque lamentablemente el botox en los labios impide que mi miembro dé su opinión.

Soy un tío abierto, pero tengo mis manías, y las mujeres me gustan naturales cien por cien y sin aditivos.

—¿Queréis tomar algo? ¿Cerveza, café...?

Las dos declinan tomar nada y Paula me explica que Toni, su novio, le ha llamado

cuando estaba en casa de su hermano y Lola no ha podido evitar al oírla hablar de Pablo Zarazaga preguntar de que iba la cosa.

—No te creas que he empezado a contar ahí tus negocios con los médicos. — comenta Paula con una sonrisa deliciosa.

—Uy, no sé, no sé...

—Conozco muy bien a Pablo Zarazaga, de hecho, más que bien —empieza a hablar Lola—, y no te preocupes, no eres ni el primero ni el último que hace tratos con él para conseguir recetas. El problema es que tiene la sartén por el mango, como todos los médicos, todo hay que decirlo. Ciertamente lo tuyo es más original —y no puede evitar una sonrisa de complicidad con Paula—, pero yo le pagué la hipoteca de su piso durante dos años.

—¿Perdona?

—Lo que oyes, y entre mi competencia le amueblaron el piso y lo llevaron de vacaciones otros tantos años. Tenía una cuenta abierta en una agencia de viajes; era una práctica muy habitual en muchos médicos que preferían disfrutar de las colaboraciones de la industria farmacéutica para su vida privada y no tenían mucho interés en congresos o simposios, yo tenía unos cuantos de estos. Los laboratorios pasábamos por la agencia de viajes y

realizábamos un ingreso económico en la cuenta del doctor de turno, tal cual una cuenta corriente en un banco; cuando tenían dinero suficiente se hacían un viaje con la familia, no sé si sigue siendo una práctica habitual...

Paula asiente con una sonrisa.

—Pues lo que te decía, Pablo es un caradura listo que ha entendido como nadie

cómo funciona la relación médico-laboratorio; como sabes hay una necesidad mutua de colaboración que unos usan para dedicar su vida a pasearse por medio mundo de congresos o para hacer estudios y, otros como Zarazaga, prefieren invertir esa necesidad en sus necesidades más íntimas.

—Qué mundo, ¡Dios!, el problema, si te ha contado un poco Paula, es que no sé

cómo quitármelo de encima... tuvo una actitud con una de las... de las chicas que le pago y...

—Conozco muy bien esa parte agresiva... yo estuve liada con él esos dos años que le financié la hipoteca a cambio de recetas.

Si hasta el momento no tenía muy claro cómo podía ayudarme la tal Lola, y lo mejor de la visita de las dos mujeres era la de tener a Paula sentada en el sofá pues eso me serviría en mis fantasías masturbatorias, cuando ha soltado que estuvo liada con Zarazaga la cosa ha tomado una dirección mucho más interesante.

Lo primero que ha hecho Lola, ha sido aclarar tanto a Paula como a mí, que no se

lio con él por conseguir ventas de lo que llevaba ella por aquel entonces, un medicamento para el colesterol, sino que el acuerdo del pago de la hipoteca a cambio de tener la exclusividad en los centros que dirige, con el beneplácito de sus jefes —

aquí me ha sonreído deduciendo que no es mi caso— provocó que la relación

fuera muy estrecha, con más de una cena, y una cosa llevó a la otra.

—Estoy segura que tu imagen de Pablo es la de un cerdo sin escrúpulos —
asiento

sin disimulo y con una sonrisa—, pero te aseguro que cuando quiere es un
encanto y sabe cómo seducir una mujer, además de... de un amante increíble;
no te rías Paula, ese

mamón me hizo cosas... en fin —me mira algo sonrojada— que si rascas un
poco hay un hombre aprovechable en él.

—¿Entonces, que pasó? —pregunta Paula.

—Pues que se cansó de mí. Poco antes de mi despido...

—¿Te despidieron por culpa de Zarazaga?

—No, no... espera... decía que antes de mi despido nuestros encuentros ya se
habían quedado en apenas un par de días al mes....

—Pero, ¿no está casado? —pregunto con poco tacto.

—Sí... pero yo no y te ruego que no me juzgues...

—Perdona, perdona, no pretendía juzgarte, para nada. —Paula me ha mirado
con

la misma cara de Mónica cuando la cago con un comentario desacertado.

—Descubrí por casualidad que tenía otra visitadora en el saco, me salió la
vena

celosa y se lo tiré en cara; ese día salió el Pablo desagradable y violento y
empezaron las amenazas cruzadas. Le dije que le iba a cortar la colaboración
y él me dijo que hablaría con mis jefes para decirles que yo me insinuaba y me
había ofrecido como una zorra para conseguir aún más recetas...

—¡Que hijo de puta! —Paula estaba alucinada.

—Pero finalmente al muy cabrón la cosa le salió bien, siempre le sale bien...
me

despidieron junto con otros doce compañeros y Pablo desapareció de mi vida. Pero me quedó algo aquí —señala con la mano la boca de su estómago—, un nudo que no consigo deshacer a pesar de que han pasado un par de años. No sé si es desazón por

cómo me trató o un deseo interior de venganza para poner a este caradura en su sitio de una puñetera vez.

—Entiendo por lo que dices, que ya no estás en la visita médica.

—¡No, no!, por suerte me pilló justo antes del descalabro actual de la industria con los despidos a lo bestia y me pagaron mis cuarenta y cinco días por año, que con los quince que llevaba, me cayó un buen pellizco. ¿Has visto la tienda “Natura” que hay el en centro comercial Vista Alegre? —asiento con la cabeza— pues es mía.

—Pues después de todo, búscale algo bueno al cerdo ese, probablemente te sirvió

para decidir alejarte de este sector y trabajar por tu cuenta en algo que te agrada y, sobre todo, donde no hay que hacer tonterías por vender... —Paula hace una pausa con

su sonrisa maliciosa que cada vez me pone más— que algún día os contaré mis locuras para vender.

—No te creas, la relación con Pablo me afectó a nivel personal porque más que

enamorada estaba colgada, no sé si me explico... pero lo que realmente me hizo decidir a colgar la cartera y recuperar mis tejanos fue la actitud del resto de médicos.

Los primeros días del despido hice lo que hace todo el mundo tras un despido; empecé a llamar a los médicos supuestamente amigos, aquellos con los que

has compartido congresos por España o por el mundo, aquellos con los que has compartido cenas en

los mejores restaurantes, risas, copas, y alguna borrachera, con la idea de que si se enteraban de alguna plaza en algún laboratorio me avisaran o recomendaran. Y sí, la mayoría apenados por mi despido, algunos incluso desconcertados y dispuestos a llamar a los jefes quejándose de mi despido. Con los que siempre hubo buen rollo y que cuidé muy bien durante años, los que yo tenía por costumbre definir como mis clientes amigos quedamos que nos llamaríamos para desayunar o almorzar. Yo lo hice, les llamé a todos, pero todos —a pesar del tiempo transcurrido detecto dolor en la cara de Lola—, me decían que cuando pasara esa semana muy cargada, ya sabéis, los médicos y su mucho trabajo, me llamarían para tomarnos algo, que me echaban de menos. Han pasado dos años y nunca más supe de mis supuestos amigos médicos; esos

a los que yo nunca olvidaba cuando en la empresa nos decían pensad en cinco médicos para ir de simposium a Estambul o a Marrakeix... Fue eso Paula, fue eso y no Pablo lo que me hizo colgar los hábitos de la visita médica... descubrir que sólo has sido un sujeto necesario para sus intereses y nada más.

Me ha faltado muy poco para soltar ante las dos quien es Paco Albano, periodista

con sueños que quiere levantar de una vez la alfombra que cubre este sector podrido donde unos van repartiendo dinero y los otros cogiéndolo sin ningún tipo de pudor. Me he reprimido por Paula, pero no descarto quedar un día con Lola y presentarle mis verdaderas credenciales, veo en sus ojos un deseo inmenso por desenmascarar a esta

tribu de los de blanco. También veo en sus pechos y su culo maduro muchas posibilidades a pesar de la silicona en los labios.

—Quiero ayudarte con Pablo, supongo que tu problema, además de la indignación

por como trató esa chica, es no saber parar sus peticiones que, por cierto, os juro que desconocía y eso me enfurece más. Si es un adicto al puterío no me

extrañaría que mientras estuvo conmigo siguiera viendo ramera... —hace un silencio como de sorpresa— ¡Qué asco!

—No te creas, las hay de preciosas y muy limpias...

—¡Paco! —me suelta Paula muy seria.

—Perdona, era para... nada... perdona.

—Ja, ja... no te preocupes, si seguro que tienes razón, después de todo yo también

era su amante.

—Así pues, ¿qué me recomiendas para quitármelo de encima?

—Podría tener un punto débil, pero necesito confirmar si sigue ahí para asegurar

el disparo, atacaremos ese flanco y no volverá a pedirte... ¿cómo lo has llamado?

—Género... suena machista, ¿verdad?

—Suena repugnante. —interviene Paula

—Apunta mi teléfono y pásame el tuyo... ¡Operación Zarazaga en marcha! — se ríe con ganas Lola y con ella Paula y yo.

Media hora después de la marcha de Paula y Lola, Jennifer llama al timbre.

—¡Hola guapo! —me da un beso suave en los labios—, quería venir antes, pero

me han liado.

—¡Hola!, qué guapa estás —le hago dar una vuelta sobre si misma— espero que

no fuera un tío el que te liara.

—¡Uy!, que galante y celoso estás tú hoy, te sientan bien los días raros. He traído una peli para mirar con la pizza. —me enseña la carátula.

—Que buena idea... ¿cuál es?

—Una comedia romántica... “Cartas para Julieta”. No me mires así... —me he

quedado embobado no por lo que pueda sospechar de la calidad de la película por lo

que leo en la carátula, sino porque esta chica me va sorprendiendo día a día— Si has tenido un mal día, una comedia romántica con un bombón como yo a tu lado es lo que

necesitas.

No puedo reprimir un abrazo de agradecimiento que me hace sentir bien, ni reprimir la erección instantánea al sentir sus pechos bajo la blusa.

—Uy... ¿qué te pasa cariño? —pone su mano en mi bragueta de forma descarada

mientras me mira a los ojos con una cara que hace que mi miembro sea capaz de endurecerse con una fuerza que ninguna pastilla azul o del color que sea superaría.

Me desabrocha el pantalón, me hace entrar en la habitación y me empuja hasta hacerme caer sobre la cama. Me estira los pantalones hacia abajo, me la coge con deleite y se la pone en la boca con ansia de hambre. Con la mano izquierda agarrando el culo y con la derecha moviéndomela con ritmos suaves, entra y sale de su boca, ensalivando y lamiendo con una técnica que ninguna mujer me había practicado. La ocasión es para soltarse y vivir este momento histórico de mi vida sexual, pero me pondría a saltar y gritar de alegría por ser protagonista de la mejor mamada que cualquier hombre haya podido vivir y disfrutar. La freno antes de que todo lo que llevo dentro salga con fuerza, hago

volar el pantalón y la camiseta, le hago desaparecer la falda mientras ella se quita blusa y sostén, y por último elimino el tanga con un rápido movimiento para ser testigo de una visión maravillosa, prueba evidente de que tal vez tendré que replantearme la existencia de un ser superior. Una mujer tan fascinante debe ser producto de alguna divinidad. Esta chica sí que sabe hacer levitar y volar y no los endiosados de la bata blanca.

Su cuerpo de formas perfectas se frota en el mío mientras las lenguas juegan al tiempo que se pelean por entrar una en la boca del otro. Tiene una piel tan suave que no puedo dejar de acariciar y lamer con deleite y una inaudita pasión en mí. Ahora el culo firme, redondo, ahora los pechos perfectos, ahora su sexo sin nada que moleste para pasear la lengua. Se pone encima para cabalgar y, por un instante, me hace pensar en Mónica en la que es su postura preferida. La pequeña infidelidad mental hacia Jennifer desaparece en segundos cuando me hace entrar en ella; no dejo de mirar su preciosa

cara que se acerca a mí, busca mi boca con la suya y me besa mientras se mueve arriba y abajo con un ritmo acompasado y más pasional que vicioso. Hoy en esta cama está

pasando algo nunca vivido por mí, algo que ni ella ni yo habíamos vivido en las veces que habíamos follado. Jennifer y yo estamos haciendo algo más que follar. Soy consciente del todo cuando los dos nos dejamos ir en un estallido de placer bestial, sostenido en su caso para gloria de mi vanidad. Abrazados y aun besándonos, me dice al oído:

—Jamás había vivido nada igual, no sé si estar feliz o asustada.

Me hace sonreír, acaricio sus labios con un dedo y la beso con suavidad.

—No sé si lo que yo siento es felicidad, pero si es esto, quiero saber de dónde has salido Jennifer, porque no tengo intención de dejarte escapar —le digo, siendo consciente de que es la frase más cursi que he dicho nunca a una mujer... ¿qué me está pasando?

Nos hemos duchado juntos, jugando y riéndonos mientras nos enjabonábamos el uno al otro, y ahora estamos sentados en el sofá escuchando Belle &

Sebastian y esperando las pizzas que he pedido apenas hace diez minutos. El teléfono suena y lo miro sin moverme para cogerlo.

—¿No lo coges? —pregunta divertida Jennifer.

—Es mi jefe, le he llamado un montón de veces desde la mañana y me llama a las... ¿qué hora es? —anulo la llamada y apago el móvil sin decirle la verdad; que la llamada es de un médico a quien le he estado pagando las putas a cambio de recetas de Diaomin. Este cerdo no me estropeará la mejor noche de viernes que estoy viviendo en mucho tiempo.

—Me contarás un día que hace un periodista trabajando en... ¿en qué trabajas exactamente? —sonríe divertida.

—¿Te quedarás a pasar la noche?

—Ja, ja... sí, vale...

—Pues te lo contaré todo... —y esta vez voy en serio, se lo explicaré todo, incluso que fue idea de Mónica, sólo obviando, por si acaso, que me lo propuso un día follando como era costumbre entre nosotros.

Suena el timbre de la puerta, cojo la cartera para sacar el dinero para pagar las

pizzas y, abro decidido.

—¿Mónica?... ¡Qué sorpresa!

9

He quedado para desayunar con Lidia cerca del Centro Tecnológico de Salud. De

la misma forma que los viernes me gusta acabar la semana en el Hospital de la Torre Alta, los lunes me gusta empezar en el Tecnológico por el mismo motivo. Salvo excepciones, la mayoría de los médicos te escuchan y te responden con criterio y exquisita educación, aunque eso no es sinónimo de recetas de Diaomin, pero tienen aquella educación de los privados y saben

disimular como nadie para que les pagues

congresos, cuanto más lejos y caros mejor. La he llamado desde el coche para explicarle lo que me pasó el viernes con Eduardo y los clientes y hemos quedado para charlar un rato como nos gusta. No tengo intención de contarle el lío que he organizado con Zarazaga por vergüenza y por el miedo a lo que pueda pensar de mí.

—Eduardo hace tiempo que me tiene en el punto de mira. —me dice Lidia.

—¿Qué quieres decir? ¿Te tira los tejos?

—¡No hombre, no! —se ríe de mi ingenuidad— es porque soy como tú, no sé reaccionar ante la actitud de algunos médicos. Me parece que no sirvo para este trabajo, Paco.

—Servir seguro que sí, pero que estás preparada para alguna cosa mejor ya te lo

digo yo, esto es una puta mierda que da asco. ¡¿Qué hacemos aquí?! —yo lo sé y huiré, pero ella es más válida que los de la bata blanca y los mediocres como Eduardo.

—Es una especie de juego muy raro... —dice Lidia con una vehemencia que le desconocía— ¿Tú te has fijado que nuestro trabajo es vender, pero no sabemos cuándo vendemos? Por lo menos, el que vende alfombras, las entrega y las cobra, o el que vende seguros firma contratos. ¿Pero tú estás seguro que el médico que te dice que te receta lo hace realmente? Nosotros no vemos las recetas y debemos fiarnos de una empresa externa que calcula las pastillas que salen de cada farmacia de tu zona. ¿No te parece un poco surrealista? ¿Pagarle a una empresa para que a base de estadísticas te diga si vendes o no y qué cantidad aproximada? ¡Es de locos! Y para postres, si no inviertes dinero, o lo que eufemísticamente llaman: presupuesto promocional, no hay ventas. Yo no he trabajado en nada más, pero esto de pagar para conseguir vender no lo entiendo y dudo que lo entienda jamás.

—¡Tenemos que huir de esto, Lidia! —le digo levantando los brazos para hacerla

reír.

—Si te cuento una cosa... da igual...

—¡Hostias!, no me hagas eso, no lo soporto, Lidia.

—Pero no te enfades, ¿de acuerdo?

—¿Por qué me voy a enfadar?... si es porque ya no... —le hago una sonrisa pícara

y le guiño un ojo.

—Nada de eso... es de tu hermano.

—¿Alberto?

—El Dr. Javier Albano.

—Explícamelo.

Y Lidia me ha contado como Javier le recuerda constantemente cada vez que le visita que es el hermano de Alberto Albano, y como tal debe sentirse mimado por los delegados que trabajan a sus órdenes. Me ha explicado que este año mi hermano ha viajado a San Diego, —algo que no sabía ni yo— al congreso europeo en Ámsterdam y

aún le ha pedido un par de pantallas para los ordenadores de la consulta privada.

¡Hostias con el hermano mayor!, a ver si va a ser amigo de Zarazaga. Ni que fuera un jefe de servicio de un hospital importante, un líder de opinión con muchos pacientes o mucha capacidad de influir sobre el resto del equipo, tanta inversión seguiría siendo exagerada. Javier está en una clínica privada muy pequeña, donde según Lidia, tiene menos potencial de receta que cualquier médico de familia de un ambulatorio de pueblo. El error de Lidia, y su preocupación actual, fue hablar con Eduardo y comentarle que le parecía correcto visitar al Dr. Albano, sobre todo por ser el hermano de quien es, pero que no tenía por qué soportar la arrogancia y el menosprecio que éste le

muestra en cada visita. Evidentemente, un lame culos como el imbécil halitósico de Eduardo nunca se revolverá contra su jefe para poner a Javier en su sitio, que es lo que debería hacer un buen jefe. No sólo no lo hará, sino que tuvo los huevos de llamar al orden a Lidia por su queja.

He pasado mucha vergüenza, por la actitud de mi hermano hacia una compañera y

amiga, y vergüenza porque a pesar de haber tenido siempre muy claro que mis hermanos van muy sobrados, no podía imaginar que Javier fuera tan gilipollas. ¿qué hostias les pasa a los médicos?

Le he prometido a Lidia no decir nada, pero a pesar que desde que estoy en este

oficio algo inexplicable me ha convertido en un tío más formal, sigo siendo Paco Albano, y a mí no se me puede explicar una historia como la que me ha contado Lidia y quedarme calladito y quietecito. Me molesta que una amiga lo pase mal, pero más que sea por culpa de un médico que casualmente es mi hermano.

Nos hemos despedido con dos besos, me ha hecho prometer de nuevo que no diré

nada y yo le he hecho prometer que no volverá a esconderme tanto tiempo cualquier cosa que le pase. Se me ha sincerado tanto que poco me ha faltado para convertirla en

confidente y explicarle el lío que he organizado con Pablo Zarazaga por querer hacerme el listo.

He entrado en el Centro Tecnológico de Salud, he pasado toda la mañana hasta las

doce pasadas visitando media docena de médicos y alguna enfermera, y después he salido, previa respiración profunda, hacia el Hospital de San Pedro donde he quedado con mi jefe para ver al Dr. Perramón por el tema del viaje a San Diego en primera clase y, de paso, al Dr. Fernández si su

excelencia tiene a bien recibírnos.

Antes pero, he abierto mi *Moleskine*:

"Que los médicos eran personajes que comían a parte siempre lo sospeché, pero que las cosas fueran más allá de la anécdota divertida me ha superado. Tengo la impresión que la industria farmacéutica tiene mucha culpa en esta actitud de buena parte del colectivo médico. Un exceso de atenciones ha creado un monstruo que cada día tiene más hambre y a los laboratorios se les hace difícil alimentar sin caer en prácticas poco transparentes. Y lo más increíble de los de blanco, por lo que me van explicando, es que cuando les interesa cambiar de chaqueta tienen más habilidad que los políticos".

"Cuando un jefe del estilo de Eduardo huele el peligro y piensa que la defensa

de alguien de su equipo pone en peligro su cargo, no sólo no se mojará jamás por mucho que la causa sea justa y lo merezca, sino que hará lo posible para pasar de puntillas sobre la cuestión, enterrar el tema si puede, o cargar contra quién le ha comprometido si es un empleado a su cargo".

He estado tentado de llamar a Mónica para explicarle el mal trago de Lidia, pero

he pensado que después de la situación singular del viernes mejor dejar pasar unos días. Jennifer no salió de casa hasta el domingo al mediodía, Mónica sólo estuvo los cinco minutos que pasaron hasta que llegó el pizzero. Si bien yo iba con unos tejanos y una camiseta, como siempre voy por casa, Jennifer llevaba una camisa mía no precisamente larga sin nada más que el tanga debajo. Se la puso porque se lo pedí yo.

Toda la vida viéndolo en las películas y ni una sola mujer se había puesto una camisa mía para estar por casa. Que hubiera una chica en casa no tenía por qué asustar ni molestar a Mónica, siempre hemos tenido claro que follábamos como amantes y nos queríamos como parientes y punto, como no hacía mucho ella misma me había recordado. Pero la imagen de Jennifer poniendo la mesa, con la camisa dejando entrever ligeramente su culo, los pechos libres de sujetadores que se insinuaban bajo los pocos botones abrochados, y bailando

divertida al ritmo de *Uptown girl* de Billy Joel, descolocó a Mónica. Jennifer intentó hacer bajar la camisa desconcertada al ver una mujer que entraba en el comedor, pero reaccionó divertida cuando le dije que era la mujer de mi hermano y se acercó para darle dos besos y un leve abrazo que le hizo subir la camisa y ofrecerme una visión que despertó al canalla que llevo dentro e imaginar una escena que, si llego a hacerla realidad en ese instante, el mismísimo

Giacomo Casanova se habría hecho presente en mi casa para aplaudirme. Mónica improvisó una excusa rápida, pasaba por aquí y había entrado para saludarme y avisarme que me reservara el sábado día quince del próximo mes pues le han organizado una fiesta de aniversario a Marta, su hija. Aún no había respondido que llamaron al timbre y, ahora sí, era el pizzero. Esperó que pagaré las pizzas, y antes de sacarlas de las cajas se despidió con un encantada y dos besos de Jennifer. Antes de salir por la puerta me dijo: “ahora entiendo muchas cosas Paco, es distinta, ¿verdad?”

Yo sólo supe sonreír y ella me guiñó un ojo, me dio un leve beso en los labios y me dijo: “ven con ella a la fiesta, si quieres, me gusta”.

Mientras busco una plaza donde aparcar en el parking del Hospital de San Pedro,

Eduardo me llama al móvil y me pregunta donde estoy, que lleva media hora esperándome. ¡Este tío es un gilipollas con título! ¿Se cree que me he estado tocando los huevos como hace él cada día?

Llego agobiado a la puerta del hospital y lo veo hablando por el móvil, siempre

está hablando por el móvil, pero nunca devuelve las llamadas.

—Antes de ver a los clientes nos tomamos un café y repasamos las ventas y el cumplimento de tu planificación mensual. —me suelta de entrada dirigiéndose a la cafetería del hospital sin dejarme abrir la boca.

Coloca el portátil sobre la mesa y, empieza la historia que ya me conozco de cada

mes cuando sale conmigo a visitar médicos. Me comentó uno de los veteranos que cuando los jefes nos acompañan, incluso cuando viene alguno de Madrid, además de aprovechar para presionarnos con las ventas, nos puntúan en función de cómo hacemos la visita al médico. ¡En este oficio se vive permanentemente en un examen!

Me ha tenido media hora larga mostrándome gráficos y pidiéndome explicaciones

de por qué a este lo veo más que aquel y al otro menos. Dicen mis fuentes que la cosa ha empeorado con los años, que el control antes apenas existía o si lo había era más laxo. Ciertamente debe ser así, de lo contrario se hace difícil pensar como los que llevan media vida en este oficio habrían aguantado tantos años bajo un régimen de control tan fascista.

Una vez superado el examen, hemos subido a la planta de las consultas para lo que se suponía que había venido mi jefe. Eduardo le ha comentado al Dr. Perramón lo mismo que le dije yo, que la opción de volar en primera clase al congreso de San Diego no era posible, y ante su insistencia que la competencia lo hace, Eduardo le ha respondido que si es así están incumpliendo el código ético de la industria farmacéutica. Este código se creó hace pocos años para detener la locura generalizada entre médicos y laboratorios. La realidad, pero, es que todos buscan vías alternativas para seguir haciendo lo que haga falta para vender más, y el código, como pasa con las leyes, la gran mayoría se lo pasan por donde quieren. No alojan a los médicos en hoteles de cinco estrellas durante los congresos porque es muy descarado y cualquier otro laboratorio puede denunciar el incumplimiento del código, pero hay otras formas

de tener contentos a los blancos durante éstos; y si no que se lo pregunten a los Zarazaga de turno y al incremento de trabajo de las profesionales del sexo cada vez que hay un congreso importante en cualquier capital mundial.

El Dr. Perramón finalmente se ha dado por vencido y Eduardo le ha dado las gracias por ser comprensivo. Esto he de anotarlo en la *Moleskine* me he dicho. Se va de viaje a los Estados Unidos con todo pagado y le damos las gracias por ser comprensivo porque no lo hacemos volar en primera. Empiezo a pensar que muchas de

las cosas que voy escribiendo, más de un jefe de redacción o tal vez un editor, me dirán que es ficción o demasiado inverosímil.

Hemos saludado al Dr. Riera, que es más formal y agradecido, nos ha dado las gracias de nuevo porque le pagamos el congreso a San Diego, se ha disculpado conmigo por olvidarse de mí el otro día, y nos hemos quedado esperando al arrogante del Dr. Fernández. Dios todo poderoso, el Dr. Leyca, ha pasado un momento por delante, juraría que andaba sin que los pies tocaran el suelo, y ha saludado efusivamente a Eduardo al que ha llamado Alberto, para rabia de mi jefe que pelota como es no ha sido capaz ni de corregirlo.

Antes de entrar en la consulta del Dr. Fernández, Eduardo me ha explicado que Alberto ha encargado a los área managers —en las empresas se ha puesto de moda usar el inglés para definir el puesto de trabajo— una reunión con médicos de distintos hospitales para poner en común la experiencia con Diaomin desde que salió al mercado. Piensa que el Dr. Fernández, en tanto que destacado líder de opinión —él lo ha llamado KOL, Key Opinion Leader— es un candidato ideal. Yo, soy novato y no he

acabado de entender mucho lo de esta reunión y lo del KOL, pero lo que sí sé, es que este médico es el hombre más ególatra que he conocido en mi vida, y para nada lo veo compartiendo experiencias con otros colegas. Evidentemente esta ha sido una reflexión que me he quedado para mí solito.

—¿Cómo estás, Antonio? —Eduardo lo llama por el nombre.

—Atareado... y en Lantec, ¿cómo va todo? —sonríe muy amable Fernández.

—Preocupados, un poco preocupados porque el Diaomin no acaba de arrancar. —

va directo Eduardo, que otra cosa no, pero agresivo lo es un rato.

—Ya se lo he dicho a tu delegado en más de una ocasión —me señala con la cabeza— habéis hecho un pésimo lanzamiento y os estáis equivocando en la estrategia de marketing y comercial a todos los niveles.

—Caramba... esta es una reflexión que viniendo de alguien como tú es muy

importante para nosotros y que valoramos por sincera y clara. —contesta Eduardo, a quien sólo le falta levantarse y decirle: ¿quieres que te hagamos una mamada entre los dos?

—Precisamente... —continúa Eduardo— ya que me haces este comentario, nos gustaría que vinieras a una reunión con colegas tuyos, Kol's evidentemente, para una

puesta en común de vuestra experiencia con Diaomin.

—Uy, Eduardo, ya sabes que yo nunca asisto a este tipo de actos, tengo trabajo y

lo que puedan decir otros médicos de un producto no me interesa. Yo tengo mi experiencia clínica y es la válida para mí. —dice serio y, temo que de un momento a otro levite y un halo de luz aparezca a su alrededor.

—... bien... pero... precisamente a mí me iría muy bien tu opinión como contrapunto... y...

—¿Cuánto duraría la reunión y a qué hora? —abre su agenda.

—Ya te confirmaré el día, pero tal vez el martes día dieciocho. Sería de siete a

nueve y después una buena cena.

—Déjate de cenas... miraré como lo tengo, y... ¿de cuánto estamos hablando?
—

frota los dedos para hablar de dinero.

—No... hombre, Antonio, seréis todos clientes de nivel... la mayoría de nuestros

líderes de opinión como te he comentado y amigos de la casa con los que siempre hemos tenido atenciones y nunca habéis tenido un no por nuestra parte.

Iremos a un buen restaurante, eso déjame a mí que sabes que nunca te he fallado.

—Eduardo y... no recuerdo tu nombre —me dice a mí para dejarme bien ante mi

jefe el muy estúpido—, mi opinión y mi tiempo valen mucho dinero y no se pagan con

una cena. Tengo una ética que me he ganado con los años y no me vendo por una cena.

—nos pide dinero para una reunión de dos horas y el tío habla de ética; ¡viva la medicina moderna!

Al salir de la consulta y antes de que Eduardo y yo comentásemos la jugada, aprovechando que él se ha puesto a hablar por el móvil, me he sentado en una de las sillas de la sala de espera con la *Moleskine* en la mano pensando en cómo resumir lo vivido con este personaje.

“Jamás pongas en duda los motivos por los cuales un médico pone un tratamiento u otro, él es el médico y tú no. ¡Pero cuidado!, ellos sí están capacitados para opinar sobre marketing y estrategias comerciales. Desconocía que en medicina hubiera asignaturas de marketing y gestión comercial”.

“Mi opinión vale mucho dinero”.

“Ética”.

Cierro la *Moleskine* y al levantar la cabeza me encuentro con la mirada penetrante de mi jefe.

—Hablabas con el Dr. Pablo Zarazaga, el del CPAP, dice que lleva días llamándote y no le has devuelto las llamadas.

No tengo ni idea de si mi cara ha enrojecido, pero la sensación ha sido que

toda la sangre de mi cuerpo se desplazaba hacia mis mejillas.

—Sí le he llamado... pero cuando lo hago siempre está ocupado —intento hablar

con mucha seguridad.

—¡Pues te acercas a verlo, ya! No sé cómo te lo has hecho pero las ventas de esa zona van muy bien. ¿Quieres que vayamos ahora?

—No... no —miro el reloj— es muy tarde y seguro que no te ha llamado desde la

consulta, acostumbra a salir a las tres. —miento confiando que Eduardo no insista.

10

Sentados en la terraza del Bar-Restaurante del padre de Peter, hace rato que David y Peter se ríen con ganas de las anécdotas que les cuento de mi trabajo con los de la bata blanca. Antes he tenido que dar explicaciones de por qué hace un mes que estoy desaparecido y no fui a la última cena que organizaron, porque la excusa de que tenía que terminar un informe no coló.

—Si Jennifer hubiera venido a cenar, nos habría parecido raro lo del informe, pero analizando cómo te han comido el coco en este trabajo igual te creíamos. Pero es que Maribel recibió la llamada de Jennifer en el mismo instante que tú me llamabas a mí para excusar tu asistencia. —me ha dicho David mientras Peter se reía y me daba golpecitos en la espalda.

—Sí... estuvimos poco acertados. —contesto con una sonrisa de derrota.

—Estas bien pillado con esta chica, ¿verdad? —dice Peter

—Estamos bien, sí... no sé, no es lo que imaginé la primera noche...

—¿Una choni...?, ja, ja... —se ríe David.

—¡No es una choni, ni de lejos!, es universitaria... lo que pasa es que no es de

aquí.

—Eso ya lo sabía yo, me lo explicó Maribel, fuiste tú el que tuvo prejuicios por

su acento.

—No era por eso, sino por como hablaba... el primer día iba algo pedo y parecía... da igual, chicos, ¿queréis que vayamos a comer un kebab?, hace mucho que

no hacemos una visita a Tarik. —digo para cambiar de tema pues conociendo este par

querrán que les explique si le gusta ponerse arriba o abajo.

—Sí, ¡vamos!, y preparamos una estrategia para desenmascarar al putero. — dice

David.

Ayudar no me han ayudado mucho, pero reír, me han hecho reír un buen rato.

David ha propuesto pararle una trampa a Pablo Zarazaga con Jennifer.

—¿Pero tú estás loco?

—¿Qué pasa?, no me digas que no te ayudaría, está muy buena y tampoco haría falta que se lo follara...

—¡Basta!, ¡mira que eres animal...!

David ha insistido en su plan de concertarle una cita con el médico putero; escondernos con una cámara de video, y lo único que tendría que hacer Jenni sería ponerle caliente y después negarse a cualquier petición para alterarlo. Una vez el tío sacara su mala leche, salir y le daríamos de hostias.

—¿Pero tú sabes repartir hostias? —le ha dicho Peter.

—Vale... quizás no sea la mejor idea. Pues tú podrías entrar en su ordenador y mandar algún correo a los compañeros de trabajo o a su mujer donde hiciera proposiciones guarras a alguna tía. A la recepcionista mal follada esta que dice Paco, por ejemplo.

—Ja, ja... —se ha reído Peter con ganas— ¿pero tú te crees que yo soy Lisbeth

Salander y Paco el Mikael Blomkvist?, yo diseño páginas Web, no tengo ni puta idea de hacer de hacker y este no hace ni de periodista.

—¿Quiénes son estos...?

—Joder, David, los protagonistas de la trilogía Milenium... los libros de Stieg Larson.

—¡Ah!, uf, no llegué ni a la mitad del primero.

—Tranquilo David, yo ni empecé, que pesados todos con la novela negra.

—¿Y si le creamos una cuenta falsa en Facebook?, lo podemos desprestigiar que

te cagas.

—Mira, eso no es mala idea. Pero hace falta mucho tiempo.

—Quita, quita, yo llevo meses sin entrar en mi Facebook, sólo me faltaría perder

el tiempo para joder ese cabrón.

Hemos acabado de cenar muy tarde y he preferido retirarme a pesar de las ganas

de seguir riendo con las estrategias para acabar con Zarazaga que David seguía imaginando. Mañana empieza un congreso y tengo que presentarme a las ocho. Es mi primer congreso de la Sociedad Ibérica de Diabetes y hubiera preferido que fuera en cualquier otra ciudad del país, pero la casualidad ha

hecho que el de este año fuera en casa. Los veteranos siempre están contando mil batallas de los congresos vividos, sobre todo los internacionales, donde el turismo pasa por delante de la ciencia. No tengo la mínima duda que el Dr. Perramón y compañía en San Diego han hecho más turismo que ciencia. Confío en poder estar lo suficiente en Lantec para poder asistir a algún congreso internacional —si es necesario usaré mis influencias— para poder ser testigo de la realidad de lo que hacen los médicos en esos congresos.

Reflexionaba un día una compañera, quemada como tantos y tantos en este oficio,

que los congresos son una vergüenza en los que la administración debería meter mano.

Muchos médicos hablan de control del gasto en los medicamentos o cortan calles para protestar por los recortes en el sector sanitario por culpa de la crisis, pero cuando van a un congreso dejan de visitar y cambian las fechas de los enfermos sin

contemplaciones, cuando en muchas ocasiones, lo único que hacen en el congreso es ir a buenos restaurantes con nosotros —que también somos los que hemos financiado las

inscripciones, hoteles y desplazamientos—, hacer el turista y asistir a alguna sesión para limpiar un mínimo la conciencia, los que tengan, que también son minoría. En el caso de los médicos de la sanidad pública la cosa raya el escándalo, pues estamos hablando de funcionarios que se van a hacer el turista pagados por una empresa privada y no dejan de cobrar el sueldo por los días que están fuera. Lo explicó con tal claridad que no dudé en apuntarlo todo en la *Moleskine* y desear que pronto pudiera vivir un congreso para entender de primera mano lo que me decía la compañera.

Llego al palacio de congresos media hora antes por miedo a no encontrar donde

aparcar el coche. Accedo a la zona comercial y, un mundo desconocido para mí se me

hace presente. Hay muchos stands, de todas las formas y colores que forman como una pequeña ciudad con sus calles y su avenida central. ¡Hostias!, esto debe de costar una pasta.

El stand de Lantec Pharma es espectacular. Yo imaginaba algo discreto, pero ya me han explicado que un congreso nacional tiene una asistencia que supera de largo el millar de asistentes y hay que impactar al médico. En el stand ya hay gente de marketing a quien saludo y un par de compañeros de fuera que no conozco. Alfredo Rivera es el responsable de marketing que llevará toda la logística del congreso y nos reúne a los otros dos y a mí —a pesar de que faltan unos cuantos— y nos dice que en diez minutos haremos el briefing. Yo diría que ha usado esta palabra; ¡una más en inglés!, tengo que anotarlas todas. Vista mi cara, uno de los compañeros, de nombre Rafa y de Logroño, me explica que el briefing es explicarnos qué material tenemos en el stand para dar a los médicos, y cuál es el mensaje promocional que debemos dar cuando se acerquen al stand. Hay bolígrafos, ratones para el ordenador, calculadoras, y unos packs con un fonendoscopio de calidad que sortearemos el último día entre los que rellenen una encuesta relacionada con el uso de Diaomin. Rafa me explica que en el último congreso de médicos de familia hicieron lo mismo y la avalancha de médicos por conseguir un fonendoscopio gratuito fue tan espectacular que se hundió el suelo de madera del stand.

—¡Estos por no pagar se pisan si es necesario!

A pesar de que este no es un congreso para un médico de familia como Pablo Zarazaga, me he pasado la mañana, angustiado por si de repente se me plantaba delante del stand. No lo llamé como me dijo mi jefe y no he tenido noticias de Lola, de la que aún no sé cómo puede ayudarme a quitarme de encima al doctor de los huevos.

El congreso es más aburrido de lo que yo imaginaba. Pensaba que no tendría un

respiro atendiendo ahora uno ahora otro, y la verdad es que no he visto ni los clientes a los que he pagado la inscripción, que al ser un congreso en nuestra ciudad y no había gasto de hotel y desplazamiento, han sido muchos. Estaba convencido que vendrían todos a dar las gracias, pero parece que dar las gracias tampoco lo enseñan en la

facultad de medicina.

Lo único destacable ha sido una conversación que se ha producido delante de mí

como si yo no estuviera y que me ha dejado alucinado:

—¿Quién nos ha pagado la inscripción? Estos de Lantec no, ¿verdad?

—No lo sé, Sanven nos ha pagado el hotel, pero la inscripción no recuerdo.

—¡No!, Sanven ha pagado el avión, el hotel lo ha pagado Festifarma.

—¡Que no hombre que no!, el avión lo ha pagado Brintal.

—¿Estás seguro?, tal vez sí, da igual...

Lo he anotado en la *Moleskine* y he pensado que esta conversación impresentable es el guion perfecto de la realidad de un negocio que no deja de sorprenderme día a día.

A menos de cinco minutos para las dos del mediodía, Eduardo, en calidad de stand manager —otra palabra que he aprendido hoy— nos dice que ya podemos marcharnos a comer. Mi guardia se ha acabado por hoy y hasta mañana no he de volver.

—Paco —se dirige a mí— ¿has organizado alguna cena?

—Pues no... apenas han aparecido clientes...

—Pues los buscas, ¿no me dirás que te pasarás los dos días sin organizar nada?,

¿tú no escuchas cuando tenemos reuniones de área?, ¿no os dije la semana pasada que teníais que organizar un mínimo de una comida o cena durante el congreso? Organiza

una cena para esta noche y me llamas para confirmar lugar y hora, vendré contigo.

La madre que lo parió, pero ¿cómo organizo una cena si por hoy he terminado mi

turno de stand?

—¿Te ha pasado algo con el jefe? —me pregunta Fede, un compañero de área de

los veteranos que se ha pasado para saludar clientes a pesar de no tener turno de stand hasta la tarde.

—Que quiere que organice una cena para esta noche y no sé por dónde empezar;

además se supone que esta tarde libraba.

—Pues te tocará volver aquí e ir a la caza de médicos. Esta tarde estaré de guardia, después de comer te vienes y te ayudo a buscar media docena de tus clientes, no será complicado, tú vete pensando uno de los restaurantes de la lista que nos pasaron los de marketing.

—No la tengo...

—¡Joder, Paco! Como se entere Alberto... —se ríe con ganas Fede— pídesela a

los compañeros de otras áreas, seguro que la llevan encima.

Organizar la cena me da pereza y suerte de la ayuda de Fede o hoy tendría problemas serios, pero si encima Eduardo se viene a cenar, apaga y vayámonos.

Y ahora a comer todo el grupo que hemos compartido guardia de stand en un restaurante que ha elegido Alberto. Los delegados, los de marketing y los dos del

departamento médico. Me ha sorprendido que mi hermano fuera tan solícito de hacer una reserva y comer con la tropa, hasta que Rafa ha comentado que la idea de llevarnos a comer era de Luis García, el director general que parece

ser que está por aquí, aunque yo no lo he visto en toda la mañana.

Eduardo se disculpa y desaparece alegando una comida con un cliente, no sin antes hacerme un gesto para que le llame para la cena de la noche. Mientras esperamos a Luis García para marchar todos juntos, me siento en una silla frente al stand, desde donde puedo ver, pero no ser visto y abro mi libreta de tapas negra.

“Antes de la primera hora de experiencia en un congreso, ya he descubierto que

en este congreso la zona comercial no era vía de obligado acceso a las distintas salas donde hay sesiones; lo cual implica que los médicos deben acercarse a la zona de los laboratorios sólo si así lo desean. Estaba convencido que a los médicos a los que he pagado la inscripción tendrían la deferencia de pasar a saludarme a la hora del café —coffee-break le llaman— para agradecerme que les haya pagado el congreso. No ha aparecido ni uno y me consta que todos estaban porque he confirmado en la secretaría del congreso que habían recogido la documentación.

Conclusión: la industria hace una inversión bestial pagando unos stands muy caros que permiten que sea viable la organización del congreso, la misma industria financia prácticamente la totalidad de la asistencia de los médicos y éstos no son capaces ni de pasar por el stand para dar las gracias.”

En el restaurante evito sentarme cerca de mi hermano porque lo último que me apetece es que me venda a Luis García. Me siento al lado de Julia, una compañera de Galicia con la que en la última reunión charlamos un rato cuando nos juntaron para un grupo de trabajo. Le explico la conversación que he escuchado en el congreso y que me ha dejado alucinando, y ella me comenta que llegó ayer con un grupo de médicos y que además de llevarlos a cenar, los clientes tenían ganas de marcha y acabaron en una discoteca.

—Volví al hotel a las cuatro de la mañana cansada y medio borracha por contentar

unos médicos que jamás serán mis amigos y eso no me garantiza una sola

receta a la

vuelta. Es probable que hoy vuelvan a la discoteca con los de Sanven, Primion o Festifarma, y el lunes no se acordarán ni de unos ni de otros y pondrán algún genérico porque son médicos responsables con el gasto farmacéutico. Cada día me dan más asco, son chusma sobrevalorada.

No he sido consciente de lo agotador que es pasarse un mañana entera de pie en

un stand hasta que he llegado a casa y me he sacado los zapatos y la corbata que hoy sí me han obligado a ponerme. Y si ya estaba agotado físicamente, la vuelta al congreso después de la comida para cazar médicos para organizar la cena me ha desquiciado mentalmente. Casi tres horas para cerrar una cena con cinco doctoras que por suerte aún no habían sido invitadas por otros laboratorios. Tengo apenas un par de horas para ducharme y relajarme un poco antes de salir hacia el restaurante que Fede me ha

reservado y que me ha asegurado que era del gusto del imbécil de nuestro jefe.

Justo cuando iba a meterme en la ducha suena el móvil. Sea quien sea ya llamaré

después, ahora necesito ponerme bajo el agua. Conecto la radio que tengo colgada en la ducha y suena una canción del último disco de Jamie Cullum.

Seco el cabello con la toalla, suavemente como me dijo mi peluquera, me pongo

los tejanos de estar por casa y una camiseta, cojo el móvil y me pongo en el sofá a mirar un poco la tele. Miro la llamada perdida, es un número que no conozco y no tengo memorizado. Tal vez es Zarazaga desde otro teléfono... no sé qué hacer...

¡venga!, mejor devolver la llamada no vaya a ser una de las clientes invitadas a cenar o algún cliente que ronda por el congreso y le comente a Eduardo que no le contesto las llamadas como hizo el cabrón de Zarazaga.

—Hola Paco... soy Lidia, que... que Eduardo me ha despedido.

No sé si la ausencia repentina de Eduardo a la cena ha sido debida a lo que había

ocurrido con Lidia, pero sí he dado gracias a no sé quién de que finalmente mi jefe me haya dejado sólo en una cena en la que no sé si hubiese podido aguantarme sin pedirle explicaciones por el repentino despido de mi compañera y amiga.

No sé exactamente por qué hasta el día de hoy sólo me había fijado en las maldades entre el colectivo médico masculino y no había prestado la menor atención a las aprendices de Diosa. Supongo que era por causa de mi tendencia a venerar el género femenino y negarme a encontrarles nada negativo más allá de si son poco agraciadas, tienen más o menos pechos, o el culo más o menos caído. Pero esta noche he descubierto que ellas también saben aprovechar nuestras debilidades. Para evitar sustos, Fede me ha dicho que cerrara un menú y eligiera yo el vino o el precio se dispararía seguro. No le he hecho caso, y no por hacerme el listo, sino porque precisamente he pensado que siendo doctoras serían más discretas y contenidas a la hora de elegir sus platos. Si me he equivocado con los platos, lo del vino me ha convencido que lo de los jeta de los médicos incluye a las médicas. Pensaba que para elegir sin manías un reserva “Pago de los Capellanes” a precio de restaurante era necesario tenerlos bien puestos y que era un acto más masculino, amén de tener mucha cara, pero no, esta noche me ha quedado claro que no es un tema de cojones. Y es que entre todos los laboratorios hemos invitado prácticamente la totalidad de facultativos del país a cursos de catas de vinos con lo que no es de extrañar que cuando los llevamos de restaurante sepan elegir reservas y huyan de vinos jóvenes a seis euros.

No sé qué pasará cuando pase la factura por nota de gastos, pero dado que en ese momento lo mínimo que le deseo a mi jefe es la muerte tras tortura, no he podido evitar una sonrisa de satisfacción cuando he visto que ésta superaba los seiscientos euros.

Después de todo, cuando le he llamado para comentarle quienes eran las clientes invitadas, me ha dicho que había acertado porque son grandes prescriptoras de nuestros productos y hacía tiempo que no teníamos un detalle

con ellas. Cuanto menos hay que decir que son cinco mujeres divertidas y con ganas de reírse, y la cena ha sido

una constante de chistes y anécdotas de hospital que me han divertido. Y para que definitivamente se alejara de mí la idea que saber sacar pasta a los laboratorios era cosa de hombres, no se han cortado un pelo cuando una de ellas me ha comentado:

—En un par de meses tenemos el congreso de Londres... ¿vais?

—Sí, sí, el otro día lo comentaban en una reunión y el jefe nos decía que aún no

tenían decidido si organizamos grupo o no.

—Pues cuenta con nosotras dos —y señala con un dedo una de ellas.

—Tomo nota... ¿pero si no hay grupo, que preferís: inscripción, hotel o viaje?

—Paco... no seas rancio que en Lantec hace años que nos conocen y a ti también

te cuidamos mucho... a nosotras no nos gusta mendigar a la industria; nos lo arreglas todo que sabes que a Lantec os queremos mucho... y a ti especialmente. —y provoca la

risa exagerada de todas

Al salir del restaurante, cuando por los comentarios de agotamiento de un par de

las doctoras creía que la noche había tocado a fin, las otras tres parecía que de agotadas nada de nada y han empezado a proponer locales para el gin-tonic de turno.

Las doctoras agotadas se han despedido con besos efusivos por tan exquisita y agradable cena, y las otras tres se han subido a mi coche, pues ellas, como ellos, también están acostumbradas a que ejerzamos de chóferes cuando organizamos cenas o

cualquier evento.

Nos hemos metido en una coctelería que conocían ellas y en la que me he sentido

como un adolescente vista la media de edad que poblaba el local, que como mis acompañantes no bajaba de los cuarenta. Una de las tres no se ha terminado el coctel muy extraño de color azul que ha pedido, pero las otras dos, curiosamente las dos que se habían apuntado a la cena por ir con las otras tres pero que eran doctoras que no visitaba yo sino mi compañero Fede, además de ganas de más alcohol no han tardado

en tirarme los tejos cada vez con más descaro. A pesar de que ninguna de las dos tiene la clase y belleza de Mónica o Patricia, mis maduras preferidas, sus constantes insinuaciones y juegos de palabras han hecho su efecto y no he podido evitar aceptar una última copa en casa de una de ellas. Las cervezas del aperitivo, el Ribera del Duero, y el par de cócteles, me han desinhibido lo suficiente para lanzarme sin esperar más juegucitos de las doctoras y les he propuesto que empezaran ellas para calentar motores; a lo que se han apuntado sin pensarlo dos veces, lo que me hace deducir que lo de follar a tres estas dos lo hacen a menudo. Mientras me voy quitando los pantalones para satisfacer a las doctoras, el móvil se me cae del bolsillo y, viendo el espectáculo que tengo delante, un acto reflejo más propio de mi colega Peter que mío, me hace abrir la aplicación de la cámara y hacer un par de fotos mientras estas dos galenas se comen entre ellas. Que no se folle uno cada día un par de doctoras a las que les va el rollo bollo, y sin pruebas, Peter y David no me creen seguro. Cachondas como están, no se han enterado que acababan de ser immortalizadas tanto para presumir ante los colegas como para futuras pajas; vuelvo a dejar el móvil en el bolsillo y decido,

ahora sí, unirme a la fiesta y ganarme el sueldo de Lantec Pharma. ¡La de cosas que hay que comer para llevar un plato de sopa a casa! Dos culos y cuatro tetas maduras para mi solito... ¡Qué bueno es esto de la industria farmacéutica y que grande eres Paco!

Me ha despertado que serían las cuatro de la madrugada una de ellas, ahora ya sé

que la más viciosa de las dos, cuando se ha levantado para vestirse.

—Tengo que volver a casa o mi marido se preocupara por mí. —se ríe mientras

se pone las medias y me doy cuenta por primera vez que no es ninguna belleza, pero

tiene los pechos más grandes que jamás he degustado.

—Tú puedes quedarte a dormir cielo. —me dice la que aún tengo desnuda a mi lado— no aparecerá ningún marido...

—Bueno guapos —se acerca a besar a su colega y a mí— esto hay que repetirlo,

¿de acuerdo?

—No te preocupes, no se escapará sin dejarme su número de móvil... ¡venga!

lárgate ya que Paco y yo estamos desvelados y a ti te espera tu maridito... ja, ja.

—Qué mala eres... y, por cierto, Paco, tu igual conoces a mi marido por la zona

que has dicho que trabajabas... visitas médicos de familia, ¿verdad?

—Sí claro, si está en mi zona de trabajo... ¿cómo se llama?

—Zarazaga, Pablo Zarazaga.

11

Hacía tiempo que no iba a casa de Alberto y Mónica, por lo menos para temas familiares. A pesar de que mi nueva vida laboral me ha obligado a ser más puntual, empiezo a estar hasta los huevos que todo el mundo me diga que por fin he madurado.

Así pues, decido perder tiempo entrando en un bar a tomarme una Voll-Damm acompañado con mi *Moleskine*. Hace días que la tengo descuidada y tengo mil cosas que apuntar; llevo un tiempo pensando que lo que estoy viviendo en este mundo no es real y no por personajes como Pablo Zarazaga o por su esposa, la Dra. Carmen Puentes, la más viciosa de las maduras hasta hoy catadas; después de todo, aunque algunos doctores y doctoras se creen seres que viven en un universo superior y distinto; la realidad es que son como el resto de la sociedad, les gusta follar y, aunque parezca mentira, no mean colonia y por su culo sale lo mismo que al resto de los humanos. No, no son esos los personajes que me desconciertan, sino médicos como el Dr. Perramón, por ejemplo, al que visité ayer con la idea de hacer el seguimiento posterior al congreso americano siguiendo las instrucciones de mi jefe.

—Después de un congreso como el de San Diego, hay que visitar al cliente para

interesarse si todo ha ido bien y si el trato de Lantec ha sido de su gusto; pero sobre todo, hay que visitarle para que no olvide quien le ha llevado a los Estados Unidos con todo pagado. —me dijo Eduardo.

Lo que no podía imaginar es que el Dr. Perramón al verme en la sala de espera me

hiciera pasar a pesar de que tenía bastantes pacientes esperando a ser visitados, y sin darme tiempo ni a sentarme al entrar en su consulta, cerró la puerta y de pie delante de ésta, al más puro estilo Zarazaga, me tiró la caballería encima.

Salí de la consulta tan desconcertado, pero a la vez tan cabreado, que tardé un rato en sacar mi *Moleskine* del bolsillo, y antes de anotar nada en ella, apareció Paula por detrás.

—¡Paco! —me dio dos besos.

—¡Hola guapa!

—Cómo llevas el tema del médico aquel, ¿has sabido algo de Lola?

—No, aún no. Llevo unos días sin tener noticias de él; igual por fin ha decidido

pasar de mí y de las... esas... no sé...

—¿Te pasa algo?

—No... este tío —señalo la consulta del Dr. Perramón— me acaba de pegar la bronca padre porque el director general de Lantec volvió de San Diego en primera y él no.

—¿Y te extraña?

—Es alucinante. No tengo ni idea porque Luis García volvió en primera, supongo

que tendrá tarjeta VIP o algo así, pero da igual, es el director general de la empresa y viaja como le sale de los huevos porque es la empresa en la que trabaja quien paga

¿quién coño es él para quejarse si ha viajado gratis? ¿pero qué hostias les pasa a estos médicos? Y encima, ¡el tío apenas me receta Diaomin!

—Ya te lo he comentado muchas veces, es culpa nuestra por consentirles

demasiado... yo estoy convencida que Perramón no es consciente que hace el ridículo abroncándote por algo así, es que si lo gravas y luego se lo pasas probablemente él mismo se moría de vergüenza; son como los niños de familia rica, se lo consienten todo y crecen siendo arrogantes y maleducados....

—Sí, sí... y en este caso nosotros, bueno, nuestras empresas son los padres ricos...

¡buen ejemplo Paula! —me entusiasmé con las palabras de Paula

—Caramba, ¡gracias guapo! ... ja, ja... fijate, en una escala menor pero parecido a lo de Perramón; la semana pasada estuve en unas jornadas que organizamos con médicos de familia en Santiago de Compostela...

—¡Joder que suerte! Yo aún no he salido de aquí...

—Ya lo harás... lo que te decía, organizamos una jornada y me llevo un total de

diez médicos a todo lujo. Ya sabes, un poco de ciencia por la mañana y por la tarde a pasear por la ciudad; unos vinos aquí, unos vinos allá, y a cenar percebes y lo que caiga... lo de siempre. Pues el primer día, los autocares que nos tenían que recoger en el palacio de congresos para acercarnos a la catedral donde veríamos funcionar el botafumeiro...

—¿Pero eso no lo hacen en días señalados? Lo recuerdo de una vez que colaboré

en un artículo cuando trabajaba en el periódico.

—Sí, pero si pagas los curas son como los médicos... ja, ja...

—¡Joder! Y ahora me dirás que vosotros pagasteis para que los doctores vieran el

botafumeiro en marcha.

—Efectivamente! Total... que los autocares se retrasaron por no sé qué motivo.

No pasa nada, no teníamos prisa porque el botafumeiro no se pondría en marcha hasta llegar nosotros; así pues, la mayoría estábamos comentando la jugada en la entrada del congreso tan relajados, y de pronto, se me acerca un médico que siempre tuve por un tipo educado, algo friki porque no sabe hablar de otra cosa que, de medicina, igual lo conoces, Enrique Canela...

—No, no me suena.

—Total, que el Canela se acerca dónde estábamos todos esperando y empieza a quejarse de forma vehemente por la mala organización, que llevábamos quince minutos esperando, que eso era impresentable... ¿a ti te parece normal? No tenía otra cosa que hacer, estaba invitado por nosotros, ¿de qué te quejas mamón? ¡Vas a ver algo que nunca veras fuera de las fechas señaladas y sin pagar un puto euro!

—Lo que decías, la industria los ha malcriado de tal forma que se creen con derecho a quejarse de todo, aunque no paguen nada... ¡joder! ¡Es que nunca pagan nada!

y lo peor es que la gente desconoce este comportamiento de los señores doctores.

—Sí, y nosotros somos los malos... pero claro, como no van a comportarse así, si

luego los invitamos a ir de putas... —se rio picarona Paula— se nos acostumbran mal...

—Sí, es que hay cada visitador... ¡Qué vergüenza! —le seguí el juego.

Me quedé en el hospital con Paula para ver al resto de médicos; el Dr. Riera, educado como siempre, me dio las gracias por el congreso y me comentó que se había

sentido muy bien tratado por Lantec; por suerte éste, además de médico sí es un ser humano normal y no hizo ningún comentario sobre Luis García.

Nos fuimos a comer con Paula y olvidé por completo apuntarlo todo en la *Moleskine*.

Termino la Voll-Damm, cierro la libreta a la que sólo le queda una hoja, y me dirijo, ahora sí, a casa de mi hermano. Es una fiesta de cumpleaños, pero a mí sólo me interesa hablar con mis hermanos del despido de Lidia; uno por firmar su despido y el otro por provocarlo.

Alberto me abre la puerta con un globo en la mano y una copa de cava en la otra e

intenta darme uno de sus abrazos que evito con una finta al más puro estilo Messi. Hay mucha gente. Le doy dos besos a mi madre, un beso a mi sobrina Marta y, le doy el regalo que me ha comprado Jennifer. Patricia me da dos besos y yo la estrecho un poco para sorpresa de mi cuñada que no rechaza, y Mónica sonrío desde atrás y ocupa el lugar de su cuñada en el abrazo y los

besos.

—Hola guapo —me dice al oído— ¿qué pretendías con Patricia?

—Nada... por un instante olvidé que ahora soy un tío formal. —y evito, a pesar

de las ganas, bajar la mano por su espalda para saber si hay tanga o nada como era costumbre en mí.

—No te has traído tu bomboncito... —me dice sin apartar su cara de la mía en una situación incómoda incluso para mí.

—Se ha ido a pasar el fin de semana con su madre.

Miro a mi alrededor. Veo los padres de Mónica a quien saludo educadamente, muchos niños y niñas compañeros de escuela de mi sobrina, y amigos de Alberto y Mónica. También veo la madre de una amiga de Marta, una chica de la que no recuerdo el nombre, pero sí la recuerdo de hace un par de años en una fiesta como la de hoy en

la que acabamos follando en el baño; entonces Mónica y yo aún no nos habíamos liado.

Me mira inquieta y desvía la mirada incómoda. No quiero ser un problema con el que

parece ser su marido y dejo de observarla para servirme una copa de cava antes de acercarme de nuevo a Patricia para preguntarle por mi hermano Javier.

—Javier está en una jornada en Madrid con tu empresa, ¿no lo sabías? —me dice

con una cara que no puede simular felicidad por estar sin marido.

—No, no lo sabía... pareces contenta de quedarte sin marido. —le digo al oído

para superar el ruido que organizan los críos.

—Sin marido y sin hijos, están de fin de semana en casa de mi hermana, en el pueblo.

—¿Y no te aburrirás tan sola?

—Cuando tienes tres hombres en casa que no saben hacer nada sin mí, créeme, sólo estando tumbada en el sofá con el mando a distancia propiedad de tu hermano, tengo más que suficiente.

—Si se te hace extraño ser propietaria del mando a distancia, puedo venir a cambiarte los canales. —y justo al decir esto me doy cuenta que tengo delante a Patricia y no a Mónica. Mis aventuras con maduras me están traicionando.

Observo que se ha sonrojado y desearía pedirle perdón por el comentario algo atrevido, pero llevo deseando esta mujer desde que tengo dieciséis años, es la primera vez que me dejo llevar y, tengo curiosidad por saber cómo reacciona.

—Mónica me ha comentado que sales con una chica. —que lista es, esta no la esperaba.

—Bueno, salir... no... bueno...

—Paco... —se ríe Patricia poniendo una mano en mi hombro que transmite corriente eléctrica.

—Sí, sí... de acuerdo, estoy con una chica que se llama Jennifer y me gusta mucho. —es la primera vez que lo reconozco ante alguien.

—Me alegro mucho por ti... pero eso anula las posibilidades que te vengas a hacerte dueño del mando a distancia en ausencia de tu hermano. — ¡Uau!, ¡Patricia!, es una Mónica en potencia como siempre sospeché.

—He dicho que estamos bien, no que sea mi novia. —¡Uf! Comentario estúpido de adolescente caliente, Paco.

—¿Y lo de, Jennifer...? —se ríe con ganas y se le marcan unas pequeñas

arrugas

al lado de los ojos que la hacen más deliciosa. Aquel par de maduras doctoras me dejaron seco comiéndomelas a dúo y dándome de comer fruta madura, pero comerse una mujer como Patricia debe ser algo de otra dimensión.

Le explico que se llama Jennifer porque su madre es de Boston, a pesar de que ella ha crecido en Granada, donde la madre es profesora en la universidad. Su padre vive aquí y ella se ha venido para hacer un postgrado en gestión de la innovación de la empresa.

—¡Caramba, Paco!, cuando te pones, te pones...

—Yo siempre salgo con chicas con estudios.

—Pues ese debe ser el motivo que conmigo no te has atrevido nunca. —me dice

pasando un brazo por mi cintura y con la boca rozando la oreja.

—¿Qué conspiráis, vosotros dos? —pregunta Alberto, que como siempre llega cuando menos se le espera.

—No me habías dicho que Javier estaba en una jornada en Madrid. —le digo poniéndome muy serio.

—Porque no es cliente tuyo y no soy tu jefe directo; no he de informarte de todo lo que hacemos en Lantec Pharma.

Patricia ha detectado un punto de mal rollo y cuando está a punto de dejarnos, le

cojo la mano para que no se mueva de mi lado.

—Pero sí sabías que Lidia era amiga mía y podías haberme dicho algo.

Mónica observa que algo no va bien o ha sido Patricia que le ha hecho un gesto y

se acerca dónde estamos los tres.

—Alberto... Paco, ahora no... —dice Mónica.

—Ha sido mi jefe por orden tuya y porque te lo pidió tu hermano mayor. —
insisto

con más vehemencia.

Las dos mujeres se han mirado y su cara de desconcierto ha puesto más nervioso a

Alberto.

—Como hermanos podemos discutir de lo que quieras, como jefe tuyo no
pienso

darte ni una sola explicación de los motivos de un despido por muy amiga tuya
que sea.

Se ha dado la vuelta y nos ha dejado a los tres sumidos en un silencio que ha
roto

mi padre que se ha acercado para llenarlos las copas de cava, probablemente
porque

había observado lo que pasaba y, conociéndome, ha venido para detenerme de
lo que

intuye que voy a hacer; seguir a Alberto y no dejar que mate el tema como ha
hecho ahora y toda la vida.

—¿Me lo explicarás lo que le acabas de decir a tu hermano de mi marido? —

pregunta Patricia cuando mi padre se ha despistado con un niño que le ha
pedido que le hinchara un globo.

Le hago un sí con la cabeza y salgo detrás de Alberto que al verme aparecer pone

cara de resignación y me indica que le siga a su habitación.

—¡Es una vergüenza, Alberto! Lidia es una profesional excelente y mejor persona.

—mi tono de voz no es suave.

—No grites, que nunca has sabido discutir. —tiene las narices de decirme, él, que

nunca quiere discutir— Tu querida Lidia se quejó de tu hermano mayor, con eso deberías tener suficiente.

—Se quejó de un médico arrogante que la menospreciaba, que sea nuestro hermano aún es más vergonzoso.

—Eso es lo que te decía ella...

—Y que yo me creo.

—Da igual, una delegada que se queja es un problema que hay que cortar de raíz.

—¡Hostias, que huevos tienes!, o sea... ¿que está prohibido quejarse de nada?

—¡Basta, Paco! No tienes derecho a ponerme en un compromiso en mi casa y en

una fiesta de mi hija... y en el trabajo estate por lo que hay que estar o...

—¿O...?

No me ha respondido, ha salido de la habitación y de nuevo he salido tras él, pero

ha sido Mónica quien me ha frenado y me ha hecho entrar de nuevo en la

habitación que ha cerrado para mi sorpresa. Me ha cogido de las manos y me ha besado en los labios más en un acto de calma que de deseo. El hecho de estar en su habitación, con un montón de gente fuera, incluido su marido, sumado a la rabia que llevo dentro, ha provocado que apareciera el Paco de siempre. Le cojo la cara con las manos como sé

que le gusta, introduzco mi lengua en su boca y me ofrece la suya mientras mis manos bajan hacia su culo y le subo el vestido para sentirlo en mis manos.

—Ahora mismo pagaría por follar contigo a pesar de saber que tras esa puerta está toda mi familia, pero aún no he enloquecido del todo, Paco.

Patricia abre la puerta de la habitación intrigada por mis palabras sobre su marido y lo primero que ve es el culo de Mónica bien agarrado por mis dos manos.

Mónica se aparta rápida por el susto, y el vestido se le queda subido y deja parte

del culo a la vista de Patricia, que rápidamente sin evitar una sonrisa de complicidad se le acerca para ponerlo bien.

—Podía haber sido cualquier otro... menuda pareja. —dice Patricia sin borrar una sonrisa divertida. No sé porque nunca había calibrado la posibilidad que alguien nos descubriera y me quedo callado sin saber muy bien que hacer.

—Sí... sí, tienes razón... lo he visto tan nervioso... ¿me haces un favor, Patricia?,

llévate a Paco a cualquier sitio...

He salido de la habitación con Patricia medio desconcertado al ver que esta no ha

dado la mínima importancia a lo que acababa de ver.

—¿Qué está pasando, Paco? ¿Me lo quieres explicar? —me dice mi cuñada mientras andamos hacia la sala de estar.

—¿Lo dices por lo que has visto...?

—No... eso no, lo digo por lo que has dicho de mi marido.

—Después... ahora tengo que encontrar a Alberto... no tengo intención de dejar

que cierre la discusión.

—¡Paco!, por favor, se un poco más maduro, no es el momento ni el lugar...

—me

agarra del brazo— espera que coja el bolso y la chaqueta y nos vamos.

No recordaba haber visto nunca una Patricia tan decidida y menos conmigo.
Nos

hemos marchado de la fiesta sin despedirnos de nadie, y me he dejado llevar por ella que ha decidido llevarme a su casa y dejarme jugar con el mando del capullo del Dr.

Albano, mientras ella preparaba algo de cenar y abría la primera de las botellas de vino que nos hemos bebido.

Mientras conduzco hacia el Hospital de la Marina, intento recordar una canción que Patricia me hizo escuchar más de una docena de veces la noche del sábado. Es un tema de Michael Bublé que canta con alguien que no recuerdo llamado “Wonderful Tonight”. La verdad es que fue una noche de las que no olvidaré en años, sobre todo porque fue la noche donde descubrí la verdadera Patricia y tuvimos una charla transparente y alejada de los obligados tópicos familiares. Si bien es cierto que por un instante llegue a imaginarme que las confesiones mutuas nos llevarían a la cama, ella, que me conoce lo suficiente y me contó que siempre ha sabido de mi lío con Mónica,

me puso las cosas claras antes de que el vino nos llevara a algún equívoco. No tuve el placer de gozar del cuerpo de mi otra cuñada, y de esta forma tener mi pequeño gesto de solidaridad hacia Lidia poniéndole los cuernos al médico responsable de su despido. Pero no me importó, porque ahora sé que los

arrogantes de mis hermanos son cornudos los dos, y en el caso de Alberto por partida doble. Su mujer Mónica, se ha estado follando a sus dos cuñados, es decir, a un servidor y a Patricia. ¡El mejor de los guiones! “Sólo ha pasado en un par de ocasiones que nos quedamos solas, bebimos mucho y nos apeteció experimentar”, me contó Patricia. A mí no me hizo falta la segunda botella de vino para pedirle que experimentáramos los tres, en el que, sin duda sería, el mayor acto de perversión y venganza que jamás hubiera podido imaginar. Pero ella, madura y serena, me respondió que por ese motivo eso nunca ocurriría, porque si no sabemos poner límites podemos acabar en un pozo de perversión demasiado peligroso. Evidentemente, se lo discutí y le imploré el meternos de cabeza al pozo de la perversión mientras me iba poniendo caliente, imaginando lo que tantas veces había hecho mientras me la pelaba, y que ahora sabía que había sido realidad y no producto de mi calentura mental.

No sólo no pasó nada entre los dos, sino que tuvo la capacidad de hacerme reflexionar que, si Jennifer me gustaba más allá del simple deseo sexual, debía alejarme de Mónica y cerrar ese capítulo de mi vida. De lo que supuse al entrar en su casa, que sería la noche en la que, por fin, la más bella de las mujeres de la familia, más incluso que Mónica, yacería desnuda a mi lado, acabó con sentimiento de culpa por mi parte y convencido que tal vez sí que por Jennifer sentía algo hasta ahora desconocido por mí.

Cuando le expliqué lo ocurrido con Lidia, le supo mal pero no se extrañó lo más

mínimo y me contó que no era la primera vez. En palabras suyas, Javier es un médico

arrogante y soberbio como los hay a decenas que siempre ha sabido aprovecharse de la industria farmacéutica y más del hecho de tener un hermano bien posicionado en ésta.

Me explicó como durante años tuvo una cuenta abierta en una agencia de viajes y los laboratorios le hacían ingresos; igualito que lo que me contó Lola de Zarazaga y otros.

La mayoría de viajes durante las vacaciones los han pagado diversos laboratorios a cambio de tener el favor en las recetas de mi hermano. De la

misma forma que siempre que iban a comer o cenar con ella o incluso con los niños, guardaba las facturas de los restaurantes y después las pasaba a algún visitador. Los ordenadores de los niños pagados por un laboratorio, los de la consulta privada, los tres televisores y lo que según ella no quiere ni imaginarse. Me explicó como en un viaje a Venecia durante un congreso al que ella pudo acompañarle gracias a la generosidad de algún visitador, ella misma llegó a pasar vergüenza cuando vio como Javier era capaz de guardar incluso los tickets del vaporetto para poder pasarlos al visitador que había pagado todos los gastos del viaje, para que se los abonara.

A pesar de todo, no evitó hacer una leve defensa de su marido al decirme que este

comportamiento no es que sea más o menos corrupto, es que durante muchos años ha sido algo de lo más normal y habitual entre los médicos, y los que lo niegan, o comentan que ellos no, mienten descaradamente. Según Patricia, en defensa de Javier habría que reconocerle que a pesar de su arrogancia y lo ocurrido con Lidia, es un médico fiel a los laboratorios que le ayudan, con Lantec sin duda a la cabeza. Me explicó el caso de algún colega de Javier que durante años han utilizado a los laboratorios para su propio beneficio, cuando le interesa no duda en llamar la puerta del laboratorio de turno, y cuando son estos los que van a buscarle les responde que él es éticamente incorruptible y no se casa con ningún laboratorio. Entre las muchas cosas que me explicó Patricia, una de ellas la anoté nada más salir de su casa.

“Por algún motivo desconocido, los médicos tienen una memoria muy corta respecto a su relación con la industria farmacéutica. Hoy les pagan un congreso en cualquier rincón del planeta y al día siguiente no tienen tiempo para atender al delegado del laboratorio. Les gestionan una beca para una estancia en un hospital del extranjero y, años después, cuando se han hecho un nombre o tienen un cargo, no quieren ni recibir al delegado del laboratorio que le ayudó en su propia formación.

Formación que sin la ayuda de los laboratorios jamás podrían desarrollar porque evidentemente los hospitales no tienen capacidad económica para mantener programas de formación.”

Cuando ya llevábamos dos botellas de vino, Patricia me preguntó qué narices

hacía yo, un periodista joven y con futuro, trabajando en un sector tan raro y poco claro. Cuando empecé a hablarle de las *Moleskines*, corrió a la cocina a por la tercera botella de un vino excelente del que no recuerdo el nombre y que según ella era un obsequio que cada año llegaba de un laboratorio.

Y ahora estoy en el Hospital de la Marina esperando al jefe de servicio para hacerle entrega de una revista médica americana que me hacen llegar cada mes desde

la central, y a la cual el Dr. Francisco Canales está suscrito a cuenta de Lantec Pharma.

Porque, además del café, los médicos tampoco pagan las revistas médicas.

No he pedido cita para verlo, cosa imprescindible para poder hablar con Canales,

pero confío que el hecho de llevarle la revista —la cual he descubierto que la suscripción anual supera los dos mil euros— me sirva para que no me ponga trabas al hecho de no tener cita previa.

Lo veo llegar por el fondo del pasillo con su andar tranquilo; llevo más de una hora esperando y justo ahora me suena el móvil, ¡hostia puta! Esto es acoso en primer grado, este tío está loco.

—Pablo, ahora no puedo hablar...

—No puedes nunca... haz el favor de... —he cortado la comunicación cuando el

Dr. Canales ha llegado a la puerta de su despacho y me ha fulminado con la mirada al verme hablar por teléfono.

—Esto no es su despacho, a hablar por el móvil váyase al suyo. —me dice mientras pone la llave en el cerrojo.

—Buenos días Dr. Canales. —aparece mi sonrisa más encantadora— Sólo he respondido precisamente para decir que no podía hablar, le traigo el Clínica

Advanced. —le entrego la revista.

—De acuerdo... —la coge sin mirarme a los ojos ni darme las gracias, entra en su

despacho y cierra sin decirme nada más.

—Perdone... —intento evitar que cierre del todo la puerta sujetándola con la mano.

—¿Qué hace?, tengo mucho trabajo, ya sabe que para hablar conmigo hay que pedir hora a la secretaria. —y cierra con tal fuerza que he de sacar la mano para evitar que sea destrozada.

Inmóvil ante el despacho del médico más antipático y probablemente más

malcarado que ha dado la medicina, intento respirar hondo para evitar lo que hace tiempo tengo ganas de hacer... sé que no debería hacerlo, pero...

Golpeo suavemente la puerta.

—Usted es muy pesado. —me dice Canales al abrir la puerta con una cara que asusta.

—Y usted un mal educado...

—¿Perdone? ¿Pero usted es consciente de con quien está hablando?

—Le traigo el Clinical Advanced cada mes; una revista cuya suscripción supera

los dos mil euros. Desde que les visito yo, les he pagado un montón de colaboraciones entre congresos y otras necesidades para el servicio; ¿y tiene la indecencia de no

responder ni los buenos días, no darme ni las gracias, cerrarme la puerta en las narices, y hacerme pedir hora cuando la da a tres meses vista, para hacerle entrega de una revista mensual que le paga mi empresa? ¡Usted es un desgraciado que debería ser expulsado del colegio de médicos!

No lo he visto, la verdad es que, a pesar de su aspecto de vagabundo, ha sido muy

rápido. El puñetazo me ha tumbado al suelo, la nariz ha empezado a sangrar y el techo blanco del pasillo ha empezado a moverse hasta oscurecer del todo.

Un dolor muy intenso en la nariz me hace abrir los ojos y tocármelo instintivamente cuando una mano aparta la mía.

—Llevas una torunda para cortar la hemorragia; no te lo toques y en diez minutos

te la saco. ¿La cabeza te duele? —me dice una enfermera.

—¿La cabeza?, no... —y me toco detrás— ¡hostias!, menudo bulto me ha salido,

¿estoy en urgencias?

—Sí, te has golpeado la cabeza al caer y por eso has perdido el conocimiento; tendrás que quedarte unas horas en observación.

La enfermera se va del box y veo a mi lado un guardia de seguridad del hospital

que me observa con cara de desprecio.

—Se te va a caer el pelo chaval, ¿cómo se te ocurre agredir a un médico?

—¿Yo?, pero si ha sido él el que me ha dado una hostia, ¿no lo ves? —hablo con

una voz nasal ridícula por culpa de la torunda inmensa que llena el agujero derecho de mi nariz.

—No es lo que dice él, estamos esperando la policía.

Y me deja alucinado al responder por el walki alguna cosa como: Charly

bravo,

el pájaro está en urgencias, espero órdenes, alpha bravo... ok, corto.

12

Sentado en una silla, espero que Eduardo y Alberto me hagan pasar al despacho.

No tengo ni idea de si volverán a leerme la cartilla, ahora de manera oficial, o me despedirán.

Apenas han pasado tres días desde el incidente con el Dr. Francisco Canales y la

nariz aún me duele. Por suerte, no me la rompió y en la cabeza parece que no se ha estropeado nada. Canales decidió no poner ninguna denuncia por acoso después que Alberto hablara con él, y la policía no perdió mucho tiempo tomándome declaración.

Fue el propio Canales quién llamó a Eduardo y éste a Alberto, para explicarle lo ocurrido y que yo estaba en urgencias. El primero en llegar donde yo estaba fue Eduardo, mientras que Alberto prefirió pasar a lamer el culo de Canales antes de saber cómo estaba su hermano. Eduardo, poniendo su mejor cara de estúpido a quién sí le darías hostias sin parar, me increpó lanzándome su halitosis sobre mi cara entumecida, ante el guardia de seguridad que a pesar de que los policías se habían ido él seguía con el walki en la mano esperando las “órdenes” de no sé quién.

Cuando finalmente Alberto apareció por urgencias, tuvo los huevos de pedir disculpas al guardia de seguridad antes de preguntarme como estaba y, pedir, junto a Eduardo, si podían salir para poder hablar conmigo en privado. El guardia respondió con un sí contundente, y por un instante pensé que quizás era con Alberto con quien hablaba por el walki y esperaba las “órdenes”. A Eduardo sólo le faltó ponerse firmes antes de salir del box y dejar el aire limpio de halitosis.

Estos tres días me los he pasado en casa para hacerme bajar la inflamación de

la

nariz y recuperarme como me recomendó el médico de urgencias; y para meditar sobre

mis actos, como recomendó en urgencias el jefe de ventas y hermano, Alberto Albano.

El móvil lo he tenido apagado para evitar el pesadillas de Zarazaga, y el tonto de mi hermano le dio el número del teléfono fijo a Eduardo que me ha llamado un par de veces para tocarme los huevos con la planificación mensual.

Jennifer no me ha dejado solo ni un momento y me ha cuidado como no recordaba

desde que era pequeño y mi madre me mimaba cuando estaba enfermo. Han pasado por

casa David y Peter y casi los tuve que echar de casa porque no paraban de descojonarse y hacerme reír, cosa que me provocaba un intenso dolor en la nariz.

Mónica y Patricia han venido a visitarme juntas, y al verlas hablando con Jenni esta vez no se produzco el efecto que antes habría producido en mí. Estuvieron mucho tiempo charlando las tres sobre mí como si yo no estuviera. La mujer que me hacía llegar al Nirvana, la mujer que nunca tendré, y la mujer que me ha hecho sentir cosas más allá del sexo.

El asunto, a día de hoy no ha trascendido entre los compañeros y sólo se lo he explicado a Lidia para hacerle saber que tal vez pronto iremos juntos a la oficina de empleo. Ella, tierna como es, tuvo un sentimiento de culpa cuando le expliqué que había pedido explicaciones a mi hermano, y que su despido, junto con la presión cada día más insoportable de la dirección de Lantec Pharma había sido la gota que me había provocado que perdiera los papeles y decir lo que le dije al Dr. Francisco Canales.

Una vez más, he omitido cualquier referencia a mi iniciativa de pagar putas a cambio de recetas con un médico que no me deja vivir y de mi investigación

periodística.

Eduardo sale del despacho de Alberto después de tenerme más de media hora esperando y me hace pasar poniendo cara de funeral. La misma cara que hace Alberto

cuando entro en el despacho y me invita a sentarme. He de investigar, y anotar en la *Moleskine*, si existen cursillos para directivos donde les enseñan a poner esta cara en la que parece que incluso los ojos se humedecen como si estuvieran a punto de llorar.

Esto han tenido que aprenderlo en algún lugar; un hijo de puta como Eduardo y un cornudo vanidoso como Alberto es imposible que tengan sentimientos.

—Bien, Paco... quiero que te quede muy claro que te está hablando el jefe de ventas del territorio donde trabajas... ¿de acuerdo? —asiento con la cabeza y el continúa— supongo que eres consciente que lo que le hiciste al Dr. Canales...

—Perdona, pero si me miras la cara verás que no fui yo quien le hizo nada...

—Déjame seguir, Paco, que siempre haces lo mismo, tu nunca eres culpable de nada, pero cuando tus hermanos...

—En qué quedamos... ¿eres el jefe de ventas o mi hermano?

—Eres... lo que ha pasado es muy gordo, mucho, pero hemos decidido darte otra

oportunidad. Evidentemente el Hospital de la Marina dejas de visitarlo; y a partir de ahora harás informes diarios a Eduardo de cada centro que visites y de lo que hables con los médicos.

Bajo las escaleras hacia la calle con la idea de tomarme un café y comer algo pensando que debería haberlos mandado a la mierda a los dos, pero me he reprimido

no sé si porque aún estoy algo tocado por el puñetazo de Canales, o porque he tenido una leve luz de madurez que me ha hecho pensar en el trasiego familiar

si mi hermano me despide, y además me interesa que esto dure más tiempo para saber más de este negocio. Tal vez se me fue la boca con Canales, pero él me mandó a urgencias y soy yo el que acaba siendo advertido y situado bajo control absoluto y permanente con informes diarios al hijo de puta de mi jefe. ¡Tiene huevos la cosa!

Con el café y un pequeño bocadillo que muerdo con cuidado porque me duele toda la cara incluso cuando abro la boca, abro una de mis inseparables libretas. No deja de ser ridículo que mientras trabajaba, o intentaba, de periodista, siempre me olvidaba de llevar una libreta para tomar notas. Tal vez Mónica tenía razón, tal vez me convenía un cambio radical como este para hacerme periodista de verdad.

“El sentido común y la industria farmacéutica son incompatibles”.

Aunque sin decírmelo, me han hecho entender que con tres días de reposo he tenido suficiente, así que decido irme al Hospital 24 de Abril donde quedan algunos médicos con aquello que se llama calidad humana; a pesar de que tampoco están enamorados de Diaomin, algunos me escuchan con la educación que la población ajena

a este mundo piensa que tienen todos los señores doctores. A propósito de esto de doctores ahora recuerdo que el otro día quería escribir una nota y no sé si lo hice. Justo en la entrada del hospital me detengo un momento para volver a abrir la *Moleskine*.

“¿Por qué se hacen llamar doctores, si el porcentaje con el doctorado es ínfimo

comparado con otras licenciaturas?”

“¿Por qué un doctor en biología, historia o derecho es un señor o señora y un

médico es un doctor o doctora desde el momento que tiene una licenciatura?”

“¿Quién dijo aquello de: clase alta, médica, media y baja?”

He visitado todos los médicos del Hospital 24 de Abril teniendo que explicar cada vez que me dieron un golpe de raqueta jugando a pádel. Es lo primero que se me ha pasado por la cabeza con el primer médico que he visitado; y no sé por qué, porque nunca he tenido en mis manos una raqueta, pero ha sonado lo suficientemente verosímil para hacerlos reír y así poder hacer aquello que siempre nos insisten en las reuniones y nos remarcaron en el curso de formación inicial: hay que hacer preguntas a los médicos para obtener información. Preguntas directas, indirectas, asertivas, y un montón de chorradas más que, como siempre, los de arriba que no han pisado jamás la calle, están convencidos que son fáciles de hacer.

Así pues, aprovechando el buen clima generado por causa de mi “accidente”, he

ido preguntando a todos los del servicio de endocrinología por qué el Diaomin no termina de convencerles a pesar de las ventajas que aporta según Lantec Pharma. Lo he ido anotando todo, en la agenda, no en la *Moleskine*, evidentemente, y he salido satisfecho por lo que me ha parecido un buen trabajo con ganas de irme hacia casa pues los pinchazos en la zona nasal volvían a hacerse presentes.

Justo cuando ya estoy en el coche una nueva llamada ha estado a punto de hacerme

perder los nervios y lanzar el móvil por la ventanilla. Me reprimo, me digo hasta aquí hemos llegado y ha llegado el momento de usar el arma que se me presentó de forma

inesperada. Antes, pero, tengo una llamada pendiente.

—¿Lola?, hola, soy Paco Albano, no sé si...

—Hola, Paco, no me había olvidado de ti, precisamente ayer estaba en casa del

hermano de Paula y estuve a punto de bajar a saludarte, pero era muy tarde y lo dejé.

—Tengo que cortar la historia con Zarazaga de una vez, no puedo más con este tío...

—Pues te voy a confirmar lo que sospechaba, sólo que necesitaba que una amiga

que aún está en la industria y tiene tratos con el elemento este me lo confirmara. Pablo lleva tiempo de militante en el Partido Conservador y parece ser que tiene muchos números para estar en la carrera para ocupar algún cargo en la consejería de sanidad...

tal vez, de consejero, eso ya no lo sé.

—¿Hablas en serio?

—Del todo... hace muchos años que es del Partido Conservador, eso lo sabía yo

porque incluso le había esperado después de alguna reunión del partido.

—Precisamente el Partido Conservador, ¡hay que joderse!

—Sí, pero créeme, es más por interés que porque sea un facha... la cuestión es que lleva tiempo moviéndose y ahora la cosa la tiene bien encarrilada. Lo que ya no tengo ni idea es cómo puedes usar esa información, yo no fui capaz ni de amenazarlo con contárselo todo a su mujer... pero bueno, lo mío fue otra historia.

—Lola, me has ayudado muchísimo... ya te contaré.

—Suerte y... cuidado, es muy listo.

Bueno, bueno... el amigo Zarazaga miembro del Partido Conservador y con

aspiraciones políticas. Pongo primera dirección a visitar al doctor Pablo Zarazaga antes de pensármelo dos veces; he de acabar con este pesado y a tomar por culo las ventas de Diaomin. Pasar de periodista a visitador médico es raro, pero de periodista a alcahueta...

Entro en el ambulatorio y voy directo a las escaleras sin mirar si la mal follada

está o no detrás del mostrador. Abro la puerta sin llamar.

—Mira quien tenemos aquí. —dice Zarazaga sin inmutarse por mi repentina entrada.

—¿Qué te pasa?... ¿no te quedó claro que el trato se había acabado?

—¿Qué te ha pasado en la cara?, ¿otro médico al que ya no quieres devolver los

favores?

—¿Qué tengo que hacer para que te olvides de mí de una puta vez?

—Pues eso, ¡pagarme la puta de una puta vez!, ja, ja... —se ríe de forma desagradable.

—Ya te lo dije, se acabó... ¡no tienes ni idea de con quién estás hablando Zarazaga!

—ja, ja... ¿con el primer ministro? Ja, ja... tú has leído mucha novela negra chaval. Yo te he seguido recetando Diaomin a pesar de que mis colegas llevan tiempo diciendo que no es un producto eficaz.

—Pues no lo pongáis, ya te dije que me daba igual... —he levantado el tono y he notado un pinchazo en la nariz.

—Quiero volver a ver a Verónica... me disculparé...

—¡Tú estás loco!... pasa de mí, olvídate a mí y a todas las putas que te he pagado... ¡eres una vergüenza!

—¿Y tú no?, ¿pagar putas para vender pastillas?

Ha llegado el momento y decido ponerme de pie por si hay que correr, no me

gustaría recibir de nuevo.

—¿Tú crees que los del Partido Conservador se quedarán tal cual si se enteran que un aspirante a... consejero de sanidad es un putero...?

Por primera vez desde que lo conozco, Zarazaga no tiene respuesta y su cara muestra sorpresa... ¡te tengo cabrón!

—Y... y tú cómo sabes que yo... ¿quién te ha dicho que milito en un partido?

—Ya te dije que no sabes con quien hablas...

—¿Y de dónde sacas que quiero ser consejero?

—¡Ah! ¿Lo confirmas? Consejero...

—Y... ¿qué quieres?

—Nada, no quiero nada, no quiero nada de ti, quiero que me olvides.

—¿Y tú crees que porque un mierda como tú, un simple visitador médico diga algo de mí te van a creer?

Será médico, pero es imbécil con ganas, no entiende nada.

—Que yo no quiero nada, cuantas veces tengo que decírtelo, sólo que me dejes en

paz, pasa de mí Pablo, pasa de mí. Igual no me creerían, es cierto, pero en política ya sabes... la presunción de inocencia no se respeta demasiado y si te hecho mierda encima, seguro que tienes competencia para ocupar el cargo que sea...

No lo pienso dos veces; sé que ahora seré un hijo de puta, pero me queda una carta y he de usarla. Saco el móvil del bolsillo y abro las fotos.

—Tal vez no me creen si les cuento que eres un putero que se vende por cuatro pastillas, pero si además a tu mujer le gusta montárselo con otras tías... —le

muestro la foto que hice por puro placer y que no imaginaba que iba a ser mi mejor arma para quitarme de encima este tío.

—¿Cómo hostias tienes tú esta foto?

—Como la tengo no te importa —me apetece decírselo, pero temo por mi

integridad— la cuestión es que, si vuelvo a saber de ti, o te vuelves a acercar a Verónica o cualquiera de las chicas con las que has estado gracias a mí, esta foto y alguna más que tengo —un farol en estos momentos es la jugada final— llegará no sólo a la sede central del Partido Conservador, sino a los mails de todo el personal de los centros que diriges.

No ha respondido, y por primera vez he visto la cara de la derrota y del miedo en la cara de este personaje que ejerce de médico y va para político.

Abro la puerta de la consulta.

—¿Estamos de acuerdo?

—Lo estamos, pero si algún día incumples tu trato y esa foto sale a la luz...

—Tú olvídate y esa foto sólo servirá para cascármela. —y he salido antes de ver

su cara ante mi último comentario.

Llego a casa con la satisfacción de haberme quitado de encima de una puta vez al

putero. Tal vez he sido injusto con su mujer mostrándole la foto que le hice sin que se percatara. No sé si son un matrimonio liberal y se aceptan los devaneos o esta noche tendrán lío en casa, pero no cabe duda que ha sido la foto lo que le ha desarmado y no tenía otra opción si no quería que me denunciara a mi jefe por presentar facturas falsas de comidas y cenas inexistentes; aunque me preocupa más por Alberto y que la cosa llegue a mi padre y madre, que por Eduardo y el trabajo.

Me duele de nuevo la nariz y la cara entera y me tomo un ibuprofeno con una

Voll-

Damm, sé que es un disparate, pero después de la tensión vivida con Zarazaga necesito una de mis cervezas. ¡Uaau! Tensión sí, pero que subidón cuando le he mostrado la foto de su mujer comiéndose a la otra doctora; al final dos doctoras viciosas me han solucionado el problema del doctor vicioso.

Tengo que hacer el informe diario que me han pedido los jefes de los huevos.

Primero me prepararé un porro con la hierba que me trajo Peter el otro día, y que me aseguró que era el mejor remedio contra el dolor. Peter no es médico, pero para qué sirven las drogas que no se venden en las farmacias sabe más que ellos. Decido quemar dos piedras; ¡que hostias!, ibuprofeno, cerveza y un canuto bien cargado seguro que funciona.

Conecto el ordenador y voy haciendo caladas... y sorbos de cerveza uf...
eiiii...

Paco, ja, ja... genial... a ver, por donde empiezo... je, je... iepaaaa...

Informe diario de los comentarios recibidos por los clientes

Hospital 24 de Abril

Hoy he visitado el Hospital 24 de Abril desde las 10:30 de la mañana hasta las

14:30, momento en que he terminado de visitar a todos los clientes. En total he visto seis clientes y a todos ellos he realizado preguntas por el poco éxito conseguido hasta la fecha con nuestro producto estrella, Diaomin. Todos ellos insisten, en que el problema está en que con una pastilla no hay suficiente para controlar al paciente.

Así pues, les he preguntado si existía alguna posibilidad de usar nuestro producto.

Todos han respondido que sólo si pueden poner dos pastillas al día. Por supuesto le he dicho que adelante, que pongan dos o tres pastillas en lugar

de una al día. No sólo empiezo a vender en un centro hasta la fecha reacio, sino que consigo el doble o

triple de tratamientos.

Así mismo, he pasado a visitar al Dr. Pablo Zarazaga del CPAP ante su insistente requerimiento de mi presencia. Le he pedido por enésima vez que deje de molestarme y le he recordado lo ya hablado, que nuestro compromiso estaba roto. El Dr. Zarazaga insiste en nuestro acuerdo de poner tratamientos a cambio del pago de prostitutas. Vista la imposibilidad de convencerle dada su gran afición al sexo con profesionales, he decidido amenazarle con hacer público su comportamiento para quitarme de encima este cliente. Creo que la cosa ha quedado solucionada y no me molestará más.

Atentamente, Paco Albano- delegado de ventas.

He mandado el informe, he cerrado el portátil y me he tumbado en el sofá colocado como hacía tiempo no lo estaba. ¡Joder con el coctel de ibuprofeno, cerveza y hachís! ¡Y le he metido dos piedras!

Con los ojos casi cerrados mientras el sueño se va apoderando de mí, sigo con el

informe enviado en la cabeza y recuerdo que toda la estrategia comercial y de marketing de Diaomin, que es sagrada como la Biblia, se basa en el uso de una pastilla al día... y no sé por qué me parece que he escrito algo de Zarazaga en el informe o es producto del globo que llevo encima y de que aún no me he quitado ese tío de la cabeza.

Parece que el móvil vibra... pero yo ya estoy en un sueño donde las cuatro mujeres que en los últimos tiempos me la han puesto dura, se bañan desnudas y juntas en una playa desierta... las veo salir corriendo del agua, tumbarse directamente sobre la arena y rebozar sus cuerpos sublimes...

13

Me ha despertado Jennifer, que desde el incidente con el Dr. Francisco

Canales tiene llaves del piso. Como no controla los interruptores de la luz ha encendido y apagado la mitad de las luces antes no ha acertado con las correctas. Miro el reloj y veo que pasan diez minutos de las ocho; tela lo que he dormido. Jenni se pone encima, me besa y me busca diciéndome esas cosas que sabe que me gusta oír; pero entre mi

estado físico y el mental tras el globo que he pillado antes de quedar dormido, no estoy con capacidad para comerme esta maravilla de la naturaleza que tengo encima. Me propone salir a comer algo para despejarme un poco y acepto. Me levanto para darme

una ducha rápida —por primera vez en solitario estando Jenni en casa— y miro la pantalla del móvil. Tengo cinco llamadas perdidas, todas de Eduardo. ¡Joder que tío más pesado! Encima, el capullo no deja nunca mensajes de voz con lo cual nunca sabes si el tema es importante o no.

—Llámallo y quítate el tema de encima o te pasaras toda la noche pensando en el

pesado de tu jefe.

—Lo peor es que imagino por qué me ha llamado tantas veces, igual lo he soñado,

pero creo que la he cagado definitivamente... —me acerco al ordenador y lo pongo en

marcha para releer el informe que le he mandado.

Mientras se pone en marcha decido hacer caso a Jenni y llamar a Eduardo.

—¿Se puede saber por qué no me coges el teléfono? —grita Eduardo.

—No podía responder... —confieso que el tono del jefe me ha sorprendido y asustado.

—Cuando te llama el jefe no hay nada más importante, debes responder o me creo

que no estás trabajando. —y no baja el volumen.

—Hombre, puedo estar con un cliente.

—Me da igual, me respondes y me dices que no puedes hablar. Tu jefe está por

delante de cualquier cliente. ¡Vamos al tema de una vez, Paco! Lo que has escrito en el informe que has propuesto a los médicos del 24 de Abril que usen Diaomin dos o tres veces al día, ¿es cierto?

—Bueno... yo... es que...

—¿Pero a ti qué te pasa?, ¿aún no te has enterado que Diaomin es una pastilla al día?, diciendo lo que has dicho cuestionas la estrategia de la empresa. — vuelve a subir el volumen de su tono de voz.

—Primero deja de gritar y después me explicas por qué todos, absolutamente todos los médicos que visito dicen lo contrario.

—¡Me importa una mierda lo que digan los médicos, tienen que hacer lo que digamos nosotros! —grita tanto que su halitosis me llega a través del móvil— Tú debes hacer lo que te dice la empresa y punto. Y esta historia del Dr. Zarazaga... ¿qué cojones es? —no, no lo he soñado y ahora mismo lo estoy leyendo en la pantalla del ordenador;

¡joder con la combinación ibuprofeno, cerveza y doble de hachís!

—No grites... —no se me ocurre decir otra cosa.

—¡¿Qué no grite?!, ¡¿cómo que no grite?!, pues explícame qué significa que tienes

tratos de pagos de prostitutas y que has decidido amenazarlo... ¿qué pollas es eso? En más de veinte años en este oficio jamás había visto ni oído nada igual. ¡Mañana a primera hora te quiero ver en el despacho!

He colgado y he mirado a Jenni que estaba siguiendo la conversación

perfectamente por los gritos de Eduardo.

—¿Me lo cuentas? —me dice acercándose y poniendo sus manos alrededor de mi

cuello en un gesto que no le conocía.

Me voy a la ducha pensando que tal vez ya he llenado demasiadas *Moleskines*, y si mañana caigo, ya me estará bien cerrar esta etapa y, empezar a pensar qué hacer con todo el material escrito. Habría preferido algo más de tiempo para vivir un congreso internacional y alguna reunión más... si llego a saber que las cosas acaban así, hubiese evitado el último enfrentamiento con Zarazaga y el poner a su mujer por medio, pero la he cagado, una vez más, por colocarme cuando no tocaba... dejo que el agua caiga sobre mi cara y pienso que, si de todo esto sale algo, habrá valido la pena estos meses en este negocio donde nada es lo que parece. Imaginar la cara de mi hermano y de algunos médicos que me leyeran sería la mejor recompensa. Os voy a bajar de los altares, ¡arrogantes de los cojones!

Hemos salido a tomar unas tapas en un bar que Jennifer conocía y que estaban cojonudas. No tenían mi Voll-Damm y me he tomado una cerveza de importación que

me ha recomendado el camarero. Ha sido una noche agradable, distinta desde que salimos juntos. Por una vez he charlado más que bebido. Jennifer me ha hablado de su madre, una mujer muy joven y de un alto nivel intelectual que dice que tiene ganas de conocerme. Hace unos meses ante un comentario como este por parte de una chica con

el físico de Jenni habría salido corriendo sin pensármelo. Pero hoy he respondido que no conozco Granada y que me encantaría ir. De su padre habla poco. Vive aquí y se ven una vez a la semana. Por lo que insinúa se están conociendo porque ha crecido alejada de él. Me ha sorprendido, sobre todo porque hasta hoy no había caído en que no me había dicho su apellido, cuando me ha contado que su padre es Carlos Vidal, un

reconocido publicista con una de las agencias de publicidad más importantes del país.

Y aún no sé por qué, pero le he preguntado si regresaría a Granada o se quedaría aquí y por respuesta he obtenido una cara muy seria y la pregunta de si su decisión no era importante para mí. Se ha hecho un silencio extraño, sus ojos esperaban mi respuesta y sólo he sabido decirle si estaba dispuesta a seguir con un periodista frustrado que de momento sólo vende unas pastillas que son un bluf. A pesar de sentirme mejor y de que me apetecía acostarme con ella, ha sido Jenni la que ha decidido irse a dormir a su casa.

Ahora estoy en el sofá, pesando que es la primera vez que tengo ganas de sexo, la

chica me dice que no, y no tengo la necesidad de llamar a Mónica para practicar sexo telefónico ni masturbarme mirando una película porno. No puedo explicar este cambio de comportamiento ni a David ni a Peter. Uno me diría que me hago mayor, el otro que me he enamorado. Me da miedo pensar que las dos cosas sean ciertas.

Llevo dos horas dando vueltas en la cama y no hay forma de coger el sueño. Son

las dos de la madrugada y a las ocho tengo que estar en el despacho. Voy a la cocina a beber agua, y con la botella en la mano me acerco a la pequeña habitación que me hace de estudio a coger las *Moleskines* llenas de notas y reflexiones desde que entré a trabajar en Lantec Pharma. No tengo la menor duda de que mañana me voy a la calle y, por lo tanto, ha llegado el momento de poner en orden la gran cantidad de notas, muchas de ellas repetidas, porque repetitivo es el trabajo. Tal vez ha llegado el momento de que aparezca el periodista.

Voy leyendo notas y no puedo evitar una sonrisa de satisfacción. Hay material de

sobras para empezar algo; artículo, reportaje o, quien sabe, tal vez un libro.

Curiosamente me doy cuenta que no he anotado nada, absolutamente nada, de Pablo Zarazaga. No sé si no he anotado nada porque el personaje parece de ficción o porque soy consciente que yo mismo he ido de enterado y he querido meterme en un terreno más propio de estas novelas negras que tanto gustan a

Peter que de la vida real. Estoy seguro que un autor de novela negra haría un buen uso de todo este material. Tal vez sí que aparentemente Zarazaga vaya algo pasado de vueltas, pero lo de pagar putas a cambio de pastillas no lo hemos inventado ni él ni yo. Nos explicaba un día Pedro Manuel, un compañero de los más veteranos de quien nunca me he fiado por sus aires

de superioridad, su desagradable cinismo, una más que extraña amistad con Eduardo y una más que evidente falta de apetito al trabajo, que durante años en la industria farmacéutica ir de putas con los médicos era el pan nuestro de cada día. Aunque en un principio dudé por cómo lo contaba, Ramón, un compañero que conoce bien el oficio y el ramo del sexo de pago, me dijo que lo que decía Pedro Manuel era completamente

cierto. Según éste último, locales como el Broadway's estaban llenos de visitantes con médicos cada día. Se tomaban unas copas viendo las chicas, el médico escogía una y el visitador pagaba. Uno de los espacios más conocidos por los aficionados a las mujeres que se venden por dinero, el Sorrento, tenía fama que a ciertas horas sólo era

ocupado por médicos y personal de la industria farmacéutica. Pedro Manuel explicaba que, si te fijabas en los coches aparcados delante del local, podías ver media docena de coches idénticos con la matrícula consecutiva. No eran uno o dos visitantes que por vender se llevaban a los clientes de putas, era un hecho de lo más normal y con el visto bueno de muchos jefes; de hecho, en algunos laboratorios este trabajo de llevar a los clientes a disfrutar de la vida era responsabilidad de los jefes. Recuerdo que alguien le comentó a Pedro Manuel que era un exagerado, que pintaba los médicos como una panda de degenerados, y este respondió que no es que los médicos y los de

la industria farmacéutica tuviesen más afición a las putas que otros colectivos, sino que a ellos les salían gratis. Los médicos se acostaban con mujeres pagadas por los visitantes, pero, y recuerdo que se le escapó un “nosotros”, también lo hacíamos pagados por la empresa. Acabó con un comentario que pronunciado por él sonaba desagradable y machista, pero probablemente no estaba lejos de la realidad, o eso creí yo en ese momento, porque después de acostarme con dos doctoras pongo más en duda

lo que dijo Pedro Manuel.

—Ahora, todo este festival se acabó, y ni las ventas ni el oficio son lo que eran

antes. Esto de la medicina se ha convertido en un negocio de mujeres. Cada día hay más doctoras y menos doctores; las mujeres tienen otras necesidades y no hemos sabido detectarlas para adaptar nuestro negocio a los nuevos tiempos.

Recordando esta conversación, he anotado cuatro cosas y he pensado que tal vez

Zarazaga había sido uno de estos médicos que durante años pudo disfrutar de las putas pagadas por los visitantes y, cuando apareció un mindundi como yo que le puso la miel en la boca volvió a ver la luz. Si lo analizo fríamente, si el tío se hubiera comportado, pagarle una puta un par de veces al mes que era mi idea cuando me organicé mi película, tampoco habría sido tan grave.

Vuelvo a dejar las libretas y me voy al sofá a ver un poco la tele para pillar el sueño.

Me he despertado asustado y bañado en sudor a causa del sueño que he tenido. En

él, el Dr. Antonio Fernández, el Dr. Pablo Zarazaga y el Dr. Pons de la Planamatalonga con capucha negra y desnudos, se meaban sobre mis *Moleskines* mientras me tenían de rodillas, atado de manos y pies, desnudo y con el culo en pompa, mientras el Dr. Francisco Canales gritaba como un loco con un látigo en la mano: “¡¡sodomizad a este desgraciado, sodomizadlo!!”; mientras él sodomizaba a Eduardo que gritaba como un cerdo y pedía más y más.

No sé qué hora es. Regreso a la habitación a dormir en la cama. Miro el reloj y,

¡la madre que me parió!, apenas media hora para las ocho y a las ocho tengo que estar en el despacho. Más que ducharme me he mojado un poco, me he lavado los dientes con sólo dos pasadas de cepillo, ni se me ha pasado por la cabeza afeitarme, me he vestido con la misma ropa que llevaba ayer y que aún está sobre la butaca que tengo en la habitación, y he salido del piso a cinco

minutos para las ocho.

Las calles derraman tráfico como cada día, pero hoy tengo prisa y tengo la impresión que hay más que nunca. Cuando iba en moto no era consciente del lío que vive esta ciudad cada mañana. Y eso me hace recordar que tengo que pasarme por la

comisaría de policía por si han sabido algo de mi moto. Me dijeron que tarde o temprano acaban en algún descampado y la mía ya hace muchos meses que me la robaron y ni rastro.

Aparco en el parking que hay a poco más de doscientos metros de la oficina y ando apresado. Las ocho y media, estoy acabado y sentenciado. Subo corriendo las escaleras, abro la puerta y me encuentro la cara de Eduardo. Me sorprende no ver a Alberto y así se lo expreso a mi jefe.

—Alberto está en Madrid, pero si esperabas encontrarlo para justificarte estás muy equivocado. Tengo carta blanca para decidir qué hacer contigo, y en sólo dos días las has hecho muy gordas, Paco. Ayer te dimos una oportunidad y sólo salir de aquí la vuelves a cagar. —no puedo evitar pensar en el sueño que he vivido y en como gozaba mientras le daban por el culo, que mucho me temo que es lo que hará ahora conmigo.

—Nunca te he caído bien, ¿verdad, Eduardo?

—No, no te engañaré, no entiendo que hace alguien como tú en este trabajo. —
el

tío no es tonto del todo— Te he respetado por ser el hermano de mi jefe, pero eres un pésimo vendedor que además ha perdido los papeles como no había visto en mi vida.

Esta historia del Dr. Pablo Zarazaga... ¡qué vergüenza!, es que no quiero ni saber los detalles...

—Tal vez la he cagado en eso, sí, lo reconozco, me pasé de listo, pero no es peor

que culpabilizarnos por las pocas ventas de un producto que es una puta mierda y lo sabéis perfectamente... no entiendo por qué aquello de que el cliente siempre tiene la razón no es válido en esta empresa, y tú sabes muy bien cuál es la opinión de los médicos.

—Tu trabajo es hacer que los médicos digan y hagan lo que nosotros decimos, porque si no te crees lo que vendes ni venderás ni te harán caso.

—No se lo cree nadie, es una puta mierda y culpáis a los de abajo del desastre.

—esto no venía al caso, pero algo tenía que decir para hacerme el ofendido.

—No tienes vergüenza... parece mentira que seas hermano de Alberto y del Dr.

Albano.

No he querido seguir discutiendo con él, así que, me ha pedido que el viernes le

lleve el ordenador portátil, el móvil, las tarjetas y el coche, y me tendrá preparado el finiquito. ¡Dos despidos en un menos de un año!

He salido de la oficina, he subido al coche, y el primer pensamiento ha sido qué

explicará Alberto a nuestros padres de mi despido y el segundo ha sido pensar en el tiempo vivido trabajando en Lantec Pharma. Este es el oficio más extraño que he visto nunca. Donde, para vender hay que llevar la cartera llena y si no dejas ir la pasta no

verás ni una receta. Donde el convencimiento que has sabido vender el producto es un acto de fe. Donde la competición con la competencia se basa en saber quién invierte más dinero con cada médico; ya sean congresos como actividades lúdicas. Donde a cada médico tienes que hacerle un discurso distinto porque cada uno interpreta los estudios clínicos de los productos farmacéuticos como les pasa por los huevos. Donde hay médicos que sólo

recetan tomillo para evitar perder sus comisiones si recetan productos eficaces, pero caros. Donde, otros, sólo ponen medicamentos genéricos de cualquier cosa, pero a la población no se les explica que la eficacia, en muchos casos, es menor. Un oficio donde la caza del médico convierte a los delegados comerciales en buitres carroñeros a los ojos de la gente y de los que muchos médicos se aprovechan y abusan. Un oficio donde los clientes te menosprecian y te miran por encima del hombro. Un mundo donde todos han perdido la vergüenza y la corrupción parece que

esté regulada por algún convenio entre las dos partes. Un negocio donde las empresas dedican tiempo y recursos controlando los vendedores como si fueran delincuentes en libertad provisional. Donde la queja se penaliza con el despido. Donde los directivos no tienen ni puta idea de qué significa gestionar personas. Donde muchos directivos viven en el ático y no pisan jamás la calle. Donde los incompetentes son promocionados porque serán más sumisos que los competentes. Donde muchos

compañeros de trabajo siempre tienen las palabras compañero y equipo en la boca, pero cuando pintan bastos no esperes ni un ápice de solidaridad. Donde los codazos son práctica habitual, pero todo el mundo disimula que somos un equipo y que todo es maravilloso, cuando la realidad es que todo Dios va a su puta bola. Donde las felicitaciones cuando las ventas le van bien a alguien son hipócritas y cargadas de envidia. Un mundo donde las palabras son vacías y falsas, y donde la mediocridad y la estupidez reinan sobre el sentido común. Una mierda de mundo que alguien debería de tener los huevos de sacar a la luz y dejar bien claro que ni la industria farmacéutica es la culpable de todos los males de la humanidad, ni todos los médicos son angelitos que lanzan flores desde arriba para curarnos.

¡Hostias Paco!, estos pensamientos hay que escribirlos... ¡He visto la luz!

Aparco repentinamente al ver toda una zona azul libre y el coche de detrás hace

sonar su claxon por mi maniobra. Abro la *Moleskine* y empiezo a escribir todo lo que he ido pensando mientras conducía sin destino. No sé si me dejo algo por anotar... la vigilante de la zona azul se acerca y le hago un gesto pidiéndole un momento. Me sonrío y pasa de largo; o tengo el guapo subido o

le he dado pena por el moratón aún presente en mi cara, porque estas tías y yo no nos hemos llevado nunca bien. Levanto la vista haciendo revisión mental y me doy cuenta que estoy a tocar del Peep-Show donde vi por primera vez al que ha sido mi pesadilla estos meses. Cierro la *Moleskine*, bajo del coche para poner el ticket y, a pesar de la hora, voy a la búsqueda de algún bar donde poder tomarme una Voll-Damm bien fría con mi libreta en el bolsillo por si he olvidado alguna de las reflexiones. Veo un bar al otro lado de la calle y, por suerte,

tienen Voll-Damm de barril. Me la tomo sin prisas observando una tía que estará cerca de los cincuenta, pero aún tiene un buen polvo y no me saca el ojo de encima. Ahora mismo, si me dejara ir, pegaría fuego al coche de Lantec y me follaría esta mujer con cara de viciosa en medio de la calle para descargar adrenalina y gritando hasta desgañitarme que Diaomin es una puta mierda. Pero me da pereza atacarla y las probables complicaciones de follar con una mujer demasiado descarada. Prefiero pasar por el Peep-Show y hacia allá me voy después de pagar y dejar la madura viciosa con cara de decepción. Entro y voy directo al tío del mostrador para pedirle cambio de diez euros en monedas. Bajo las escaleras, miro el panel con las fotos de las chicas a ver si por casualidad está Alina, la chica que salvé el día que vi por primera vez a Zarazaga. Alina no está, ni la brasileña que tanto me gusta tampoco. Al decidirme a entrar en una cabina para ver la que está en el círculo giratorio, veo que de una de ellas sale un hombre muy mayor de aspecto poco limpio. Me detengo. Vuelvo a mirar

las fotos de las chicas. No sé qué coño hago aquí cuando tengo por pareja una mujer que da mil vueltas a cualquiera de las que hay en estas fotos. Mujeres que se exhiben tras cristales ante hombres como el que acaba de salir que pagan por pajearse mirando chicas en pelotas que hacen gestos obscenos para que les acompañe al privado, donde, por el precio de un polvo en otros locales, sólo le hará una mamada o una paja y dejará que la toque un poco. Me han hecho de todo más de una vez en los privados, pero nunca me había detenido a pensar en la posibilidad que pocos minutos antes un viejo como el que acaba de salir me hubiera precedido. Casi me viene una arcada imaginando la escena; ¡qué asco! Pongo de nuevo las monedas en el bolsillo pequeño

de los pantalones y subo corriendo las escaleras para salir a la calle, no sin antes mirar a derecha e izquierda por si me ha visto alguien. Algo que antes no me hubiese importado tres hostias.

Regreso al coche a paso muy lento y al cruzarme con una chica espectacular que

no me extrañaría nada que trabajase en el Peep-Show le sonrío inconscientemente y, probablemente por primera vez en mi vida, no me giro para mirarle el culo. Sonrío y...

me saco el teléfono del bolsillo.

—¡Jenni!

—Hola guapo... ¿cómo ha ido?

—Uf... me voy a casa.... ¿tienes mucho trabajo?

—Dame una hora...

Sumergidos en la bañera, la espalda de Jenni sobre mi cuerpo presionando mi nabo que no puede evitar mantenerse en estado de alerta, las cervezas en la mano, y un porro que tengo yo y se lo voy poniendo en la boca para que haga caladas. De fondo, suena “Walking class hero” de los Green Day, un grupo que hemos descubierto que nos gusta mucho a los dos. Me acabo la cerveza y libero una mano para poder pasearla primero por sus generosos pechos y después voy bajando. La acaricio, le voy poniendo el canuto en su boca y ella inhala cerrando los ojos, cuando mi mano llega donde

quería cuando salió de paseo y sus piernas se abren para dejarme sentir la suavidad de su sexo. Hago andar mis dedos a un ritmo muy lento y repitiendo el camino ya conocido y ella me coge la mano y la presiona con fuerza y le obliga a detener su camino y estarse quieta en el centro del placer. Deja su cerveza en el suelo, se da la vuelta con

tanta fuerza que vacía media bañera y en una posición complicada por las dimensiones

de ésta, consigue hacer que nuestros sexos se sigan conociendo y empezar un movimiento que hace que se vaya derramando agua cada vez que sube y baja. Lanzo el

canuto dentro de la bañera, le agarro el culo con fuerza para ayudarla a mantener el

equilibrio entre las olas provocadas en cada movimiento; las bocas se buscan y las

lenguas juegan como les gusta desde que se conocen. Un grito de Jenni ahoga la voz de

Billie Joe Armstrong que ahora cantaba “Boulevard of broken dreams”, y yo me dejo ir

en el que es el mejor polvo jamás practicado en una bañera. Nos quedamos un rato el

uno sobre el otro y salimos de la bañera medio vacía cuando empezamos a coger frío.

Estirados en el sofá, relajados y sin hacer nada más que mirarnos, hablamos de

todo y nada.

—¿Se está bien verdad? —pone su mano sobre la mía.

—¿Cómo era la canción?... Por mí que reviente el planeta en confeti...

—Ya puede caernos encima un diluvio de estrellas, quiero bailar un slowly... no

puedo creerme que te guste Aute. —dice divertida Jennifer.

—No sabía ni que era de Aute...

—Paco... tú te has quedado sin trabajo y yo he terminado el postgrado...

podríamos escaparnos a Formentera. Mi padre tiene una casa.

—¿Tu padre tiene una casa en Formentera? —me he incorporado para mirarle directamente a los ojos.

Sonríe y me asiente con la cabeza.

—¿Te apetece?, y si te gusta... nos quedamos una temporada y empiezas a escribir el reportaje o el libro que te llevará a la cima del periodismo.

Me pongo encima de ella y le beso en los labios.

—¿Nos vamos a Formentera...? —dice poniendo una voz melosa.

Le subo la camiseta y aparco mi cara entre sus pechos desnudos pensando que en

Formentera y con una diosa como esta chica a mi lado, el sueño de ser un gran periodista que tuve cuando era un adolescente no puede esperar más a hacerse realidad.

Table of Contents

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Document Outline

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)